

DAVID CRESPO

EL JARDÍN
DE SONOKO



Lectulandia

Una historia de amor poco convencional. Una fábula moderna ambientada en un Japón mágico que nos enseña que hay seres abocados a estar juntos pase lo que pase.

Kaoru, un vendedor de zapatos de Kioto, se sirve de la maniática regularidad con que rige su vida como escudo protector frente al mundo, pero sobre todo frente a sus propios recuerdos, los que le llevaron a pasar cinco años aislado en una habitación.

Y todo funciona según lo previsto hasta que su compañera de trabajo, Sonoko, inesperadamente le invita a salir. A la mañana siguiente, y por primera vez en tres años, Kaoru, olvidará tomar dos de sus cinco tazas de té, levísimo primer síntoma de un imparable efecto mariposa que le obligará a desenroscarse de forma traumática para ir en busca de su destino, ese invisible hilo rojo que como reza la leyenda, conecta a aquellos que están destinados a encontrarse, sin importar tiempo, lugar o circunstancias.

Lectulandia

David Crespo

El jardín de Sonoko

ePub r1.0

Titivillus 02.09.18

Título original: *El jardín de Sonoko*

David Crespo, 2017

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A mi esposa, Yuki, cuyo espíritu humilde y generoso me guiaba ya antes de
que nos conociéramos.*

«Ducunt volentem fata, nolentem trahunt».

(Los hados guían a quienes los aceptan, y arrastran a los renuentes).

SÉNECA

I

Una vez pasada la entrevista, las únicas condiciones que me pusieron hace tres años para entrar definitivamente en la empresa fueron dos: tenía que ser muy puntual y no podía trabajar si no utilizaba camisa blanca, corbata y pantalón oscuro. Ninguna supondría un inconveniente.

Curiosamente, aquella era la única ropa de la que disponía: cinco camisas blancas y cinco corbatas negras con una pequeña cenefa a base de rombos, que no era visible a no ser que el sol incidiese directamente sobre ellas con una inclinación de cuarenta y cinco grados. Entonces sí, entonces podían verse, incluso demasiado, pero aquello no sucedería con la iluminación artificial de la tienda. Estaba seguro de que allí pasarían por un discreto diseño.

Curiosamente también, no me dijeron nada sobre el calzado y yo consideré que los zapatos que siempre usaba —unos mocasines marrones muy resistentes, de esos corrientes de toda la vida— eran apropiados, y que además de hacer juego con el resto de la indumentaria, combinaban muy bien con los calcetines de color granate, que son los únicos que me gustan.

Tampoco la puntualidad sería un problema para mí. El centro comercial AEON, donde se encontraba el trabajo, estaba a unos diez minutos del apartamento al que me había mudado y, desde hace muchos años, de lunes a domingo, me levanto a las siete de la mañana sin despertador. De hecho, uno de mis primeros recuerdos es estar esperando, vestido y sentado en mi escritorio repasando alguno de los mangas de Astro Boy, a que mi madre se decidiera a llamarme para ir a desayunar. No sé si aquello era normal, pero nunca me pareció que se sorprendiera por el hecho de que jamás se me pegasen las sábanas.

Quiero que mi vida sea como mi vestuario: cómoda, fácil, sin sorpresas, y no suelo salir del piso salvo para ir a trabajar o, en ocasiones muy puntuales, para acercarme hasta la orilla del río Katsura a presenciar alguna puesta de sol. Allí los niños se esfuerzan por ver la pelota mientras hacen sus últimas carreras antes de regresar a casa sucios y sudorosos, mientras los cuervos regresan a sus casas, a las montañas. Paso la mayor parte de mi tiempo dentro del centro comercial —más de diez horas diarias, seis días a la semana— y todo lo hago allí: la compra la realizo en la primera planta, como y descanso en la tercera y trabajo en la segunda, en una zapatería de señoras llamada Modern Shoes.

Me llamo Kaoru Nakamura, tengo veintiocho años y durante cinco fui *hikikomori*^[1], un anacoreta en mi propia casa. Quizá debería haber comenzado por ahí, pero no lo he considerado importante.

Lo primero que veo al abrir los ojos cada mañana son las formas redondas que dibujan en el techo los rayos de sol que se filtran por los orificios de la persiana. Tardo treinta y cinco segundos en contarlos. Es aproximadamente el número de agujeritos que hay. A veces hay unos pocos más, otras unos pocos menos, dependiendo de la apertura de la persiana. Ya he mencionado que mi vida es sencilla y quiero que lo siga siendo. He habituado mi organismo, y con él mi existencia, a una rutina inquebrantable, a un orden que me ayuda a evitar situaciones incómodas y azarosas, para la cual todo tiene que ser medido y pautado minuto a minuto, hora a hora, con precisa exactitud. Así he logrado que todo lo que hago fluya de manera natural. Inspiro y exhalo el aire con el mismo automatismo con el que me preparo el desayuno, me visto o trabajo.

Por eso, exactamente tres minutos después de abrir los ojos sé que iré a la cocina donde prepararé el té junto a dos tostadas con mantequilla y mermelada de naranja. No me sirve cualquier mermelada de naranja, tiene que ser de la marca Ahoata. No existe un motivo específico para que esto sea así; seguramente podría ser de otra forma, pero no lo es.

También sé que después de haberme comido una de las tostadas, calentaré en el microondas uno de los dos *tuppers* que guardo en la nevera desde la noche anterior y que contienen el arroz hervido al que añadiré un cartón de *nattō* de tamaño pequeño, solo cuando lo haya batido lo suficiente como para que, al estirar el brazo, los hilos viscosos de la soja fermentada permanezcan unidos desde los palillos al envase, sin romperse. Únicamente después de haberme comido el bol de arroz, continuaré con la segunda de las tostadas, que, fría y blanda, exudará humedad, dejando sobre la loza una huella en la que siempre me gusta tratar de reconocer alguna figura. Así tiene que ser todo porque es así como me gusta que sea.

Sé también que media hora después de desayunar ejecutaré mis ejercicios diarios, que pasarán por dar mil saltos a la cuerda y hacer tres series de cuarenta flexiones y cuarenta abdominales, seguidas de varios estiramientos con los que desentumeceré mi musculatura. Todos estos movimientos los haré mirando por el balcón, hacia el bloque de edificios que tengo justo enfrente, cuyos apartamentos y las personas que en ellos viven ejercen sobre mí una sedante atracción.

En el momento de abrir los ojos, sé que a las ocho en punto de la mañana me meteré en la ducha y que durante una hora exacta me dedicaré a un minucioso aseo de mi cuerpo, para lo cual usaré productos muy específicos, ninguno de los cuales contiene colorantes o aromas artificiales entre sus componentes. Son artículos caros y exclusivos que compro en la pequeña sección naturista del departamento de perfumería del centro comercial en el que trabajo. Emplearé quince minutos en los genitales, ano y perineo, mientras que el tiempo restante lo dedicaré al lavado pormenorizado del resto del cuerpo y la cabeza. Solo cuando esté vestido y a punto

de salir, será cuando me tome dos de las cinco tazas de té que bebo por la mañana. Lo hago siempre de la misma manera, una detrás de la otra, dejándolas tal cual en el fregadero, de donde seguro que no se moverán hasta mi regreso del trabajo, cuando las lave y las guarde.

En cuanto abro los ojos, sé que a las nueve en punto de la mañana estaré cruzando el primero de los tres pasos de cebra que me separan del trabajo, el último de los cuales siempre está en rojo. Mientras esté esperando a que su sonido cambie de frecuencia y a que el muñeco se ponga de color verde, me deleitaré con el aroma a *katsuobushi* proveniente de la tiendecita de encurtidos situada junto a la que fuera la puerta de Rashomon, después giraré la cabeza para contemplar la parte trasera del edificio que se alza frente al mío. Mi balcón asoma un poco por el vértice izquierdo; parece diminuto e insignificante, y de hecho lo es. «Ahí vivo yo», eso es lo máximo que pensaré después de asegurarme de que las persianas están echadas y será justo entonces cuando aparezca el grupo de estudiantes de todos los días, con sus uniformes escolares: tres chicas y dos chicos. Las chicas llevan calcetines hasta las rodillas y unos mocasines marrones con borlas no muy distintos de los míos, resistentes y prácticos —el tipo de calzado que suelen llevar las estudiantes—. Los zapatos de dos de esas chicas son prácticamente nuevos y están muy bien cuidados, pero la tercera, que camina sola un poco por detrás, los lleva siempre manchados de barro, lo que me hace pensar que posiblemente viva cerca del río, que tenga que cruzar algún campo de cultivo, salvar charcos y lodazales pisando sobre tablones inestables o transitar dando brincos por caminos llenos de zarzas y barro. Los dos muchachos las siguen a cierta distancia, la suficiente para que ellas no escuchen su conversación. El más alto usa unas deportivas Asics azules con cordones que debieron de haber sido blancos, pero que con el uso y la suciedad han tomado un tono grisáceo. El otro, un poco más bajo y delgado, lleva unas Adidas blancas algo gastadas cuyos cordones, al contrario que los de su compañero, son de un blanco deslumbrante, como si se los hubiera cambiado recientemente y que, incomprensiblemente, están siempre excesivamente laxos, en ocasiones incluso desatados, algo que me exaspera y me pone de mal humor.

Ella, la chica de la bicicleta roja, no falta nunca al encuentro. Se detiene a mi derecha, a pocos centímetros de donde estoy, y lo primero que hace tras estabilizar su equilibrio es tirar de un muñeco de goma en forma de perrito que cuelga del bolsillo de su ajustado vaquero para sacar un móvil que consulta con avidez. Su pie derecho flexionado sostiene con la puntera parte de su peso mientras el izquierdo se mantiene en el pedal. Usa unas Dr. Martens muy gastadas, muy usadas y que parecen de color rosa —«parecen», pues están cubiertas con motas de pintura de muchos y variados colores, de formas y tamaños irregulares—. Debe de ser artista, tal vez pintora, algo que hace que aumente mi simpatía hacia ella al traerme a la memoria la imagen de mi

mamá trabajando en su estudio. La goma de los talones está completamente deformada; puede que camine con la punta de los pies metida hacia el interior o que las use para frenar la bicicleta cuando se desliza velozmente por las rampas de los puentes que unen las aceras. Un poco más arriba del tobillo, entre el pantalón y el calcetín, las botas están abiertas, lo que me permite entrever una piel blanca y fina como el papel de arroz, cuyo tacto debe de resultar muy agradable. No me supone ningún esfuerzo imaginar los pies de esa chica, pequeños, bonitos, de dedos bien formados y rematados en unas cuidadas uñas pintadas. Cuando despierto de esta ensoñación y levanto la vista hacia su cara, solo me da tiempo a ver parte de su mejilla redonda y sonrosada, atravesada por la goma de una mascarilla. Su cabello le llega hasta los hombros y es de un negro muy similar al azabache intenso de las plumas de los cuervos cuando se entrecruzan en grupos bajo los rayos de sol, merodeando los cultivos próximos a la orilla del río. Antes de que pueda ahondar más en los detalles de su fisonomía, la chica desaparece de mi vista tan rápidamente que olvida llevarse consigo un olor fresco como de colada secándose al viento en una tarde de primavera, y que no se separará de mí durante el resto del día. El sonido del semáforo y las risas de los estudiantes me ponen de nuevo en marcha.

En cuanto abro los ojos, sé también que a las nueve y media cruzaré la puerta de empleados de Modern Shoes. Me gusta mi trabajo y lo hago bien. Mejor que bien; en los tres años que llevo trabajando para la firma no he cometido ni un error. Por el contrario, mi eficiencia ha llevado a mis superiores a ofrecermé cargos de mayor responsabilidad, trabajos donde tendría que cambiar el trato directo con las clientas —con las mujeres que confían en mi criterio y a las que me gusta tanto, y me cuesta tan poco, hacer felices—, por el de proveedores, distribuidores y comerciales dentro de alguna oficina sin ventanas, y en la que la única luz que vería sería la proveniente de unos pocos fluorescentes polvorientos. Estoy bien donde estoy y no imagino una vida o un trabajo distinto ni mejor, y a pesar de que hace tiempo había trabajado en una zapatería durante un verano, creo que ha sido ahora, a lo largo de estos tres años, cuando he ido desarrollando la cualidad de saber cómo es una mujer fijándome tan solo en el tipo de calzado que lleva o que le gustaría llevar, lo cual me permite adivinar con un grado de certeza bastante elevado qué es lo que busca, antes incluso de que me lo pregunte. El por qué y el cómo lo sé son un misterio para mí. Me resulta mucho más sencillo hacerlo que explicarlo y la conclusión a la que he llegado es que, para cada mujer, existen unos zapatos y no otros.

—Kaoru, hemos pensado que podría ser divertido ir todos esta noche al karaoke de la esquina. ¿Vienes?

Dejé, puede que sin darme cuenta, que un nuevo silencio recorriera el espacio

existente entre los dos. Esta vez se trataba de un espacio de tiempo incómodo, artificial, pero gracias al cual pude terminar de formular una respuesta lo más clara e inteligible posible.

—No, no podré ir, Sonoko. Lo siento. Es que a mí esas cosas no me gustan.

—Tú nunca haces nada. Solo vas de casa al trabajo y del trabajo a casa. ¿No te aburres? ¿Por qué nunca haces nada...? Perdona, no he debido decir eso. Haz lo que quieras, después de todo tampoco es tan divertido. Pero si cambias de opinión, podemos quedar en la entrada a las once. Ven, por favor, no será mucho rato.

Sonoko es una de mis dos compañeras de trabajo. No sé con exactitud cuántos años tiene, pero estoy seguro de que no llega a los veinticinco. Para ser honesto, lo poco que sé de ella se podría decir que me lo han dicho sus zapatos. Parece tener una debilidad especial por unos Kitten Heels color *beige* exquisitamente sencillos, por ellos supe que se trata de una mujer meticulosa, constante y ordenada, pero que por algún motivo, oculta su auténtica naturaleza melancólica tras una dinámica careta de alegría. Ese calzado es, sin ningún tipo de duda, el que mejor concuerda con su personalidad; no con la que quiere aparentar sino con la verdadera. Su atractivo resulta aparentemente casual y yo juraría que es precisamente eso, una belleza no estudiada, pura y espontánea, parecida a esa maravillosa hermosura de los niños que casi todos los adultos perdemos sin darnos cuenta en alguna fase entre la juventud y la madurez.

De mediana estatura, su cuerpo es esbelto y sabe moverse por la tienda con gracia y agilidad. Cuando tiene prisa, combina pequeños saltitos con el andar decidido de quien sabe a dónde se dirige. En otras ocasiones y cuando cree que nadie la mira, la observo desplazándose de un extremo a otro de los pasillos del almacén, con la cabeza pegada al pecho y los brazos en jarras, como si tratara de focalizar su atención sobre algunos pensamientos que parecen pasarle bajo las piernas, a una distancia que se me antoja muy remota. De facciones aniñadas, su cabeza se moldea a base de líneas suaves, y el cabello negro y fuerte le llega justo hasta la altura de unos hombros anchos, de los que emerge un cuello estilizado. Sus extremidades son largas. Tanto sus brazos como sus piernas son torneados a base de unos músculos que, sin definirse por completo, le dan el aspecto de alguien que practica algún deporte, algo que se intuye también por el precioso color canela de su piel, más propio de las mujeres de Okinawa que de las de Osaka. Sus ojos son grandes y acaban en unas largas pestañas que aumentan todavía más el abismo de su profunda mirada, pero de los que siempre trasciende algún destello de vitalidad. Sin embargo, hace días que vengo apreciando cómo han ido apagándose hasta llegar hoy a ser de color mate, resaltando unas marcadas ojeras moradas que ni el maquillaje logra simular. Sus gruesos labios se modulan, en contra de lo que se podría imaginar, en una voz de entonaciones graves que enfatizan su rudo e indisimulado acento de Kansai y que, en contraste con su porte elegante, me seduce irremediablemente.

Desde que llegó a la tienda, un año justo después que yo, se podría decir que

nuestro modo de interactuar no ha variado en lo más mínimo y que a pesar de que estamos más horas juntos que separados —llegando a compartir incluso el turno del almuerzo—, solo nos dirigimos la palabra en casos excepcionales, y siempre para hacer alusión a temas relacionados con el trabajo, el tiempo meteorológico o la comida. Esta situación, que a muchos podría resultar incómoda, ha acabado siendo fluida y natural. Me gusta pensar que para ella es así también y que, como me ocurre a mí, se encuentra relajada sabiendo que podemos permanecer el uno frente al otro sin necesidad de llenar los silencios con otra cosa que no sea un fugaz cruce de nuestras miradas. Es más, considero tales momentos reconfortantes y estoy convencido de que, en lugar de distanciarnos, sirven para consolidar una relación que ha llegado a ser esencial dentro de mi ajustado y monótono orden de vida. Por eso esta petición me ha sorprendido tanto, porque era algo que nunca había contemplado y que suponía un punto de inflexión.

—Bueno, me voy, que tengo que terminar el inventario antes de las ocho. Por favor, intenta venir. Me gustaría..., nos gustaría mucho que vinieras.

—Sonoko, ¿te encuentras bien? Pareces cansada. —Era cierto, notaba su mirada febril y su rostro pálido y perlado de minúsculas gotitas de sudor.

—Estoy bien. Es lo que acabas de decir; estoy cansada. No he pasado buena noche. —Había extraído un pañuelito verde claro con florecitas blancas de su bolso con el que enjugar el sudor de la frente, al tiempo que se separaba de la mesa para levantarse.

De mi boca no salía palabra alguna, todas habían abandonado mi cabeza como ratas que escapan de un naufragio, mientras Sonoko, aguardando de pie a que dijera algo más, sostenía la bandeja dejando que sus dilatadas pupilas revolotearan libremente de un lado a otro como inquietos gorriones, para terminar posándose en el gran ventanal que había justo a mis espaldas y desde el que podía apreciarse una espléndida postal de la ciudad, en la que destacaba, además del inconfundible perfil de la torre de Kioto, la montaña Atago, que, majestuosa, se erguía hasta rasgar con su cresta afilada las blancas barrigas de las nubes.

Visiblemente nerviosa, Sonoko hacía uso de su mano libre para tratar, inútilmente, de sujetar tras su pequeña oreja un mechón rebelde, que con machacona insistencia no cesaba de descolgarse hasta cruzarle gran parte de un rostro cada vez más ruborizado. Después de unos largos segundos, acabó haciendo un brusco giro para perderse rápidamente entre la muchedumbre que a esa hora comenzaba a reunirse, atraída por el crujiente olor de la *tempura* y la exótica fragancia del *curry*. La seguí con la mirada hasta donde me fue posible, fijándome en los tacones de sus Kitten Heels y en el firme movimiento de sus preciosas pantorrillas, enfundadas en unas vaporosas medias de color blanco. Sin saber por qué, a medida que se alejaba, tenía la imperiosa necesidad de ir tras ella y pedirle que se quedara conmigo, que siguiéramos juntos y en silencio un rato más.

Durante el resto de la jornada hizo todo lo posible para eludirme y evitar que

reparase en ella. Se movía de un lado a otro como la sombra de un gato que no quiere ser molestado y, cuando en algún momento entre clienta y clienta conseguía divisarla, me costaba trabajo poder reconocerla de lo exhausta y desfigurada que estaba. Al notar que la observaba, pretextaba cualquier excusa con el fin de esconderse dentro del almacén o colarse en el escaparate más alejado para limpiar unas inexistentes manchas en el cristal o retocar la postura de los maniquíes. Fue una tarde complicada en la que las clientas se nos acumulaban y en la que ni Maki —nuestra otra compañera de trabajo— ni yo dábamos abasto; en los pocos momentos de pausa en los que la busqué, no la volví a ver. Desapareció.

Llego a casa, como cada día, a las diez y media de la noche. También sabía que esto sería así cuando abrí los ojos por la mañana. Del mismo modo que sabía que cenaría zapeando, acompañado por otro cuenco de arroz con *nattō* y de una lata de cerveza negra Asahi, con la que además de achisparme un poco, potenciaría el ácido sabor del *snack* de ciruela que me reservaba como postre. Media hora más tarde, y como también suele ser habitual, salgo al balcón con una segunda cerveza para, reclinado sobre la baranda, contemplar cómo la inmensa mole de hormigón que se erige ante mí confunde su oscura y compacta silueta con el nocturno azul del cielo. La analogía que me viene a la mente ante todas esas ventanas es reiterativa, pero no trato de buscar otra porque me sigue pareciendo armónico conferir a todos esos apartamentos la esencia de una aglomeración de teatrillos, donde desconocidos pero buenos actores representan en exclusiva para mí decenas de pequeñas funciones. Observo con atención la manera en la que esos comediantes interpretan absortos sus papeles dando vida a un padre de familia fumando un cigarrillo, a un niño leyendo un libro, a un ama de casa mirando la tele o a una pareja bailando abrazados. Sus actuaciones son magistrales y además de disfrutar con sus obras diarias me permiten estudiar y comprender la manera en la que viven, se comportan y se relacionan, para concluir que, sin excepción, son todas personas como yo, seres que desempeñan una cotidianidad aparentemente constante, sin alteraciones relevantes, lo cual me tranquiliza. En contra de lo que muchos puedan opinar, no se trata de la observación morbosa del *voyeur*; es otra cosa. Estoy seguro de que la sedante dependencia que siento hacia todas esas vidas representadas se debe a la apacible previsibilidad de todo cuanto ocurre en ellas, y que sin querer, me inducen a un cierto grado de conciencia alterada, en el que noto cómo la actividad de mi cerebro se ralentiza hasta llegar a olvidarse de mi propia existencia: me distancio de mi realidad para suplantarla por la de todas esas personas que hablan, sonríen, leen o cavilan. Es una inmersión tan completa, que al final me resulta imposible desentenderme ni diferenciarme de lo que siento ante lo que veo y termino como la polilla incapaz de escaparse del haz de un flexo, como la mosca prendida en la inmensidad azul de una ventana o como el mosquito atrapado en una gota de resina. Nunca sé a qué hora me

acuesto; lo hago cuando la última de las luces se apaga, contento de saber que la función se repetirá mañana, pasado mañana y al otro, sin día de descanso. Por fin había concluido la jornada y podría haber dicho que había transcurrido con total normalidad, si no hubiese sido por la conversación con Sonoko y su posterior actitud. Aquello había sido anómalo, un diminuto cuerpo extraño que se había alojado en una posición vital del tejido de la cotidianidad consiguiendo alterar mi estado de ánimo de manera significativa. ¿Por qué si no me era imposible dejar de pensar en ella?

II

Abro los ojos y me encuentro con el caleidoscopio de todos los días, el que forma sobre el techo de mi habitación la luz del sol al colarse por los orificios de la persiana. Como es habitual, permanezco unos minutos contemplando fijamente esos pequeños puntos dorados, dando con ello tiempo a que mi organismo termine de encontrarse a sí mismo y a que los pensamientos comiencen a cobrar forma y a circular con libertad en mi mente. Procuro no aferrarme a ninguno; como haría el espectador de un partido de tenis, me limito a disfrutar del juego viendo cómo van y vienen de un extremo a otro de mi cabeza sin implicarme demasiado en el marcador. Por lo general suelen ser siempre los mismos. Su variabilidad, como la de los golpes de un tenista, es escasa, reduciéndose a determinados modelos de zapatos, clientas que me gustan, montones de cajas apiladas, la chica de la bici, Sonoko..., y hoy, sin saber por qué, el piano y la señora Kobayashi. Si por casualidad noto que mi atención se vuelca demasiado en alguno de ellos, me concentro en recorrer mentalmente el trayecto de casa al trabajo, procurando que sea lo más detallado posible; personas, edificios, establecimientos, olores, en definitiva, todo lo que en poco tiempo pasará de ser una imagen mental más o menos fidedigna a algo físico.

Después de cerrar con firmeza los párpados, asoma por una grieta abierta en la oscuridad una iluminación amarillenta en la que, como si se tratara de un pedazo de arcilla, se moldea el cuerpo de Sonoko realizando algo que al principio me parece confuso. No consigo distinguir bien los detalles, pero se trata de ella, de su silueta, que de manera progresiva va adquiriendo nitidez. No es precisamente una epifanía: la visión la muestra en el cotidiano acto de bajar la escalera que une las dos plantas de la zapatería, algo que contemplo diariamente dos, tres, puede que hasta más de diez veces, pero con la diferencia de que ahora todo sigue un ritmo mucho más pausado, como si se desarrollara en un ambiente ingravido, lo que me deja tiempo para fijarme mejor en cada uno de sus detalles. Observo, por ejemplo, cómo al abordar los escalones, su cuerpo realiza un imperceptible saltito que la eleva en el aire, donde permanece flotando unos segundos; cómo, durante esa minúscula fracción de tiempo, su cabello queda igualmente suspendido y cómo sus pequeños pechos se contonean bajo la blusa sometidos a la inercia. Intuyo un cuerpo sano bajo su ropa, pero también enfermo y delicado, absurda contradicción que solo puede darse en lugares como los sueños o la fantasía, donde nada es imposible. Aprecio sin prisa la delicadeza con la que su mano izquierda se desliza a lo largo de la barandilla, escucho con precisión el tintineo que emiten sus pulseras cuando chocan entre sí, el repicar de sus tacones sobre el suelo. Pero antes de que pueda llegar a ver cómo termina de descender, la

escena pierde consistencia hasta disolverse como una gota de tinta en un vaso de agua. La oscuridad se cierne sobre mí rodeándome compacta y apretada, impidiendo que pueda seguir viendo nada más. Deseo forzar la reaparición de Sonoko, masajeo mis globos oculares con fuerza para crear nuevos fosfenos. La fricción funciona y poco a poco el vacío comienza a llenarse de intensos colores provenientes de alguna parte del microcosmos de bastoncillos fotoreceptores de mis retinas, creando, tras un aro de color azul, una nueva escena donde creo reconocer a la profesora Ikeda. Lo atribuyo a un error de percepción y, aunque cada vez adquiere más resolución, sigo tratando de ver en la sorprendente aparición la apaciguadora imagen de Sonoko, pero el proceso parece ya imparable y, al momento siguiente, un nutrido grupo de fractales han conseguido reagruparse para acabar de dar los últimos toques a la efigie de la que fuera mi profesora de música en el conservatorio.

Hacía mucho tiempo que aquella mujer no aparecía en mi vida. Había conseguido erradicar todos los recuerdos relacionados con ella, incluyendo su aspecto físico. Obviamente me había estado engañando: ella siempre había estado allí, oculta en las profundidades abisales de mi psique, para acabar resurgiendo, atraída por la claridad de unas evocaciones que pensaba definitivamente apagadas. Reviví, sin poder remediarlo, situaciones pasadas, momentos que consideraba descatalogados y en los que volví a ver el hermoso rostro de la profesora ligeramente inclinado sobre mí con estudiada coquetería, concentrando su atención en averiguar qué era aquello que yo, con suma dificultad, trataba de transcribir sobre las líneas del pentagrama. Sus manos me resultaban perfectas y, distraído, me dejé hipnotizar por la manera en la que jugueteaban con un lápiz que, como era de esperar, acabó por escurrírsele y caer sobre el tatami. Mi reacción fue irreflexiva; no dudé en ir a rescatarlo. Ese fue el momento en el que supe que debía dejar de observarme, me esforcé por apartar la reminiscencia de mi cabeza y volví —esta vez para que todo desapareciera— a presionarme con rudeza los párpados sin conseguir detener el curso de todas esas imágenes. Me recliné sobre la cama en un último intento desesperado y encendí la luz de la habitación para que esta acabase definitivamente por devorar las visiones. Me sorprendió descubrir el vello de mi mano erizado, como si aquellos recuerdos hubieran trascendido mi memoria para estimular de nuevo las mismas sensaciones de mi piel ante el roce sublime de aquella mujer.

Tras desayunar, realizo mis ejercicios sin despegar la mirada de los apartamentos. Los telones están echados y las luces apagadas: el espectáculo no comenzará hasta la noche. Empapo con una toalla el sudor que ha llegado hasta mis ojos y me acodo en la barandilla para hacer una rápida observación de las viviendas, a sabiendas de que de día son pocas las veces que consigo apreciar algo que merezca la pena. Creo que es la luminotecnia la que hace los *shows* verdaderamente espectaculares. A veces veo una persiana que se abre o una silueta que se cruza. Suele ser demasiado pronto y la

mayor parte de los artistas están aún entre bambalinas preparando sus papeles. Desconozco cuál es la rutina de esos habitantes durante el día, cómo es la otra vida de todos esos intérpretes antes de subir a escena, pero tampoco me importa. Tan solo me interesa que las representaciones continúen. Tal y como esperaba, he terminado de observar todos los apartamentos sin apreciar nada destacable, pero en el momento en el que estoy dándome la vuelta, un leve destello atraviesa mi pupila. Vuelvo a centrarme en el edificio para reconocer el repentino resplandor y descubro que alguien ha subido una de las persianas y que, sobre el cristal de la ventana entreabierta, se refleja la anaranjada luz del nuevo día.

Salí de casa rumbo a mi trabajo, crucé los dos primeros pasos de cebra sin que ninguna novedad alterara mi recorrido, pero al llegar al tercero, al semáforo en el que siempre me detengo, me sorprendió encontrar un muñequito verde invitándome a cruzar. «¿Qué ha pasado? ¿Dónde está el grupo de estudiantes y la chica de la bicicleta?». No conseguía entender qué es lo que había cambiado. En un movimiento inconsciente levanté el puño de mi camisa para leer mi reloj. Descubrí atónito que estaba realizando el trayecto con casi cinco minutos de adelanto. Mi espíritu se vio sacudido, súbitamente expuesto a un mar de inquietudes. Procuré achicar el agua de mis nervios y evitar que la ansiedad me hundiera. Recordé todos los pasos que di esa mañana, busqué nervioso el motivo concreto que me había llevado a alterar de este modo mi pauta y la respuesta me golpeó la cabeza como una piedra: aquella mañana no había preparado el té y, por tanto, tampoco había bebido ninguna de mis cinco tazas. El semáforo iba a cambiar de color y dudé durante unos segundos si cruzar o esperar para compensar el descuido. Finalmente decidí hacer lo primero, caminando con urgencia tras un grupo de personas al que yo no pertenezco, que jamás había visto antes, que me son desconocidas. Los nervios se convirtieron en angustia, la cual me obligó a dar media vuelta y volver a la acera para tratar de deshacerme de ese momento que tan extraño me resultaba, en un burdo intento de que el tiempo retrocediera junto a mí. «Sin duda», pensé, «lo mejor es devolver los minutos que descuidadamente le he sustraído a mi vida, recuperar la presencia de los estudiantes, de la chica de la bicicleta, retomar mi espacio». Una vez de regreso al punto de partida, me sosegué convencido de hacer lo correcto y, como quien contempla desde la seguridad del puerto la lucha de otro frágil bote en la tormenta, observé aliviado cómo aquellos seres venidos de otro futuro se alejaban definitivamente.

Respiré tranquilo cuando aparecieron los estudiantes, pero mientras esperaba la aparición de la muchacha, un borrón entró en mi campo de visión a gran velocidad; tuve incluso que dar un pequeño salto hacia un lado para evitar ser atropellado. Era ella. Distinguí sus botas rosas, su olor, y la forma que adquiriría su cabello cuando se desplazaba. Pero sin detenerse y con el semáforo en rojo, se lanzó a una carrera suicida tratando de cruzar el paso de peatones. En el último momento, a punto ya de

conseguirlo, un camión azul de gran tamaño relinchó cuando su conductor pisó los frenos y los neumáticos se adhirieron a la carretera. Todo ocurrió muy deprisa: el vehículo no consiguió frenar a tiempo y golpeó a la muchacha con un sonido sordo. No escuché nada más, no vi nada más, excepto el reflejo de una persona deforme que se me parecía y que, exánime, me contemplaba con una mirada estúpida desde el reflejo cromado de una de las llantas del transporte.

Una especie de rumor difuso y algún grito se sumaron al estado de estupor en el que me encontraba. Todo lo que veía, todo cuanto escuchaba y lo que en ese momento sucedía a mi alrededor me parecía hasta tal punto irreal, que dudé de si estaba o no sumido en una pesadilla de la que, por más que lo intentaba, no lograba despertar. Creía oír algo parecido al timbre de las voces humanas, pero en una frecuencia que me era desconocida y que no me dejaba descifrar su significado. Empujado y zarandeado por los curiosos que luchaban por hacerse un hueco en las primeras filas del morboso espectáculo, acabé por recuperar parte del control. Traté de escapar, de seguir mi camino buscando borrar todo lo sucedido y me fui abriendo paso con la sensación de estar nadando a contracorriente. Conseguí esquivar a algunos individuos, a otros los aparté con mayor o menor delicadeza, pero el avance era lento y tremendamente penoso. De repente mi mirada se quedó adherida a varias manchas de sangre que dibujaban sobre el alquitrán un perfecto patrón de formas y tamaños distintos, en cierta manera similares a esas gotas de pintura que cubren sus botas rosas. No deseaba contemplar aquello, quería caminar sin detenerme hasta llegar al trabajo, pero por algún motivo ni mis ojos ni mi cuerpo me obedecían y, sin pretenderlo, seguí el rastro del espeso líquido hasta dar con un cuerpo que yacía en el suelo sobre un charco rojizo bajo la cabeza. El golpe había sido mortal y, aunque no podía saber cómo era aquella sangre unos minutos antes —cuando todavía regaba el cuerpo joven y vivo de la chica—, ahora, fuera de su recipiente habitual, veía que coexistían en ella un sinfín de colores irisados similares a los que pueden apreciarse en las pompas de jabón.

La mascarilla se le había deslizado hasta el cuello y por fin me era posible ver la cara de esa muchacha cuyos rasgos me parecieron comunes, poco pronunciados, casi mediocres. Pasaría desapercibida para todos quienes ahora la contemplaban embobados si, en lugar de estar tirada en mitad de la calle, estuviera comprando tomates en un supermercado. Pero no para mí. A mí me resultaría una cara preciosa de la que no tardaría en enamorarme. No parecía recién atropellada, ni muerta; daba la impresión de estar plácidamente dormida. Cuando vi cómo de su boca entreabierta caía un delgado hilo rojo, supe que esa chica había dejado de existir, que no volvería a verla con vida.

III

—Señor Sakuma, siento mucho llegar tarde. He sido testigo de un accidente. Todo estaba lleno de gente, de coches... Han atropellado a una joven justo en aquel paso peatonal —dije señalando la ventana con el dedo. La voz que emergía atolondrada a través de mi garganta era la mía, pero me resultaba imposible reconocermelo, era como escuchar una grabación.

—No se preocupe, señor Nakamura. Usted jamás ha llegado tarde y sé que no ha sido culpa suya. Una clienta acaba de informarnos de lo sucedido. ¿Sabe si ha muerto?

—¿Qué? No... Quiero decir, sí, seguro.

—¿Está usted bien? Parece enfermo.

—Sí, estoy bien. Me ha impresionado un poco, eso es todo.

—¿Desea usted tomarse el día libre? ¡Hágalo! Ya lo recuperará.

—No, no, muchas gracias, señor Sakuma. Ahora no sabría qué hacer en casa.

—Muy bien, así podrá ayudar al señor Kishimoto, nuestro nuevo empleado. Como sabrá, la marcha de la señorita Yotsuya ha sido anunciada con cierta precipitación y por eso nos hemos visto obligados a realizar los ajustes pertinentes en un tiempo récord. Cuento con su colaboración, señor Nakamura... ¿Me escucha usted?

—¿Qué? Oh, sí, por supuesto, estoy a su entera disposición.

¿Sonoko se había marchado? Pero ¿por qué? Ahora entendía lo del karaoke, ahora comprendía por qué insistía tanto; seguramente había estado pensando en que la mejor forma de decirme que se marchaba era fuera del contexto habitual, al amparo de la música, de la bebida, lejos de nuestros atesorados silencios. Lo que no conseguía imaginarme eran las causas. La última vez que la vi parecía estar cansada, incluso enferma, pero eso no justificaba su marcha de un día para otro. Busqué, tratando de hallar una respuesta, la rechoncha silueta de Maki, a la que enseguida pude ver acompañada del que debía de ser el tal Kishimoto, un hombre de unos cuarenta años, de aspecto desgarrado y enfermizo. Calzaba unos mocasines marrones iguales a los míos, pero más viejos, más usados y con parte de la goma de los talones despegada. En mi experiencia eso solo podía significar que debía de tratarse de uno de esos hombres tremendamente inseguros, pero que, a pesar de ello, y puede que precisamente para disimular su fragilidad, se muestran arrogantes cuando se les contradice en la menor nimiedad reservándose siempre la última palabra. Antes de verlo en movimiento anticipé que caminaría con torpeza, lo cual pude corroborar en cuanto se aproximó hacia donde me encontraba. Sabía que sería injusto con aquella

persona, que por el simple hecho de haber suplantado a Sonoko me iba a resultar odiosa; lo sabía, pero no lo iba a poder evitar.

—Ah, buenos días, Kaoru. Ya pensábamos que no ibas a venir. Mira, te presento al señor Kishimoto. Es el sustituto de Sonoko.

De cerca, la cara de Kishimoto me causó la misma nefasta impresión que sus mocasines de lejos. Estaba nervioso y, en un vano intento por agradarme, realizó dos o tres inclinaciones de cabeza tras cada una de las cuales pude apreciar una despoblada coronilla de la que emanaba un fuerte y nauseabundo olor a colonia barata —de las que se venden en los Seven Eleven—. No pude más que dejar de respirar durante todo el tiempo que duró la introducción. Había algo curioso en la mirada de ese personaje, tardé un tiempo en descubrir a qué se debía, pero entonces me fijé en que sus ojos se achicaban risiblemente tras el gordo cristal de unas grandes gafas de apariencia pesada y diseño desfasado que parecían de señora mayor. Mientras Maki me ponía al corriente sobre el nuevo empleado de Modern Shoes, este permanecía en una estática postura militar, rigidez que solo rompía para ir al rescate de la pesada montura que, sin el apoyo de un tabique nasal lo bastante prominente, tendía a deslizarse nariz abajo. Lo hiciese o no de forma premeditada, aquel individuo se servía para ello de su dedo corazón, algo que me molestaba sobremanera y que sirvió para avivar mi antipatía hacia él.

Ese día fue de principio a fin un completo y total desbarajuste. Mi estructurada y sólida regularidad había sufrido irreparables desperfectos y, como la superficie de un cristal resquebrajado, daba la sensación de que mi placentera vida iba a hacerse añicos de un momento a otro. Deambulaba por la tienda asustado, a la espera de morir en cualquier momento, sumido en un estado de nervios desmedido e irracional, un estado muy similar a aquel que experimenté cuando me decidí a salir del comfortable aislamiento que me proporcionaba la habitación de casa de mi padre, durante mis cinco largos años de aislamiento. Pero a pesar de mi estado había algo que sí era capaz de ver con claridad; y era que, a partir de ese día, todo era posible: el día en el que dejé escapar cinco minutos, el día en el que la chica de la bicicleta fue aplastada por un camión y en que Sonoko había sido transmutada por un cuarentón de mocasines deformados y gafas de mujer. El día que no debió haber existido nunca.

—Entonces, señor Nakamura, ¿qué le parecen los zapatos? ¿Me sientan bien?

—¿Cómo dice...? Ah, sí, sí, estoy convencido de que este modelo le favorece mucho, señora Nobi. Permítame ajustarle un poco la cinta del tobillo.

—Parece que me aprietan un poco. Esto de las tallas no se me da bien; no consigo atinar a la primera. Me doy cuenta de que me están grandes o pequeños solo cuando ya estoy en casa. Es embarazoso. ¿Está usted seguro de que es una cuarenta?

—Pues sí, es una talla cuarenta. Y no se preocupe, eso que le pasa a usted le pasa a muchísima gente. De todos modos —dije presionando la puntera de los zapatos—, aunque ahora pueda sentirse algo molesta, comprobará que tras un poco de uso se sentirá más cómoda.

—Disculpe, señor Nakamura, ¿podría hablar con usted un minuto? —Kishimoto, que había estado atento a toda la conversación aparentando ordenar una de las vitrinas, se acercó por detrás de mí en completo silencio, reptando como una serpiente.

—Señor Kishimoto, si tiene alguna cuestión que tratar hable con la señorita Tanaka, que está libre, como puede ver, en aquella caja. Yo estoy atendiendo a la señora. —Pero Kishimoto no parecía escucharme y sus diminutos orificios oculares brillaban como ópalos detrás de los gruesos cristales de sus gafas, sin dejar de realizar erráticos movimientos circulares que no supe si achacar a un estado de nerviosismo o a algún tipo de tara ocular—. ¿Es que no me ha oído usted?

Entonces Kishimoto acercó su boca a pocos centímetros de mi oreja derecha y, usando su mano tanto para amortiguar el sonido de su voz como para proyectarlo directamente hacia mi oído, me dijo en un susurro:

—Señor Nakamura, el número cuarenta de YSL es equivalente al treinta y nueve y medio de cualquier otra marca. Lo sabía, ¿verdad?

Las reverberaciones que aquella voz emitía me produjeron un instantáneo y repulsivo escalofrío que se extendió hasta el rincón más recóndito de mi ser. Después de decir esto, volvió a tomar distancia para quedárame mirando sin poder evitar que le aflorara una amplia sonrisa que me recordó a la del gato de Cheshire de *Alicia en el País de las Maravillas*. La animadversión que sentía hacia Kishimoto alcanzó su punto álgido cuando descubrí que, tras la fachada desvencijada de ese rostro feo y vulgar, se escondía una blanca y perfecta dentadura.

—Sí, ya lo sé, señor Kishimoto, soy perfectamente consciente de ese dato. Cuando lleve usted más tiempo en el negocio, descubrirá que los zapatos no son una ciencia exacta y que la mayoría de las veces no debemos hacer caso ni a las indicaciones del fabricante ni a las peticiones del cliente. Ahora, si me disculpa, debo seguir con mi faena y usted con la suya. Vaya a atender a esa señorita que acaba de entrar. Fíjese bien en sus pies. Calza unos preciosos Peep Toes del treinta y siete. Hágame el favor de sugerirle que mantenga el mismo tipo de calzado, pero ofrézcale los Charlotte Ruse naranjas que tenemos en el escaparate. Ah, pero no le saque usted el número treinta y siete, haría el ridículo. Pruebe directamente con el treinta y seis.

Le había soltado todo ese pedante discurso en un tono lo suficientemente elevado como para que ambas clientas lo pudieran escuchar y estaba seguro de que les había encantado. No tanto al señor Kishimoto, que, con el velamen de su dignidad arrancado de cuajo por mi eficaz andanada, se alejó dando bandazos hasta abordar a la joven que, por supuesto, acogió con entusiasmo la elección de los Charlotte Ruse.

No era raro que, a pesar de ser las doce del mediodía de un lunes, pudiese verse a gente paseando a la orilla del río y a escolares practicando deporte o ensayando con la trompeta. Sobre las montañas habían empezado a formarse gruesas nubes compactas

de variados tonos grises que anunciaban lluvia. No era algo que me inquietara demasiado —mi casa estaba muy cerca— y tampoco me incomodaba mojarme en caso de tormenta; al contrario, me gustaba la sensación de sentirme empapado, notar el impacto de gruesas gotas de agua sobre mi cabeza y la manera en la que la ropa se adhería a mi piel hasta casi no lograr diferenciar la una de la otra. El contacto con el agua no solo aumentaba mi sensación de estar vivo, también ejercía sobre mi espíritu un reconfortante efecto purificador que se traducía en un menor apego hacia lo que me rodeaba, ayudándome a relativizar aquello que de otro modo me resultaba terrible. Cuando me veía sorprendido por un intenso aguacero me gustaba compararme con un viejo árbol, fantasear con las sensaciones que en aquel mismo momento podía llegar a tener un olmo o un roble centenario en la zona más frondosa del bosque y entonces me hacía siempre la misma pregunta: «¿Por qué no he nacido árbol?». Envidiaba la tranquilidad con la que aquellos majestuosos seres hacían frente a la existencia, ansiaba tener en mi vida la misma clase de rutina duradera en la que no se precisaban intrincadas y frágiles relaciones sociales y donde las superfluas necesidades que atenazan al más sencillo de los hombres son sustituidas por un sustento básico que ni tan siquiera precisan buscar. En esa clase de vida, los días, las estaciones, los años pasan sin que ello suponga un problema mayor que el de permitir la caída al suelo de hojas y frutos, al suelo hojas y frutos, y, aunque la fatalidad puede formar parte del apacible mundo de la foresta bajo la forma de rayos, incendios y plagas, también caben los milagros, como que alguien especial, alguien como el señor Kobayashi, pueda escucharlos para transformarlos después en instrumentos únicos.

—¿Te molesta si me siento? —Era la aguda voz de Maki la que me rescataba de mi ensimismamiento.

—No, en absoluto. Siéntate, por favor. —A pesar de que poseía un cuerpo diametralmente opuesto al de Sonoko, por una fracción de segundo creí reconocer en sus ademanes los mismos melódicos movimientos de esta. ¿Pudiera ser que la tienda ejerciera sobre aquellas mujeres tan distintas un fantástico efecto, en virtud del cual llegaran a parecerse?

Después de dejar sobre la mesa una bandeja rebosante de comida, Maki se dirigió al puesto más cercano en el que lavarse las manos y servirse un vaso de agua^[2]. Calzaba unos Wedge Qupid negros de generoso tacón, la clase de zapatos que suelen llevar las mujeres que no destacan necesariamente por tener un físico atractivo pero que no obstante hacen gala de una desbordante seguridad —lo que puede llegar a ser muy atractivo—. De rostro redondo y verdaderamente bonito, era raro encontrarla seria o malhumorada y, a pesar de los kilos de más, parecía estar más cerca de los veinte que de los treinta. Todo cuanto Sonoko trataba de aparentar, a ella le salía de forma natural y el suyo era el aspecto de una mujer verdaderamente saludable, decidida y feliz. Mientras que para muchas mujeres el poseer un cuerpo como aquel habría supuesto la excusa perfecta ante la que justificar infinitos complejos, ella estaba definitivamente encantada con su físico.

—¿Quieres agua?

—No, no, gracias, ya bebo esto —dije señalando una botella de Coca-Cola, bebida que no tomaba desde que era un adolescente. Necesitaba preguntarle por Sonoko, pero temía que se notara demasiado mi desesperación—. ¿Cómo fue ayer? ¿Lo pasasteis bien?

—¿Ayer? ¿Es que no sabes que Sonoko se puso enferma y se marchó a las dos?

—¿Enferma? Sí que noté que tenía mal aspecto, pero no me enteré ni de cuándo ni de cómo salió... Pero ¿está bien?

—Seguro que está perfectamente. Yo creo que aprovechó que se encontraba algo resfriada para poder anticipar su marcha y escaquearse.

—Entonces ¿al final no fuisteis al karaoke?

—No, Kaoru, no fuimos al karaoke. ¿Por qué íbamos a ir a un karaoke, precisamente ayer? Tienes unas cosas.

Ambos permanecemos un rato comiendo en silencio. Por encima del continuo murmullo de las personas que ocupaban las otras mesas, del ruido de sillas, del llanto y el jolgorio de algunos niños y de los gritos de los empleados anunciando ofertas, prevalecía el sonido acuoso que emitíamos al sorber los fideos. No quería prolongar aquello por más tiempo.

—Pero ¿por qué se ha marchado? —pregunté tras dejar a un lado el bol aún medio lleno para que nada pudiera interponerse entre la respuesta y yo. Maki no compartía mi inquietud y, con la mirada gacha, seguía sorbiendo su *ramen* sin que el vaho que le empañaba las gafas pareciera molestarla. Tras unos larguísima segundos me respondió.

—¿Cómo? ¿Que no lo sabes? No, claro, ¿cómo ibas a saberlo? ¿Cuánto tiempo hacía que la conocías? ¿Un año y medio? ¿Dos, tal vez? Y en todo ese tiempo no te diste nunca cuenta de lo mucho que le interesabas. Y no vayas a decirme ahora que tú no sentías por ella algo similar, porque no me lo creo. Yo le decía que se olvidase de ti, que se fijara en otros chicos. Y es que eres un bicho raro, Kaoru. Pareces disponer de una magnífica intuición, aunque en lo referente a Sonoko siempre fuiste una completa nulidad. Pero ella no quiso escucharme, no se dio nunca por vencida. Créeme que lo intentó hasta el último momento. Pero ¿puede saberse qué pasa contigo? ¿Por qué nunca le dijiste nada?

Maki me estaba regañando, fustigándome con todos esos reproches, igual que se hace con un niño mimado; no sabía si debía enfadarme, sentirme ofendido o hacer exactamente lo que estaba haciendo, bajar la cabeza y esperar a que aquello acabara, dándole a entender que tenía razón en todo cuanto decía.

—Pero ¿qué le ha pasado? ¿Me lo vas a decir de una vez?

—Nada malo, al contrario, todo bueno. Sus padres le concertaron un matrimonio a través de una de esas agencias y ahora debe de estar ya en Osaka conociendo a su futuro marido. Por lo poco que me contó, se ve que se trata de un hombre de unos treinta y cinco años, trabaja como publicista para la Panasonic y está forrado. ¿Por

qué un hombre así necesita una agencia matrimonial? Pues no tengo ni idea. Solo sé que los padres de Sonoko estaban deseando casar a la última de sus hijas y que encontraron en él la mejor opción. Son ya muy mayores..., bueno, o eso dice ella. Yo no los conozco.

Mi cerebro metabolizó al instante toda aquella información bajo la forma de un dolor agudo y punzante parecido al que habría sentido al tocar un cable cargado con cientos de voltios. Una vez más, mi realidad sufría el brutal ataque de un universo adyacente que me resultaba caótico, un lugar que pugnaba por imponerse sobre aquel en el que había estado llevando una vida apacible. Maki debió de darse cuenta por la expresión de mi rostro de que aquello me afectaba.

—No me malinterpretes. Tú me gustas, Kaoru, de verdad. Quiero decir que respeto la forma en la cual has decidido vivir, si así te sientes feliz, pero creo que aislándote como lo haces no conseguirás nunca escapar de lo que sea que intentas huir. Además, como ya te he dicho, yo sé que a ti Sonoko te gusta y que, si nunca probaste un acercamiento que llevase a algo más que comer cada día en la misma mesa para hablar de la colección de verano, de la posibilidad de lluvia o de lo bien que sabe el tofu frito, se debió a ese miedo que tienes y que no te deja vivir como en realidad te gustaría hacerlo. —Después de realizar esa completa vivisección sobre mi alma, Maki se aproximó el cuenco de fideos a la boca para acabar de sorber el caldo —. No te sorprenda que te conozca tan bien; tú no eres el único que sabe interpretar a las personas. Además, hace mucho tiempo que te veo a diario, lo suficiente para haber entendido que tu prudencia es solo superficial. Hay mucha gente así; en cierta manera Sonoko se te parece. En fin, es una pena, porque hacéis muy buena pareja.

No consigo adivinar si tengo miedo o si estoy dolido. Seguramente un poco de ambas cosas. Maki me había descrito con tanta exactitud que me preocupaba el hecho de ir mostrando mi alma desnuda por ahí, de que cualquiera que se lo propusiera pudiese conocer cuál era el verdadero aspecto de mi ser. Me asustaba, en definitiva, el saberme tan transparente a los ojos de la gente.

Salí del trabajo con algo más de cinco minutos de retraso sobre la hora acostumbrada, estaba claro que por más prisa que me diera no iba a haber forma de recuperar el tiempo perdido. Caminaba por la calle mirando al suelo, procurando sortear los charcos de agua y tratando de conllevar, de la mejor manera posible, el torrente emocional que durante aquella anómala jornada había ido emanando sin tregua de algún lugar ignoto de mi ser, con la firme intención de ahogarme. Si bien al principio me resistía, acabé por comprender que lo más práctico era dejar de oponerme, no continuar nadando y permitir que la fuerza de toda aquella descomunal masa de emociones y acontecimientos me arrastrara, no con la intención de rendirme, por supuesto, sino con la de recuperar las fuerzas que me permitieran abordar, el primer pedazo de tierra firme que avistara. Pero de momento todo me era tan extraño, tan hostil. En ese momento algo me detuvo con brusquedad. No supe de qué se trataba hasta que recalé sobre las mismas líneas blancas en las que había sido

atropellada la chica de la bicicleta unas horas antes. Tras la noticia de la marcha de Sonoko, me había propuesto posponer la asimilación de las vivencias de aquella mañana, pero eran ellas las que ahora volvían a recrearse en mi cabeza sin ninguna conmiseración: el sonido del metal golpeando la carne; los gritos distorsionados de la gente y la imagen de aquel rostro angelical rodeado de sangre. Seguí andando para no interrumpir la circulación y, al hacerlo, mi mirada realizó un extenso barrido del pavimento a la búsqueda de alguna prueba tangible de que el accidente que yo mismo había presenciado era real: las huellas de los neumáticos, una mancha de sangre, pedacitos de plástico reflectante... Al no encontrar nada dejé que mi mente elucubrara absurdas preguntas cuyas respuestas ya conocía: «¿Puedo haberme imaginado todo? ¿Volveré a encontrarme mañana con esa muchacha? Y Sonoko, ¿seguirá acompañándome a la hora del almuerzo?».

Aquella tarde había llovido mucho y ahora volvía a hacerlo con tanta intensidad que apenas me era posible distinguir los apartamentos de enfrente desde mi balcón, mucho menos a sus moradores. Tras la cortina de lluvia solo apreciaba una especie de cuadrícula luminosa de distintas tonalidades, de etéreos y desiguales contornos gracias a la acción reflectante de millones de partículas de agua que otorgaban a la panorámica habitual un aspecto inquietante. Había terminado de darme un baño y permanecía totalmente desnudo con la toalla sobre los hombros, sin temor a que alguien pudiese verme, dejándome seducir por la enormidad de aquel espectáculo de la naturaleza: el sonido del agua al precipitarse contra el suelo, las diurnas y cegadoras luces de los relámpagos, los distantes murmullos de los truenos y ese delicioso olor a asfalto mojado que ascendía desde la calle. Por primera vez en todo el día empezaba a sentirme relajado, capaz de relativizar los acontecimientos sufridos.

Pero de nuevo volvió a ocurrir algo que hizo tambalear mi recién conseguida calma y con ella mi objetividad. Empezó con un ligero cambio de intensidad en una de las luces de los apartamentos vecinos, para ir aumentando de manera progresiva hasta alcanzar la forma de un molesto fulgor. Su color pasó del blanco al rojo y su potencia adquirió tales proporciones que no tuve más remedio que entrecerrar los ojos para evitar que mis retinas sufrieran daños. La luz, que había adquirido la compacta forma de un haz, penetraba como un visitante indeseado por la ventana, pintando de rojo con enérgicas pinceladas la estancia y cada uno de los objetos que la habitaban, hasta producirme la sensación de estar en una casa que no era la mía. Ahora sí me sentía intimidado, pero a pesar de lo molesta que me resultaba aquella situación, de las ganas que tenía de refugiarme lejos de aquella mirada intrusa, había algo dentro de esa inusitada luminosidad que me hacía imposible moverme de donde estaba. Con las manos en forma de visera, busqué un resquicio por el que atisbar qué o quién estaba detrás de aquello, tratando de localizar el lugar preciso de su

procedencia. Fue inútil. Deslumbrado y desorientado, no conseguí ver nada que no fuera una gran mancha de luz. Por fin me decidí a bajar las persianas creando una reconfortante barrera de oscuridad. Pasó el tiempo —¿minutos? O puede que horas— y seguía sentado en el sofá preguntándome qué había sido aquello y por qué tenía que sucederme a mí. Estaba furioso, pero la sensación que sobresalía por encima de cualquier otra era la impotencia.

IV

El rato durante el que mi cerebro recopila y ordena los registros de mi memoria es un momento maravilloso en el que soy feliz, una eternidad fugaz donde la impronta dejada por los sueños se matiza con la realidad, generando un nuevo y efímero universo en el que ni el tiempo ni el espacio son aún recreados, donde nada me apremia ni me preocupa. Poco a poco las sinapsis van retomando su frenética actividad, erigiendo entre sí infinitesimales puentes, microscópicas autopistas por donde pronto circulará —bajo la forma de impulsos electroquímicos— mi compleja yoidad, con sus esperanzas, anhelos y temores. El anestésico mundo onírico desaparece y la realidad se impone. Al abrir los ojos era ya plenamente conocedor de mi situación y de que ciertos engranajes que me eran esenciales habían sido eliminados o suplantados, pero banalmente me consolaba saber que, a pesar de todo eso, incluso después de haberme mantenido en vela durante la mayor parte de la noche, había conseguido despertar a la hora acostumbrada para posar la mirada sobre los orificios de luz que se daban cita cada mañana en el techo de mi habitación, esperando a ser contados. Por vez primera me pregunté si serviría de algo realizar ese recuento y, por vez primera en tres años, decidí no hacerlo.

Hasta ayer nunca habría imaginado que Sonoko pudiera ser otra cosa distinta a una simple referencia en mi vida, una de las muchas piedrecitas que con tanto tesón había ido colocando a lo largo de aquellos años y que daba por seguro que estaría siempre ahí, para, en caso de extravío, ayudarme a encontrar el camino de regreso a mi mundo. Me había convencido de que era solo una pequeña parte del decorado con el que me desenvolvía día tras día. Contaba con la absoluta certeza de su presencia, del mismo modo que sabía que hallaría el descansillo en cuanto abriese la puerta de casa. Pero las sensaciones que estaba experimentando desde su marcha eran tantas y tan extrañas que no podía sino reconocer que en aquella relación existía algo más, algo que hasta entonces no había podido o querido ver. ¿Estaba enamorado de ella sin saberlo?

Me repetía mil veces esa pregunta como si con ello fuera a ser capaz de hallar la respuesta a por qué todo cuanto había funcionado hasta entonces de una forma tan milimétrica se había ido al garete justo cuando ella desapareció. Se me ocurría que su ausencia podría ser equiparable a eliminar de un plumazo a Ilsa Lund de todos los fotogramas de *Casablanca*. El señor Blaine comenzaría sin duda a plantearse una serie de preguntas muy similares a las que me estaba haciendo yo en ese momento. Le sucederían cosas raras, cosas que en última instancia restarían sentido a todo cuanto había estado haciendo y sintiendo hasta entonces. Ni Marruecos, ni el Rick's

Café, ni por descontado *As time goes by* podrían significar lo mismo de siempre.

Necesitaba saber si Sonoko era la protagonista de mi película.

No tenía claro cuánto tiempo había transcurrido desde que había abierto los ojos, pero entendía que si quería retomar el orden específico marcado por mis anteriores estructuras, tenía que incorporarme, dejar a un lado el estudio en el que me hallaba sumido y tratar de arreglar, en la medida de lo posible, aquel desaguisado. Sin embargo, todo lo que me había acontecido el día anterior se había propuesto no dejarme arrancar y esperaba a ser revivido, agolpado e impaciente a las puertas de mi memoria.

La marcha de Sonoko —ya no me cabía duda— era la parte sumergida del iceberg, pero por encima de la superficie afloraban escollos cuya presencia me desquiciaba en mayor o menor medida, tal vez porque fueran igualmente determinantes o quizá porque de alguna manera intuía que debía de existir alguna relación entre ellos que no apreciaba con claridad: la muerte de la chica de la bicicleta, la enigmática luz roja que me había escrutado hacía pocas horas y la inesperada reaparición de todos esos recuerdos que daba por olvidados. Debía tranquilizarme, no dejarme llevar por la desesperación y esperar a que las cosas siguieran su curso, centrándome tan solo en aquellas que aún podía cambiar: si los recuerdos volvían, los eliminaría tal y como había hecho desde que salí de casa de mi padre; si la luz reaparecía, actuaría en consecuencia; sin embargo, lo que ya no iba a conseguir era que la muchacha atropellada volviese a pararse junto a mí en el semáforo, como tampoco podía plantearme impedir un matrimonio solo porque dudara de si estaba enamorado de la novia o porque creyese que su desaparición estaba provocando estragos en mi vida.

Si antes eran tres los minutos que transcurrían desde que me despertaba hasta que entraba a la cocina, ahora se habían convertido en diez. Seguía perdiendo tiempo por algún agujero, por alguna herida abierta en mi espíritu y, como si de esa manera fuera a conseguir recuperar algunos segundos, tendía a hacerlo todo de forma más apresurada y destartalada. Vertía sobre la encimera parte del agua destinada a la tetera, para colocarla después en un fuego que me olvidaba de encender; se me resecaban las tostadas y registraba el frigorífico buscando unos inexistentes *tuppers* con arroz que la noche anterior había olvidado preparar. No conseguía reconocermé a mí mismo. ¿Quién era ese patoso y desorganizado hombrecillo? Desplacé anonadado la mirada hasta el fregadero en cuyo fondo, parcialmente lleno de un líquido oleoso parecido al agua, pero de un color más oscuro, yacían, como los restos de un naufragio, recipientes vacíos con restos de arroz, tazas con posos marrones, cuencos y palillos, junto a los envases pringosos del *nattō*.

Dudé durante unos instantes si abandonar allí todo ese fregado o si enfrascarme en borrar el lamentable bodegón que se había dibujado en mi cocina de un día para otro. Considerando que tenía que esperar a que se terminara de volver a tostar el pan, me enfundé unos guantes y me puse a lavar todo aquello. Me sentí satisfecho cuando

conseguí hacer desaparecer todos los residuos almidonados, los posos de té y la mucosidad de la soja fermentada, pero el entusiasmo se me pasó en cuanto me di cuenta de que se me habían quemado las tostadas. Entonces decidí conformarme por temor a perder las dos últimas rebanadas del paquete. El día no podía haber comenzado peor, o eso creía, hasta que al abrir de nuevo el frigorífico descubrí que no me quedaba mermelada de naranja. Recordé entonces que el día anterior, antes de salir de casa, había hecho una lista de la compra y que la había metido en el bolsillo de la americana, lugar de donde, evidentemente, no había vuelto a salir.

Seguía perdiendo tiempo. Ya iba con retraso así que decidí renunciar a las flexiones y abdominales para centrarme en los saltos de cuerda que realizaba siempre mirando al edificio de enfrente, pero esta vez los hice intentando descubrir en algún apartamento cualquier indicio acerca de la procedencia del haz de luz. Muchas de las persianas estaban todavía echadas y las que no, solo me permitían ver la aurora reflejada en los cristales. Era más tarde de lo habitual así que se veían cosas ligeramente diferentes: amas de casa sacudiendo el polvo de los futones o regando plantas, hombres tendiendo sus camisas y hasta unos niños vestidos ya para el colegio mirándome entre divertidos y curiosos, pero no vi nada que me diera una pista sobre el origen del fenómeno. Debía terminar con el ejercicio y acortar la ducha si quería llegar a la hora acostumbrada al tercero de los pasos peatonales.

Lo hice con tiempo suficiente como para que cambiara un par de veces de color. Dejé que cruzara el grupo de estudiantes. Pasaron por mi lado como si no existiera, como si no supieran que cada mañana hacíamos esa espera juntos y que juntos habíamos presenciado el accidente: reían, hablaban y actuaban como de costumbre. Sus vidas seguían. ¿Por qué no podía hacer yo lo mismo? Se fueron alejando poco a poco y volví a quedarme solo, parado bajo el disco verde, con la mirada fija en la esquina por la que ella solía aparecer. En los tres años que llevaba realizando ese trayecto, me costaba recordar cuándo había sido la última vez que aquella chica no se había presentado; si necesitaba una confirmación de parte de la realidad, ya la tenía. Había dejado transcurrir más de cinco minutos y no había rastro de la muchacha. Podía estar seguro de que no volvería a abstraerme con su figura, que ya no me sería posible empaparme con su estela de frescura ni cegarme con el sedoso brillo de su cabello, lo que me estaba causando un dolor desproporcionado, porque, a fin de cuentas, ¿quién era esa persona? No la conocía, ni por supuesto ella a mí y supongo que lo que más daño me hacía era precisamente eso, saber que ya nunca la iba a conocer, que no iba a hablar con ella ni a compartir algo más que unos cortos instantes a la espera de que un semáforo cambiara de color. Cuando el disco comenzó a parpadear de nuevo, anunciando que en pocos segundos podría seguir mi camino, volví a sentir un malestar frío en la boca del estómago, un aguijonazo que consiguió paralizarme avisándome de que la ansiedad había reaparecido. Mientras mi corazón me pedía un poco más de tiempo, mi cuerpo se negaba a seguir parado a la espera de un milagro que, sabía, no habría de producirse.

—¿Cómo lo llevas hoy, Kaoru? —Se trataba una vez más de Maki, que, como el día anterior, se lanzaba con todo el peso de su presencia a rescatarme de mi ensimismamiento—. No te molesta que me siente contigo, ¿verdad? Ahora que Sonoko no está, parece que tendrás que acostumbrarte a mi presencia, a no ser que prefieras comer con Kishimoto —dijo mientras me guiñaba un ojo esbozando una sonrisa pícara.

Por un momento el tono y las maneras que Maki había empleado en aquella inocente frase se me antojaron fuera de lugar, un galanteo de mal gusto con un aroma parecido a cuando alguien critica a una persona fallecida. No estaba seguro de cómo responder y tampoco me apetecía decir cualquier cosa, así que decidí centrar mi atención en la comida, para asombrarme de que detrás del vapor que salía de mi plato no había unos fideos *ramen*, sino un colorido y aromático arroz al *curry*. Ayer había sido una lata de Coca-Cola y hoy —de nuevo inconscientemente— había vuelto a transgredir mi escrupuloso programa de comidas. Trataba de comprender cómo mi conducta había llegado a ese grado de descontrol sin dejar de observar embelesado los suaves y rítmicos movimientos llevados a cabo por Maki, para maravillarme de nuevo de hasta qué punto las maneras de dos mujeres tan dispares se asemejaban.

—Chico, estás alorado. Mira, te he traído un pastelito para pedirte disculpas por lo de ayer. Sé que no te gustó demasiado que me inmiscuyera en tus cosas. ¿Cuál prefieres, el de fresa y nata o el de vainilla y chocolate?

—No, gracias, nunca como dulces. —Era cierto, odiaba los dulces, pero, a decir verdad, estuve tentado de coger el de vainilla y chocolate. Definitivamente algo me ocurría.

—¿No? Pues tú te lo pierdes.

Además de los pastelitos, Maki traía en su bandeja un enorme tazón de fideos *udon* en cuyo caldo flotaban un gran número de ingredientes; distintas clases de *tempura*, un par de láminas de tofu frito, cebolleta en abundancia y muchas tiritas de alga *nori*. A su lado, y luchando por tratar de hacerse un hueco en la colapsada superficie de la bandeja, había un cuenco de arroz y una bandejita de cartón en la que humeaban unas bolitas de *takoyaki*.

—Oye, Kaoru, sabes que siempre puedes llamarla, ¿verdad? —Aquella frase la dijo con la boca llena, pero, aunque la entendí perfectamente, hice como si no—. Digo —repitió después de haber engullido el contenido de uno de sus carrillos— que, si tan afligido estás, siempre puedes recurrir a una llamada telefónica. Yo te puedo asegurar que a ella le encantaría poder hablar contigo, tener ocasión de despedirse. Es más, seguro que lo está esperando.

Otra vez la suspicacia de Maki había sabido colarse en lo más recóndito de mi cerebro para sacar sin ningún esfuerzo al exterior, a la vista de todos, una parte de mí que creía a buen recaudo. Dios mío, ¿tan transparente era? ¿O es que acaso los cambios que se estaban produciendo en mi vida también habían alterado la imagen

que hasta entonces había proyectado de mí mismo, haciendo de mi interior algo perfectamente visible? De nuevo decidí no andarme por las ramas y afrontar rápidamente la cuestión.

—Maki, ¿por qué piensas que la marcha de Sonoko me ha afectado?

—Pues si te digo la verdad, no lo sé. Es decir, sí sé que su marcha te ha afectado, lo que no sé es cómo lo sé. Curioso, ¿no? Te he estado observando durante estas pocas horas que han transcurrido desde que no está y te aseguro que no puedo concretar ningún detalle que me haga pensar que te pueda estar pasando algo. Como siempre, desarrollas tu trabajo sin errores ni divagaciones y, aunque a simple vista sigues siendo tan impenetrable como de costumbre, sé que algo dentro de ti se está rompiendo o transformando. ¿Me equivoco?

Pero ¿qué o quién era esa mujer? ¿Una sibila? ¿Una de aquellas jóvenes vírgenes que, encadenadas en lo más profundo de una gruta sulfurosa, eran capaces de predecir el destino de los hombres y de ver su auténtica naturaleza, aquella que ni ellos mismos conocían? La descarada clarividencia de Maki estaba comenzando a ponerme otra vez nervioso; allí, sentado frente a ella, me sentía desnudo.

—No, no te equivocas. Me importa, y mucho, que Sonoko ya no esté. Me molesta que las cosas cambien y, desde que se ha ido, todo parece dispuesto a hacerlo, incluida tú. Me has confesado que ahora ves en mí algo que antes no veías y eso tampoco termina de gustarme. Como tú misma has dicho, tengo la sensación de que algo se ha roto en mi interior, algo importante, que ha provocado unos acontecimientos en mi vida que jamás deberían haberse producido y que además me parecen imparables e irreversibles.

Tocándome el bolsillo de la americana acaricié un papel que enseguida identifiqué como la lista de la compra, así que decidí levantarme y huir hacia la tienda. Todavía quedaban diez minutos antes de tener que volver al trabajo, tiempo suficiente para comprar lo poco que necesitaba.

—¿Ya te marchas? Oye, ¿no te habrás enfadado de verdad? Podemos cambiar de tema. Ya sabes que mi intención es buena. Anda, siéntate y hablemos de cualquier otra cosa, dejemos sufrir un rato más a Kishimoto mientras lidia él solito con la tienda y con el señor Sakuma.

—No, no puedo. Necesito pasarme por el supermercado para comprar algunas cosas.

—Vale, bueno... Oye, ya sé que no es asunto mío, pero deberías llamarla.

No contesté. Ni tan siquiera la volví a mirar. No estaba ni mucho menos enfadado, pero sí que me sentía incómodo: salí de la gruta para alejarme de la preclara mirada de la joven bruja.

V

Tres o cuatro años antes de que mis padres se separaran, hubo una época en la que mi madre me esperaba a la vuelta del colegio para llevarme —quisiera o no— al centro comercial. Había abandonado por completo la pintura y, asediada por terribles depresiones y altibajos de humor, necesitaba —lo veo ahora con el paso del tiempo— perderse en un lugar en el que su mente pudiese dejar de dar vueltas a las mismas ideas durante unas horas. Allí conseguía distraerse de sí misma, del mundo y de todas las personas que en él vivían. Para mí, sin embargo, aquello suponía una monótona experiencia de la que me era imposible zafarme, otra obligación más como ir a clase, relacionarme con otros compañeros, hacer los deberes o comer verduras.

Nada más entrar en el centro, mamá sufría una metamorfosis radical, un cambio casi fisiológico por el cual lograba que su atención se focalizase en un presente continuo, un ahora que se estiraba en todas direcciones hasta abarcar la totalidad de su sinuosa franja de espacio-tiempo. En aquella especie de campo atemporal en el que el antes y el después no tenían cabida, su rango sensitivo se ampliaba extraordinariamente para que nada se le pasara por alto, lo que la convertía en alguien hiperactivo, irracional e impulsivo y recorría en este estado —rayano con lo patológico— un número de tiendas, secciones y departamentos que de otra forma le habría resultado inabarcable. Las primeras veces se enojaba porque yo no conseguía seguir su delirante ritmo y, aunque me cogía de la mano para obligarme a seguirla y evitar que me perdiera, se quejaba continuamente de la incomodidad y la falta de efectividad de aquel procedimiento. Me decía que mis manos sudaban demasiado, que le resultaban escurridizas y que arrastrándome de esa manera limitaba tremendamente sus movimientos, así que ideó un sistema sencillo pero infalible, que consistía en amarrar su cintura a la mía mediante un cordón de color rojo —idea que sacó, según me confesó ella misma, de la leyenda del hilo rojo del destino, fábula que me había contado infinidad de veces, que le apasionaba y en la que creía a pies juntillas.

La leyenda relata la historia de un emperador obsesionado con la búsqueda de la persona amada, de esa compañera fiel para transitar a su lado el largo y tortuoso camino de la vida, por lo que organizaba constantes audiencias con el fin de que toda mujer que se considerase digna de ser su esposa pudiera tener la oportunidad de demostrarlo. Diariamente llegaban a la corte un gran número de damas procedentes de todos los rincones del reino, pero por más entrevistas y encuentros que mantenía,

el soberano no encontraba más que interés e hipocresía allí donde esperaba hallar amor y lealtad. Desengañado y profundamente deprimido, decidió encerrarse en su cámara convencido de que su destino era la soledad. Una tarde de otoño llegó a sus oídos la existencia de cierta mujer que tenía el don de ver y seguir los hilos rojos que unían de manera inquebrantable a todas las almas destinadas a estar juntas. Esperanzado, decidió llamar a palacio a la nigromante y en pocos días esta consiguió hallar el hilo rojo del emperador, seguirlo y llevar a este en presencia de una campesina que amamantaba a un bebé.

«Es aquí donde concluye tu hilo rojo», dijo la bruja señalando a la mujer. Sintiendo burlado, el emperador mandó decapitar a la anciana y desairado, arrojando al suelo a la muchacha y a su criatura, regresó sombrío y desengañado a palacio.

Pasaron muchos años y el rey no salía de su ensimismado sufrimiento, cada día más apartado de sus importantes obligaciones. Preocupados por la suerte de su rey y el futuro de su reino, los nobles y sacerdotes de la corte decidieron que lo mejor era concertar un casamiento con la hija de uno de los más poderosos generales del momento, y así se hizo. Durante el enlace la joven novia lució un hermoso vestido rojo provisto de un velo cuya ligereza permitía intuir un rostro de formas armoniosas que empezaban a enamorar al monarca. Cuando al final de la ceremonia se encontraron a solas, el *mikado*, desbordado por la pasión, apartó ansioso la tela que cubría la cara de la muchacha, descubriendo horrorizado una gran cicatriz que desfiguraba su frente: su esposa no era otra que el bebé que la nodriza llevaba en sus brazos y que él mismo, años atrás, había precipitado contra el suelo en aquel irrefrenable ataque de ira que ahora lamentaba tanto.

A mi madre no le importaba que la gente nos viese hacer el ridículo ni se daba cuenta de que yo tenía —a la corta edad de seis años— un sentido de la humillación completamente desarrollado. Por el contrario, creía que aquello me divertía, pues convertía el itinerario por el centro comercial en un juego que consistía en evitar como fuese que el «destino», esa cuerdecita roja que nos unía, se rompiera. Al final del recorrido siempre se mostraba contenta y me decía: «Hijo, ¡hemos vuelto a ganar! Lo has hecho muy bien» y me compraba un helado, un zumo o un robot Gundam para montar, pero para ello yo había tenido que mantener un ritmo agotador, estar muy atento a todos sus movimientos, cambios de velocidad y de dirección, regateos imposibles, repentinas paradas seguidas de las igualmente repentinas puestas en marcha... La menor distracción conllevaba un molesto tirón o una colisión con su trasero, algo que la irritaba terriblemente. A veces —pocas— la cuerda se rompía y entonces, al notar que su caminar no se veía lastrado, se detenía observándome en silencio con una expresión cuyo equivalente hablado no debía distar demasiado al epíteto de «patoso». Después se acercaba, me volvía a anudar a la cuerda y me pasaba

unas cuantas veces la mano por la cabeza antes de proseguir con su frenético caminar.

Con el tiempo y la práctica, sus movimientos acabaron resultándome bastante previsibles, ya que descubrí un cierto orden en aquello que había supuesto un errático deambular. Noté, por ejemplo, que por lo general realizaba siempre el mismo recorrido, con pequeñas variaciones en función de las diferentes ofertas de la semana, de modo que en cuanto descubrí esa pauta me bastó con aprender a interpretar los números y porcentajes enmarcados dentro de las estrellas de colores chillones, para poder prever con un grado de acierto elevado cuál iba a ser su próximo movimiento. Además solía detenerse o eludir siempre las mismas zonas, lo que se traducía en una amalgama de hastío y fatiga que me resultaba insoportable. Pero había días en que, sin motivo aparente, cambiaba su orden y me sorprendía adentrándose en regiones inexploradas, rincones que nunca había visto y cuyo descubrimiento acogía con expectante agrado. De ese modo, siguiendo uno de aquellos irregulares periplos, fue como me encontré con un lugar por el que estaba seguro de no haber pasado nunca.

Me bastó un único y rápido vistazo para darme cuenta de que todo el local despertaba en mí una irresistible atracción; desde la sencilla y poco elaborada entrada —una pequeña puerta corredera de madera— hasta el rebosante escaparate, que a pesar de no ser muy grande acogía una multitud de muebles y cachivaches de todas las formas y tamaños, cuyas utilidades específicas me resultaban inimaginables. Era aquel sitio hasta tal punto distinto al resto de locales que lo rodeaban que llegué a pensar en si no podríamos habernos salido del centro comercial sin darnos cuenta o si nos encontrábamos ante una especie de puerta dimensional hacia otro mundo. Rememoro ahora la sensación que me embargó al descubrir aquel lugar y pienso que podría asemejarse a la que tendría alguien que asistiera a un funeral y se encontrase con una animada fiesta llena de payasos y trapevistas. Aquella tienda debía de ser un lugar de paso de esos a los que nadie acude intencionadamente salvo que se quiera llegar a alguna otra parte. Solo así me puedo explicar la total falta de interés que despertaba sobre las más de veinte personas que desfilaban junto a nosotros por aquel mismo espacio. Nadie se detenía ante el escaparate, ni tan siquiera lo miraban y yo fui el único que volvió la cabeza cuando ya habíamos pasado de largo.

Me atraía todo cuanto veía. Me resultaba imposible apartar la mirada de aquella vidriera repleta de misterio y en concreto de un «algo» que compartía su espacio con cómodas, armarios, cajas y biombos. Ese «algo» no me llamó la atención tanto por su descomunal tamaño o sus ondulantes formas como por la curiosa esencia que desprendía, algo que pude confirmar a medida que pasaba por su lado y que me hizo sentir que no se trataba de uno más de aquellos objetos, sino que me sugería ser una especie de animal rarísimo que, sin saber cómo ni por qué, trataba de comunicarse conmigo atrayendo mi atención. Toda esa experiencia se desarrolló en un espacio de tiempo muy corto; no había podido ni empezar a saciar mi curiosidad cuando noté

que la dichosa cuerda tiraba de mí para llevarme, seguramente, hacia la sección de electrodomésticos o de perfumería. Opuse alguna resistencia, pero no me sirvió de nada, así que intenté memorizar cuanto pude, empaparme de todo lo que me rodeaba y enmarcar aquel pequeño sitio en un lugar destacado de mi memoria para poder regresar cuanto antes y acabar de averiguar qué era ese «algo» y qué estaba tratando de decirme.

Los días se sucedían, pero mi propósito de volver a ese escaparate no disminuía ni un ápice. Al contrario, el tiempo transcurrido desde el encuentro y el deseo de retomar el contacto con lo que apenas había tenido tiempo de vislumbrar no hizo sino crecer hasta convertirse en una idea obsesiva con la que no dejaba de fantasear ni de día ni de noche, algo que era la primera vez que me ocurría en mi corta existencia. Sin embargo, mi madre parecía sentir una obcecación parecida con no regresar, y sus trayectos acabaron siendo del todo conservadores, ciñéndose la mayor parte de las veces a la primera planta —y por tanto subiendo rara vez hasta la segunda, en la que se encontraba el objeto de mi deseo—, lo cual me hizo ir asumiendo lo difícil que resultaría que aquel recorrido se repitiese de forma espontánea, y cada vez era mayor mi tendencia a buscar alternativas, a desesperarme y a idear soluciones más drásticas que factibles. Quería hablar con mi madre de aquel sitio, de los sentimientos que aquella experiencia había despertado en mí, pero me desanimaba la idea de que no me comprendiera y de que se lo tomara a la ligera. Además, tampoco me apetecía hacerla partícipe de lo que consideraba un secreto personal que quería llevar a solas. Así que las opciones contundentes pasaban por cortar la cuerda o esperar a que se rompiera de manera accidental para salir corriendo hacia las escaleras, algo que dejaba de resultarme atractivo en cuanto empezaba a imaginar las consecuencias negativas que con seguridad me acarrearía un acto semejante. Llegué a perder la esperanza, me abandoné por completo a la suerte para consolarme con la burda idea de que cuando me hiciese mayor podría ir o venir donde quisiese sin hilos rojos que limitaran mi libertad.

Me hallaba en ese nefasto punto muerto cuando se me presentó la ocasión por si sola una tarde en la que mi madre se detuvo completamente absorta en mitad de la sección de maquillaje y peluquería, leyendo ensimismada todas y cada una de las distintas características de las ofertas. Por primera vez en mucho tiempo, algo atraía suficientemente su atención como para poder calcular la ruta más rápida hacia mi objetivo. Las circunstancias no podían serme más propicias: tenía justo enfrente las escaleras que debía subir. Después solo habría de recorrer unos metros hacia la derecha para llegar al centro de la segunda planta donde seguramente encontraría nuevas referencias. ¡Era entonces o nunca! Las manos empezaron a sudarme y el corazón a latir a toda velocidad, pero ¿cómo iba a deshacer el nudo sin que se diera cuenta? Ya empezaba a desanimarme cuando me di cuenta de que tenía la solución

delante de mis narices: la suerte había puesto allí mismo, a la altura de mis ojos, unas tijeras de peluquería. La asociación de ideas fue instantánea e imparable y sin tiempo para pensar en nada más las cogí medio temblando y le pegué un tajo al insufrible «hilo del destino».

Al instante ya estaba corriendo, como lo había hecho tantas veces en mi imaginación. Recuerdo a la perfección los detalles de lo sucedido: la forma y el color de la empuñadura de las tijeras, la situación de mi madre y lo que en ese momento estaba mirando; sin embargo, lo que no sé es de dónde saqué el coraje necesario para hacer lo que sabía que me ocasionaría un buen disgusto. Supongo que pensaba que la realización de verme de nuevo ante ese objeto y de sentir otra vez aquellas extrañas sensaciones bien merecía la pena. Recorrí las dos plantas que me separaban de la tienda a una velocidad que me parecía increíble: más que correr, volaba. Atravesaba galerías en zigzag, acortaba cruzando por medio de algunas tiendas y sorteaba con pasmosa agilidad a todas las personas que en aquella hora punta se agolpaban en grandes y pequeños corrillos. Inquieto, porque lo que veía no se adecuaba a lo que recordaba y nervioso, porque a cada zancada me venía a la cabeza en enojo y la preocupación de mamá. Pasé por un momento de máxima angustia cuando, creyendo encontrarme en el lugar correcto, no conseguía ubicar el local. Todos los pasillos me resultaban iguales, todos los comercios los mismos. Tampoco me ayudaba mi reducido tamaño ni la abundancia de clientes, y es que ni poniéndome de pie sobre los bancos o aupándome temerariamente a las barandillas conseguía atisbar más allá de unos pocos metros. Sabía que estaba cerca. Lo situaba en un pasillo más o menos céntrico, empotrado, por así decirlo, entre una papelería y una tienda de ropa femenina sobre la que recordaba haber visto un gran cartel de intensa iluminación azulada. Empapado en sudor a pesar del frío del aire acondicionado y con el corazón a punto de salirse por la boca, me senté para tomar aliento, tranquilizarme y ubicarme. Me bastó hacer unas cuantas respiraciones profundas para relajarme y distinguir casi al momento, filtrándose por entre las piernas de un corro de chicas de uniforme, el destello de neón azul de la tienda de moda, al fondo del mismo pasillo en el que me encontraba.

Ya ante la puerta corredera no lo dudé ni por un momento y, con una determinación nuevamente impropia de mí, la deslicé procurando hacer el menor ruido posible y colarme dentro. Nada más entrar me envolvió una cálida iluminación acompañada del característico aroma de los templos, y en general de todos los lugares sagrados, mezcla de inciensos, maderas y tatamis viejos. No parecía haber nadie o, si lo había, no acudió a recibirme, cosa que agradecí. La tranquilidad que reinaba allí contrastaba con el bullicioso trajín del centro comercial, lo que me llevó a experimentar por primera vez la sensación que años más tarde me embargaría al penetrar en alguno de los templos que a veces descubría en mitad de una ciudad y que, como islas de silencio, acogen hospitalarios a los náufragos que la agitada marea de la urbe arrastra hasta sus orillas.

El lugar era mucho más grande de lo que había supuesto, no existiendo un solo rincón en el que no hubiese algo que atrajera mi mirada, haciendo tan erráticos mis movimientos como los de una mariposa en primavera. Cofres dorados y cajas de madera lacada en rojo se codeaban con arcones y biombos en los que se dibujaban escenas de damas vestidas de seda haciendo música a la orilla de lagos o junto a gigantescos bosques de bambú. Otros mostraban mares interminables de espuma blanca coronados por lejanas montañas o por arboledas de cerezos milenarios. De las paredes colgaban cuadros de todos los tamaños, kimonos de todos los colores y telas con complejos estampados. Había estanterías y vitrinas en las que se mezclaban infinidad de tazas de porcelana, vasos y copas de cristal, relojes de arena, lámparas, candiles y candelabros... El espacio del suelo también era aprovechado y, formando enrevesados pasillos por los que me movía con cautela, se apilaban casi hasta la altura de mi cabeza centenares de antiguos y raídos libros de distintos tamaños y grosores que despedían un olor acre, aún desconocido para mí y que, si en un primer momento me desagradó, con el tiempo llegaría a resultarme delicioso. Jamás había presenciado nada parecido.

De pronto di un respingo. En una esquina, justo al lado de lo que pensé que debía de ser el mostrador, y como protegiendo un pasillo semioculto tras una cortina, un imponente samurái me clavaba con fiereza sus oscuros y profundos ojos. Tenía la boca abierta, como en acto de rugir, perfilada con un tupido bigote blanco que le hacía parecer aún más amenazador. A ambos lados de la media luna de oro de su yelmo crecían dos solemnes cuernos de ciervo que prácticamente llegaban a tocar el techo de la sala. Permanecía sentado sobre una estructura cuadrada, puede que un arcón azabache, en el que destacaba un *kanji* dorado que no conocía. A su diestra, dos espadas enormes le esperaban prestas a ser desenvainadas. Tardé unos largos segundos en darme cuenta de que la coraza estaba vacía, pero aquella aterradora presencia no solo me asustó, sino que me ayudó a salir de mi estupefacción y a recordar a qué había venido. Tan sigilosamente como pude me acerqué al escaparate a través del callejón de libros procurando hacer el menor ruido posible, pero, aunque me movía despacio, a cada paso que daba la vieja madera respondía emitiendo un leve pero audible sonido parecido al canto de los grillos, nada comparable con los frenéticos latidos de mi corazón, cuyos golpes tenía la sensación que se oían desde el exterior.

En cuanto me encontré frente a lo que había venido a ver, todos mis miedos desaparecieron para dar paso a un nuevo aturdimiento que me desconectó de cuanto había a mi alrededor. Su forma y su tamaño me siguieron pareciendo extraordinarios y, aunque todavía no podía desvincularlo de aquella naturaleza animalesca que mi mentalidad infantil le había atribuido la primera vez que lo vi, entendí que debía de tratarse de un instrumento musical y, aunque me era imposible ubicar el teclado — único elemento para mí reconocible—, pensé en un piano. Había visto algunos por televisión, incluso recordé que tenía un órgano eléctrico en algún rincón de mi

dormitorio, pero nunca había visto nada igual. Aun así, me costaba no atribuirle algún tipo de sensibilidad, y más que un instrumento, mi cerebro —o mi corazón, no lo sé con certeza— se empeñaba en hacerme ver a un manso y somnoliento animal que yacía descansando con su gigantesca boca abierta, mostrando una rebujada y compleja estructura anatómica interna en la que apreciaba unas fuertes costillas doradas, siete orificios de respiración y centenares de dientes de plata unidos a otras tantas cuerdas de distintos grosores y colores. De esas curiosas entrañas emanaba un fuerte y delicioso aliento a madera anestesiante. No sé cuánto tiempo transcurrió desde que entré en el anticuario hasta que salí de la mano de mi madre, pero debió de ser mucho, porque fuera, en la calle, la luz había empezado a menguar para favorecer la proliferación de algunas estrellas titilantes sobre los tejados.

Curiosamente y en contra de lo que me había imaginado, mamá no estaba furiosa, ni siquiera enfadada. Más bien la notaba melancólica, distante. Era como si a pesar de estar sentados uno frente al otro ella no estuviese en el mismo vagón que yo. En un primer momento no fue algo que me sorprendiera demasiado; solía ponerse así después de salir del centro comercial —supongo que cuando las imágenes y los sonidos de todos esos productos desaparecían de su vista para ser sustituidos por las preocupaciones—, pero siempre, en algún momento del regreso a casa, terminaba por aflorar en ella alguna sonrisa, algún comentario o referencia sobre una oferta o artículo que le había llamado la atención, y poco a poco su ánimo volvía a ser, si no alegre —pues ella no era así desde hacía tiempo—, sí jovial, y hasta divertido, cosa que ese día no sucedió y que yo atribuí, equivocadamente, a mi trastada. Me sentía mal por haber obrado de aquella forma, lamentaba haber sido la causa de su preocupación y en parte deseaba encontrar cierto sosiego en la expiación de un castigo que no llegaba. Opté entonces por permanecer callado y distraer mi mente recreándome en las sensaciones vividas durante aquella mágica tarde de verano, mientras ella miraba a través de la ventanilla del tren hacia un lugar lejano en algún punto entre las montañas y el cielo escarlata de poniente. En ese momento me ocurrió algo que se me quedó grabado para siempre en la memoria y que jamás me ha vuelto a suceder: mientras los postreros rayos de sol teñían de malva su rostro, mi madre dejó de ser mi madre para ser solo una mujer muy bella pero terriblemente atormentada, por la que sentí un profundo e infinito amor.

Ya en casa, mientras cenábamos escuchando la radio, empezó por fin a hablarme, diciéndome —para mi sorpresa— que no le había sido difícil encontrarme y que por eso no estaba enfadada, pero que no podía evitar sentirse algo decepcionada por el hecho de no haberle confesado el motivo de mis preocupaciones. Me explicó cómo aquel día en el que pasábamos frente a la tienda, pudo notar cómo me detenía porque tiraba con tanta fuerza de la cuerda que no tuvo más remedio que detenerse:

—Supe al instante que algo dentro de aquel escaparate te había llamado la

atención. Estaba deseando que quisieras contármelo, que me confesaras qué era aquello que habías visto y que te había cautivado tanto como para frenarme, pero no lo hiciste, así que seguí adelante.

Había sabido durante todo este tiempo qué era lo que me carcomía por dentro, y conscientemente había evitado ese lugar creyendo que en algún momento yo llegaría a confiar en ella, a explicarle qué era lo que me pasaba por la cabeza. El que desease ser partícipe de mi curiosidad me sorprendió porque me daba cuenta, y ella también, de que hasta ese momento siempre la había hecho cómplice de mis deseos, temores e incluso intrigas, y eso solo podía significar que, a pesar de ser todavía un niño, había empezado ya a desligarme, a necesitar tener secretos y un mundo aparte —cosa del todo normal, pero que imagino que ella esperaba que sucediese más tarde—. Solo entonces comprendí su ausencia en el tren, su silencio y aquella mirada puesta en un futuro que se le aproximaba demasiado rápido.

Mientras yo luchaba por que la sandía con sal consiguiera pasar a través del nudo que me oprimía la garganta —estaba al borde del llanto—, ella fregaba los platos escuchando el parte meteorológico. Debía de saber cómo me sentía —las madres saben esas cosas sin necesidad de tener que mirarnos continuamente—, así que con un tono más alegre y desenvuelto terminó de contarme que había estado conversando durante casi una hora con la dueña de aquel lugar —la señora Kobayashi, una señora elegantísima— mientras yo seguía pasmado frente al instrumento y que a aquella mujer no solo no le importaba el que yo estuviera el tiempo que quisiese en su local, sino que ansiaba poder enseñarme más cosas sobre ese piano y conversar conmigo, algo que a partir de entonces podría hacer siempre que quisiera.

Me levanté de la silla y rodeé su cintura con mis brazos sin poder refrenar por más tiempo los lagrimones que me rodaban por la cara. Aquella noche no pude dormir, feliz por mi inesperado triunfo, pero también triste por saber que de alguna forma la había desengañado.

VI

Al abandonar el centro comercial después del trabajo, llovía de una manera tan exagerada y era tanto el calor y la humedad que se respiraba en el ambiente, que creí que iba a desintegrarme y a desaparecer, transformado en diminutas partículas de vapor. Desde que estaba en Kioto había sabido mantener apartados todos esos recuerdos. No estaban olvidados, porque eso era imposible, pero sí creía tenerlos a buen recaudo, encadenados en las mazmorras de mi memoria como represalia por el tormento al que me habían sometido durante cinco largos años. Para conseguirlo, había estructurado una vida monótona y reglada eliminando todo elemento perturbador, cualquier sorpresa o emoción que pudiera servir de cizalla a esas reminiscencias, pero algo lo había desajustado todo; un acontecimiento hasta tal punto inesperado y sobrecogedor a quien ni yo ni mi estudiada existencia nos habíamos sabido adaptar y cuya causa creía —cada vez con mayor convencimiento, pero sin ningún motivo racional— que había sido la salida de Sonoko de mi vida. No sabía por qué, pero estaba seguro de que, entre todos esos recuerdos, como en los acontecimientos de los dos últimos días, había una conexión que por ahora no me era posible ver; mamá, la señora Kobayashi, el piano, la profesora Ikeda... Tras ese nombre volví a visualizar la escena con la que me había despertado aquella mañana bajo la indefensa forma de un fractal fosfenizado, produciéndome un punzante dolor en el pecho.

Dejándome empapar por los cientos de miles de litros de agua que en aquel preciso instante se precipitaban desde las compactas nubes bajas, esperaba poder aligerar mi espíritu de la carga de ese nombre y de lo que a él asociaba, con la mirada perdida en los trazos impresionistas que los anuncios iluminados pintaban sobre la superficie de los cada vez más profundos y numerosos charcos.

A mi izquierda, algo por debajo de donde me encontraba y a una distancia que parecía muy lejana, me sorprendió la visión de una extraña agrupación luminosa constituida por heterogéneas franjas de colores difusos distribuidos en varias alturas, que al principio no reconocí. Tardé un tiempo en darme cuenta de que lo que estaba viendo eran las luces de la ruta 171 y las de los miles de coches que a aquella hora la recorrían en ambas direcciones. Incluso me pareció reconocer el sonido lejano de algún claxon, amortiguado por el compacto dosel de agua que nos separaba. Recorría una calle que conocía muy bien y en la que lo habitual era estar esquivando paraguas, aguantando empujones y apartándome del trayecto de veloces bicicletas surgidas de cualquier esquina; pero aquella vez era distinto y caminaba completamente solo por lo que me parecía un gran decorado de cine, un lugar donde los edificios no eran más

que unas cuantas fachadas de madera apuntaladas por detrás; el cielo una fotografía en blanco y negro, y el mobiliario urbano, de cartón piedra. Únicamente faltaban los extras, que podrían aparecer en cualquier momento.

Al llegar a casa, lo primero que hice fue desprenderme de mi ropa mojada, que en un ambiente seco me resultaba pesada e incómoda. No me preocupé de recogerla. Sabía que permanecería toda la noche sobre el suelo de madera formando una fea mancha de humedad que tardaría días en desaparecer, pero en aquel momento eso no me preocupaba lo más mínimo. Solo deseaba quedarme desnudo, desvincular mi cuerpo de toda esa cantidad de agua que me había acompañado y que, como un parásito, se estaba nutriendo de mi energía. Nunca antes el caminar bajo la lluvia me había producido una sensación tan angustiada. Me sentía tan cansado que ni tan siquiera consideraba que lo que más falta me hacía en aquellos momentos era meterme en la cama y dormir doce horas seguidas. Envuelto en una toalla y aún no del todo seco, tomé de la nevera una cerveza para dejarme caer después sobre el sofá, donde pude conseguir algo similar a un momento de relajación que nuevamente me arrastró hasta el pasado: a la tienda de antigüedades de la señora Kobayashi, quien, sin poseer unos vastos conocimientos musicales, me enseñó las cosas que no se explican en los conservatorios ni en los libros de armonía.

Convirtiendo el escaparate de aquella tienda de antigüedades en una improvisada aula de música, cada tarde, mientras mi madre recorría el centro comercial libre por fin de toda carga, la señora Kobayashi me aleccionaba sobre la digitación, los acordes y las escalas, pero lo que más hacíamos, y con lo que yo más disfrutaba, era conversar. Nos entendíamos perfectamente, porque además de poseer un notable talento, la señora Kobayashi era una mujer muy imaginativa que conservaba intacta la capacidad infantil de ver la realidad, no como nos enseñan, sino como la sentimos. Lejos de rebatirme si el piano estaba o no vivo, de demostrar que en realidad era una máquina sin alma ni conciencia, se mostraba entusiasmada con aquella idea, reconociéndome que así era como siempre lo había visto ella también. Solía decirme que el piano, y en general todos los instrumentos musicales, eran lo que cada cual quería que fuesen: «Si lo sientes y lo acaricias de la misma manera que sentirías y acariciarías a una persona, el sonido que obtendrás de él será cálido, vibrante y estará vivo. Si por el contrario no eres capaz de concebir el piano más que como una compleja y sofisticada máquina, entonces su sonido podrá ser muy preciso y hasta armónico, pero frío, apagado y carente de sentimiento. Algunos pianos tienen conciencia, tienen memoria; conseguir que lo demuestren solo depende de cómo se les hable».

Ya completamente seco, me levanté para ir en busca de otra cerveza y picar algún aperitivo, cayendo en la cuenta de que me encontraba prácticamente a oscuras y que solo conseguía ver algo gracias a un suave fulgor del alumbrado de la calle, que se colaba en mi sala de estar a través de la única y diminuta brecha que quedaba abierta en la persiana. Como un monstruo detrás de un armario, el recuerdo del tenebroso resplandor rojo se abalanzó sobre mí. Me alegró comprobar que no había aparecido, al menos todavía no, pues se hubiera filtrado por la pequeña apertura; pero me mostré receloso y, aunque sabía que no podía hacer otra cosa que abrirla, valoré si la curiosidad que sentía hacia esa luz era lo suficientemente grande como para volver a pasar por las mismas e incómodas sensaciones de la noche anterior. Hice un intento nulo por animarme y decirme a mí mismo que no tenía que ser de ese modo; que era probable que aquello no volviese a ocurrir, que se trataba de un acontecimiento aislado o fortuito, parte de un inocente juego de niños, de alguna fiesta nocturna..., podían ser mil cosas, hasta una mala pasada de mi turbada mente. Afronté los temores que aún me atenazaban para, con coraje y sin darme tiempo a pensar en una estrategia, izar con arrojo lo único que me protegía de lo desconocido. Cuando lo hice, el espectáculo que surgió ante mí me emocionó. Allí estaban las escenas familiares de siempre, los mismos actos teatrales que tantas y tantas veces había disfrutado. Toda la comedia se realizaba sin sobresaltos, sin variaciones; los actores seguían ciñéndose escrupulosamente al guión y a la previsibilidad de la que yo era partícipe. Estaba contento por ellos. Me hizo feliz comprobar lo bien que aparentaban estar sentados frente al televisor, fumando un cigarrillo o discutiendo en la cocina, pero tampoco pude dejar de sentir el amargo sabor de la envidia al confirmar que, al igual que les ocurría a los estudiantes con la chica de la bicicleta, para esa gente nada había cambiado. No solo eran inmunes a la enfermedad que yo padecía; también la desconocían.

Aquello me enfadó, me rebelé contra mí mismo, contra los síntomas y me pregunté si no serían fruto de mi hipocondría, si abandonando la autocompasión no conseguiría volver a ser el mismo que era. Creo recordar haberme abofeteado para despabilarme, para sacudir de mi cabeza todos los temores que me habían estado afligiendo durante esas horas. Y lo cierto es que funcionó, tenía la certeza de estar a un paso, nada más que a un paso de volver a empezar, de retomar ese tiempo perdido y con él mis costumbres y cómodos patrones de vida. Durante unos minutos no me resultó incómodo concebir un mundo sin Sonoko, un sitio en el que un semáforo no tuviera que asociarse a una chica en bicicleta o en el que mantener una charla con Kishimoto no me produjera náuseas. Había recuperado mi confianza en la vida y junto a ella crecían en mí los sentimientos de autoestima gracias a una voluntad enardecida por la paz que esas gentes, que esos actores, inconscientemente me habían inoculado desde el bloque de enfrente. Pero cuando empezaba a sonreír y a levantar

los brazos dando gracias al cielo, ocurrió de nuevo. Una bola de fuego se metió en mi casa cegándome con la misma irritante luminosidad rojiza de la noche anterior. Conseguí retroceder y ocultarme tras una de las paredes desde donde pude observar con frustración cómo esa luz volvía a reconfigurar el color y las formas de mi apartamento. A pesar de estar al amparo de su escrutinio, las sensaciones que recorrieron mi cuerpo fueron prácticamente las mismas que la otra vez; en cierto sentido se podría decir que aquello no era más que la continuidad del mismo momento. Seguía existiendo en esa claridad algo que me repugnaba y me atraía a partes iguales, pero en aquella ocasión conseguí mantenerme firme y con furia dejé caer la persiana con la férrea resolución de averiguar qué significaba ese fenómeno y qué quería de mí.

Me acurruqué de nuevo en el sofá tapando mi desnudez con ayuda de los cojines. Solo el tenue verdor de los dígitos del DVD me proporcionaba la información justa para orientarme y saber en qué posición me hallaba con respecto a la sala. Poco a poco fui recuperando la calma, mis sensaciones volvieron a ser las de antes de la reaparición del fenómeno y, al igual que si despertase de un sueño, tomé consciencia de que nunca me sería posible volver a mi antigua vida, de que esa etapa había concluido y de que existía algo ahí fuera, en alguna parte de mi pequeño mundo, mucho más fuerte que mi voluntad, que se empeñaba en que mi camino fuera otro. ¿Hasta cuándo tendría que aguantarlo? ¿Sería así cada noche? No albergaba duda alguna de que aquella luz iba dirigida a mí, lo que todavía no sabía era quién estaba detrás ni si lo que pretendía era gastarme una broma pesada o establecer alguna especie de comunicación.

VII

La señora Kobayashi era elegante, rica y viuda. Detestaba la arcaica idiosincrasia del pueblo japonés junto con todo su ideal de nobleza, algo que según ella era, además de machista y anacrónico, de una falsa moral peligrosa. Al contrario que muchas mujeres de su edad y condición, vestía siempre al modo occidental, incluso en las festividades u ocasiones protocolarias, y era habitual en ella intercalar frases o palabras de cualquier idioma europeo en su discurso. Había vivido muchos años en Francia, Italia y España. Amaba aquellos países, su arquitectura, su cultura y tradiciones y sobre todo su historia, una historia que, según me decía, se cimentaba en la perfecta armonía que aquellas gentes habían conseguido establecer entre la piedra, el sol y el mar Mediterráneo. «Nuestro pasado es de madera; el de ellos, de piedra», declaraba solemne. Pero más allá de todo eso, la señora Kobayashi se había prendado de la espontaneidad de aquellas gentes, de esa libertad de la que todos participaban y que les permitía salirse de los patrones establecidos, atreverse a romperlos cuando era necesario para poder crear otros nuevos que incorporar después a esa naturalidad instintiva, algo que en Japón resultaba prácticamente imposible debido a su frustrante y estricta disciplina, sus normas, su complejidad malsana y, sobre todo, esa autoinhibición no ya de decir, sino incluso de pensar aquello que nos viene en gana por temor a que otros puedan sentirse heridos u ofendidos. Había pasado junto a su marido los mejores años de su vida apartada de estas islas, lo cual la había marcado de una manera decisiva y ansiaba más que nada regresar allí a concluir su camino.

—Pero, señora Kobayashi, si tan poco le gusta Japón, ¿cómo es que tiene tantas cosas japonesas? Porque todo lo que usted tiene aquí es japonés, ¿verdad?

—No todo, *amico*. —Siempre me llamaba de esa forma—. Pero, contestando a tu primera pregunta, te diré que el que no me guste vivir en mi país no significa que no sepa apreciar su arte. Ahora, ¿dirías acaso que este piano ante el que te has sentado cada tarde durante nueve años es japonés? Mira, todo lo que hay en esta tienda está en venta, todo excepto este magnífico piano. ¿Cuántos años dirías que tiene?

—No sé... ¿ciento cincuenta, doscientos años?

—No tantos. En realidad, este piano tiene la misma edad que tú; es decir, quince años. Casi se podría decir que sois hermanos gemelos. —Al decir estas palabras la señora Kobayashi esbozó una pícara sonrisa al tiempo que acariciaba con las yemas de los dedos las teclas del instrumento en una actitud que me pareció deliberadamente juguetona—. El que hayas pensado que debía tratarse de un piano antiguo es del todo normal; al fin y al cabo, todo lo que hay aquí es una antigüedad, incluida yo misma, por supuesto... —Al acabar la frase se me quedó mirando fijamente; esperaba una

rápida reacción por mi parte.

—Señora Kobayashi, usted no es antigua. Es muy moderna. —Lo sentía de verdad y, notando mi sinceridad, mi maestra se sonrojó sin poder disimular su tremendo entusiasmo juvenil.

—¡No seas tonto, *amico*...! Pero hay algo más. Este piano se hizo, no para que pareciera antiguo, sino para que realmente lo fuera, y no me refiero con ello a su acabado, que como ves es de todo menos de corte clásico. —Aquel instrumento parecía no estar terminado. No estaba pintado ni lacado y se podían apreciar las betas y las juntas de las distintas maderas, lo que para mí incrementaba su encanto—. El piano que tienes aquí fue diseñado, o, mejor dicho, engendrado, partiendo de una idea muy determinada de cómo había de sonar y qué maderas debían usarse para ello. *Amico*, creo que ha llegado el momento de que te explique algo. Lo que ahora estás tocando —había empezado a interpretar distraídamente una sencilla melodía— es, nada más y nada menos, que el primer prototipo del modelo F183 que el ingeniero y pianista italiano Paolo Fazioli terminó junto al profesor Righini y al profesor Giordano en 1980. Estos dos eran expertos en su especialidad y todos tenían una idea muy clara de lo que pretendían conseguir. Righini era famoso por sus grandes conocimientos en acústica ambiental y Giordano por saber más que nadie sobre la madera y el mejor modo de trabajarla.

—No se ofenda, señora Kobayashi, pero ¿por qué querría nadie que un piano nuevo fuese antiguo? —Era tal vez una pregunta ingenua, y es que, aunque era un muchacho curioso y espabilado, había todavía muchas cosas que desconocía. Por supuesto, tampoco sabía quiénes eran ni el tal Paolo Fazioli ni su equipo, pero la marcada entonación y el énfasis con el que la señora Kobayashi pronunció aquellos nombres enseguida me llevó a deducir que debían de ser gente importante, cuando menos para ella.

—Sí, sé lo que quieres decir: ¿es que acaso no hay ya suficientes pianos viejos en el mundo? En realidad, es muy difícil dar con un piano antiguo que suene correctamente; la madera es un material vivo y sensible al más mínimo cambio ambiental, pero no solo es cuestión de la madera. Verás, aunque brillante, Fazioli no destacó por virtuoso, sino por poseer un raro sexto sentido que le permitía reconocer todos los matices y sutilezas del sonido que se les escapaban al resto de los músicos de su época. Aquel hombre buscaba un sueño, una resonancia muy especial que en años de instrumentista jamás pudo encontrar a pesar de haber realizado miles de conciertos usando siempre primeras marcas. Se quejaba, y en mi humilde opinión *il est vrai*, de que los pianos alemanes, por lo demás excepcionales, tenían un timbre demasiado grave y fuerte, estaban desprovistos de ánima. Lo que Fazioli buscaba era un sonido mucho más cálido, un sonido por así decirlo «mediterráneo», vivo, que le gustaba comparar con el del *bel canto*, en cuyos registros se encuentran una interminable cantidad de voces, policromías y coloraciones.

—Todo esto es un poco complicado, señora Kobayashi. —No veía claro dónde

quería llegar.

—Sí, pero escucha: la clave aquí es la palabra «vivo». El motivo por el que Fazioli engendró este piano es porque, aunque suene a fantasía, se trata verdaderamente de un piano vivo, al menos para aquel que así lo pueda llegar a sentir, y ese es precisamente el motivo por el que también es un piano antiguo.

—Creo que empiezo a comprender. Con lo de «vivo», usted se refiere a una determinada sensación que el instrumento puede transmitir siempre que sea tocado por la persona correcta, ¿no?

—Más o menos, más o menos. Pero tienes que entender qué era lo que para los antiguos, y con antiguos me refiero a los pianistas de la segunda mitad del siglo XVIII, significaba esa palabra cuando hacía referencia a un piano. Lo que has dicho es cierto, pero hay que matizar algo. Obviamente se trata de un instrumento, pero también es algo más. Verás, si fuese tan solo un instrumento, solo sería un medio, una herramienta gracias a la cual al músico le sería posible transmitir emociones, sentimientos, ideas, lo que fuera... Pero lo que los antiguos —y por supuesto mucho después Fazioli— buscaban con tanta obstinación era algo totalmente distinto, algo que significaba una ruptura radical con las concepciones tradicionalistas de la música sacra y que obedecía a la creencia —para muchos sacrílegamente oscurantista, para otros simplemente absurda— de que debía de ser posible dar a luz un piano que no se limitara a hacer de intérprete, sino que pudiese también llegar a expresarse él mismo logrando establecer un diálogo complejo con el músico. Como comprenderás, se trata de un giro copernicano, de algo revolucionario que creíamos que jamás antes se había logrado y que permitiría crear una música única, vibrante y siempre sorprendente.

—Señora Kobayashi, si no lo he entendido mal, usted quiere decir algo así como que el músico sería el instrumento del piano y el piano lo sería del músico.

—¡Correcto, *amico*!

—Pero durante todo este tiempo usted me ha enseñado también que la música es un lenguaje complejo, un idioma matemático en el que no valen las improvisaciones. ¿No es eso más parecido al funcionamiento de una máquina que al modo de expresarse de un ser vivo?

—Eres muy listo. Ahí, y no en otra parte, radica la verdadera complejidad de la música, y ahora no me estoy refiriendo solo a este piano. No se trata tanto de improvisar como de la manera en la que se interpreta una pieza. Eso es relativamente sencillo; tú ya lo haces con tu facilidad innata. El lenguaje musical es complejo y sí, también tiene una base matemática, pero no es distinto a cualquier otro idioma. Las palabras, al igual que la música, sirven para expresar cosas que variarán dependiendo de los términos, la construcción y la entonación utilizados. No es lo mismo decir «¡está lloviendo!» que «caen lágrimas del cielo». Esta torpe metáfora me sirve para ilustrar que con una pieza musical se puede hacer lo mismo sin alterar su estructura. No con todos los pianos podrás lograr lo mismo que con este, pero con la práctica llegarás a establecer una conexión «espiritual» con el compositor que te permitirá

crear toda clase de ricas y preciosas figuras.

—¿Puedo preguntarle una cosa?

—*Mi arrabbio se non lo fai.*

—Eso no lo he entendido, señora Kobayashi...

—Perdona, quería decir que me enfadaría si no lo hicieras.

—¿Cómo acabó este piano en su tienda?

—No se te escapa una, ¿eh? Verás, como sabes, mi marido y yo pasábamos mucho tiempo en Europa. Teníamos dinero, no teníamos hijos ni mayores responsabilidades. Él era historiador y experto en antigüedades. Pero también tenía un raro don: podía entender a los árboles, saber lo que sentían. ¡No me mires así, te juro que es verdad! Nunca supe cómo lo hacía porque hasta para él era un misterio, pero ocurría siempre que íbamos a algún bosque. No necesitaba ninguna preparación; no debía entrar en trance, meditar ni nada por el estilo. Se limitaba a caminar entre ellos, los tocaba suavemente. Luego se sentaba por allí y al cabo de poco tiempo comenzaba a sentir dentro de su cabeza todas aquellas «voces». En realidad, no eran propiamente voces, pero al no encontrar la palabra exacta para definir las, él las llamaba de esa manera. Cuanto más rato pasaba en el bosque, más y más voces escuchaba, más y más sensaciones experimentaba y, sin embargo, por raro que pueda parecer, él me aseguraba que aquello no solo no le resultaba molesto, sino que le ocasionaba un placer indescriptible. No era, me decía, como cuando uno va a una lonja de pescado en la que miles de gargantas se solapan unas sobre otras hasta volverse un barullo incomprensible. Las voces de los árboles pueden ser entendidas todas al mismo tiempo con total claridad. Decía que se trataba de una sensación que jamás podría llegar a explicarme del todo.

A pesar de lo fantástico de la narración, yo no tenía motivo alguno para dudar de lo que la señora Kobayashi me contaba con tanta vehemencia y naturalidad. Además, ¿qué era si no una «voz» lo que me había atraído nueve años atrás a aquel lugar?

—¿Te estoy aburriendo?

—¿Qué? ¡Oh, no! Continúe, por favor.

—*Dov' ero rimasta?* ¡Ah, sí! Pues bien, mientras nos encontrábamos en Verona asistimos a uno de los recitales de Fazioli, que entonces empezaba a hacerse famoso en ciertos circuitos musicales italianos y, después del concierto, tuvimos la oportunidad de conocerlo. Enseguida congeniamos y, aunque de los dos era yo quien se dedicaba a la música, en cuanto mi marido y él empezaron a hablar, supe que se sentía mucho más fascinado por el señor Kobayashi que por mí. Y es que Fazioli era un gran aficionado a la historia y apreciaba en grado sumo la arqueología y las piezas de arte japonés, algo de lo que mi esposo sabía más que nadie. Llegamos a ser muy amigos y junto a su señora realizábamos excursiones y salidas por toda Italia, visitando museos, monumentos, ruinas y en general todos aquellos maravillosos enclaves que únicamente pueden conocer los autóctonos.

»Fue un verano muy movido en el que lo seguimos durante la mayor parte de sus

giras compartiendo buenos hoteles, mejores cenas y no pocas confidencias. Una de aquellas noches, en las que nos encontrábamos en Nápoles bebiendo unos martinis en una terracita hipnotizados por los reflejos argentos de la luna llena sobre el mar, Fazioli nos hizo partícipes de su sueño y de los problemas con los que se estaba encontrando a la hora de localizar las maderas que precisaba. Al momento y para mi sorpresa, mi marido no solo se comprometió inmediatamente a ayudarlo a encontrar los árboles que pudiese necesitar, sino que reconoció sin más que podía escuchar sus voces —algo que seguramente hizo espoleado por el alcohol, pero también por la extraordinaria coherencia que mantenía con la no menos insólita idea de Fazioli—. Todavía me cuesta creer que fuese tan valiente como para desnudar hasta ese extremo su alma, y es que aquello siempre había sido para mi esposo un secreto, algo muy personal que no se habría atrevido a confesar a nadie, salvo a mí. Él nunca me lo dijo, pero creo que debió de intuir que tras la visión de Fazioli de alguna manera se hallaba el motivo de su extraño don. Así pues, desde ese mismo momento el sueño del músico italiano se convirtió también en el suyo.

»A las pocas semanas ambos se pasaban días enteros recorriendo los muchos y frondosos bosques de las Dolomitas en busca de los diferentes árboles que utilizarían, mientras Elena (así se llamaba la mujer de Fazioli) y yo les esperábamos en el refugio escribiendo, tocando o sencillamente conversando sobre la vida, y nos hicimos muy amigas. Después de casi un año, mi marido logró localizar con claridad un grupo de voces que destacaban del resto. Curiosamente todas provenían de un mismo bosquecillo en la Bocchetta di Altare, en los Apeninos ligures: un maduro y arrogante nogal para el armazón; un arce soñador para el mecanismo de percusión; un tímido tilo para el teclado y, por último, pero no menos importante, un fabuloso, aunque algo egocéntrico, abeto blanco para la caja de resonancia, para el ánima del piano.

»Fazioli y su equipo trabajaron durante todo el año siguiente las maderas que les había proporcionado mi marido y acabaron haciendo dos prototipos, dos pianos exactamente iguales. Este es uno de ellos, el otro sigue en Italia, en casa de los Fazioli. Por desgracia mi esposo, que era también un gran aficionado a la música, no pudo llegar a disfrutar del fruto de sus esfuerzos, pues murió a los pocos meses de regresar de Italia en un accidente de circulación.

—Señora Kobayashi, ¿usted también puede dialogar con el piano?

—Nunca. Ya te he dicho que eso es rarísimo. Ni siquiera el propio Fazioli pudo llegar a tanto. Nadie lo había conseguido antes de que tú aparecieras. Tal vez el señor Kobayashi, de haber sido mejor músico, lo habría logrado, pero le faltaron tiempo y aptitudes. Te puedo asegurar que hubo una época en la que pasaban por aquí muchos grandes pianistas, algunos magistrales y altamente reconocidos en el mundillo, pero que, al sentarse a tocar, si bien es cierto que conseguían un sonido magnífico, nunca pudieron hacer lo que tú hacías con poco más de seis años. ¡Pudiste ver un ser vivo en lugar de una máquina, antes incluso de saber tocar! Eso, además de doblemente raro, es muy importante, porque quiere decir que sois dos seres excepcionales entre

los que se ha establecido un vínculo afectivo que ya nada ni nadie podrá romper. Si buscas una analogía más sencilla, lo que tú has hecho con este piano es lo que algunas personas consiguen hacer con los caballos salvajes: domarlos.

Toda aquella historia era fantástica y no hizo más que aumentar mi fascinación, tanto por el instrumento como por mi primera maestra, quien, mucho antes de regresar a Europa, consideró que ya no podía enseñarme nada más y que, de seguir con ella, lo único que conseguiría sería perjudicar mi carrera. Me aconsejó que ingresara en uno de los más prestigiosos conservatorios de Japón, que además daba la casualidad de encontrarse en Osaka, nuestra propia ciudad. Pero yo no estaba seguro del todo de dar ese paso. Para mí la música era solo un juego, algo con lo que disfrutaba enormemente y nunca se me ocurrió pensar en ella como una disciplina y mucho menos como una profesión. Sin embargo la señora Kobayashi podía llegar a ser muy persuasiva y terminó por convencerme de que era poseedor de un talento singular, de un sentimiento musical muy superior al de cualquier otra persona que ella hubiese conocido nunca, pero que necesitaba adquirir nuevas técnicas, nuevas habilidades para profundizar en ese diálogo y expresar así sentimientos que si no me serían vedados.

Al poco tiempo ingresé en el conservatorio, donde además de centrarme en el perfeccionamiento de la técnica y de la armonía, pude también descubrir que empezaba a ser capaz, tal y como me pronosticó mi amiga y maestra, si no de dialogar, sí de establecer una curiosa conexión con otros pianos que me permitía reconocer en la música sensaciones de una viveza excepcional y realizar interpretaciones del todo particulares. Pero nada de todo eso era comparable a lo que sentía tocando el piano de Fazioli, con el que seguía manteniendo enriquecedoras «conversaciones» que sirvieron para unirnos todavía más y que completaba con las siempre sorprendentes charlas de la señora Kobayashi —la mujer que me había enseñado a concebir la música como nadie supo hacerlo después—. Lo que nunca me planteé fue de dónde salía el dinero que hacía falta para pagar aquel colegio, y es que podía ser muy despierto para muchas cosas, pero seguía siendo un tierno infante para aquellos asuntos que siempre habían resuelto mis padres sin implicarme.

—Kaoru, *amico*, desde que entraste por esa puerta supe que eras alguien especial y no me equivoqué, porque aprendiste todo lo que podía enseñarte con pasmosa facilidad. Tocas con la naturalidad de quien respira, parpadea o duerme; la música y este piano forman parte de ti de la misma manera que tu estómago, tus pulmones o tu corazón. Por eso quiero que lo tengas tú, que sigáis disfrutando el uno del otro durante el tiempo que sea y que ambos os utilicéis para que todo el mundo, no solo la gente que se agolpa frente a mi escaparate, pueda experimentar el placer de escucharte. Yo me despido para siempre de este país; regreso a Italia para recorrer, puede que por última vez, todos aquellos lugares que visité junto a mi marido y que

no he olvidado.

No creí que aquellas acabaran siendo las últimas palabras que escucharía de la señora Kobayashi, porque ella era propensa a hacerme revelaciones tremendistas de este tipo y, aunque sabía que alguna vez desaparecería, pensé que se despediría de mí de otra manera; supongo que no quiso hacer de ello un drama. Cuando regresé a la semana siguiente a la hora acostumbrada unos señores de una empresa de transporte me esperaban junto a la tienda apoyados en una gran caja de madera.

VIII

Me había dormido. No hacía falta mirar el reloj para saber que era mucho más tarde de las siete de la mañana. No lo intuí, ni siquiera me lo hube de imaginar; en realidad solo tuve que fijarme en que las pequeñas lucecitas que se proyectaban sobre el techo habían dejado de ser redondas para pasar a ser ovaladas. Además, tampoco se agrupaban como siempre, justo sobre mi cabeza, sino que estaban dibujadas en la pared más alejada de mi cama. Sobresaltado, tomé de la mesilla de noche mi reloj de pulsera para comprobar con sorpresa que las manecillas fluorescentes marcaban las diez en punto.

Salí de un salto de la cama y saqué del armario la ropa que debería acompañarme durante la que, con toda seguridad, volvería a ser una pésima jornada. Al salir del cuarto corriendo, mis pies se engancharon con los pantalones, la americana y la camisa que seguían mojados en el suelo, tal y como los había dejado al llegar a casa. Di unos trompicones moviéndome con soltura y cuando me pareció que lograría mantener el equilibrio librándome de la emboscada, una de mis piernas fue atenazada en un ataque sorpresa por el vengativo montón de ropa, para el que ya no encontré escapatoria. Durante el viaje aéreo mis brazos, en lugar de desplegarse como debieran, permanecieron unidos al cuerpo, por lo que no me sirvieron para protegerme del brutal impacto a peso muerto sobre el suelo. Una parte considerable del tremendo golpe fue para la barbilla, que me ocasionó una luminosa deflagración seguida del despegue de lo que me pareció que era uno de mis dientes, cuya parábola dejé de ver cuando perdí el sentido. Literalmente se me fundieron los plomos.

No sé cuánto tiempo estuve «desconectado», pudieron ser minutos u horas, pero al volver en mí, estuve un rato tumbado en la misma posición en la que había caído y que encontraba francamente cómoda. Seguía estando grogui, con la mente y los músculos totalmente destensados; la frenética actividad que me había embargado al descubrir que llegaba tarde había sido sustituida por un estado muy similar al de la relajación en el que hubiese permanecido indefinidamente de no haber comenzado a saborear el regusto a óxido de la sangre. Incorporándome como pude, logré llegar hasta el lavabo para realizar los enjuagues pertinentes, atajar la sangría —cuyo origen no encontraba— y comprobar en la cruel sinceridad del espejo los estragos ocasionados por el desafortunado accidente: labio, barbilla y parte del lado izquierdo de la cara empezaban a hincharse y de uno de los orificios de la nariz enrojecida comenzaba a fluir una desagradable flema sanguinolenta que solamente logré detener con la ayuda de una gruesa bola de algodón. Mientras me presionaba la nariz sentí un agudo pinchazo de dolor que me llevó a observar detenidamente cómo, donde solía

haber un canino inferior, se apreciaba ahora un espacio vacío de color negro enmarcado por una rojiza encía latente —todo esto acompañado del recuerdo de un diente surcando el espacio aéreo del pasillo—. Como colofón, en la pechera de la camisa limpia lucía una informe condecoración carmesí, un merecidísimo reconocimiento hacia mi inmejorable inauguración del día.

Ya no corría. Llegaba definitivamente tarde y lo más curioso era que no me importaba lo más mínimo. Me quité por la cabeza la camisa manchada de rojo, que se unió al montón de ropa que con tanta facilidad me había noqueado y, sirviéndome de unos vengativos y desahogantes puñetazos, los sepulté a todos en las profundidades del tambor de la lavadora. Con parsimonia me fui hasta el armario para ponerme una de las tres camisas restantes. Mientras estaba empeñado en estas penosas tareas, me di cuenta con repugnancia de que la lengua pasaba insistentemente por el hueco que había dejado el diente, regodeándose tras cada caricia con un calambre en la herida. El flujo de sangre proveniente del agujero era intermitente y el dolor intenso; el diente se debía de haber partido dejando la raíz del nervio al descubierto. Cuando estaba a punto de salir, me detuve ante la puerta atraído por un fino reguero de gotitas rojas que hasta ese momento me había pasado inadvertido y cuyo rastro me condujo al lugar en el que se encontraba la pieza dental expelida. Decidí meterme el diente en el bolsillo del pantalón, no sin antes sostenerlo entre mis dedos e inspeccionarlo al trasluz, al igual que solía hacer de pequeño con las canicas, como si de ese modo fuese a descubrir algo nuevo en su interior.

Una vez en la calle empecé a darme cuenta de que a la flagelación que sobre mi memoria infligían desde hacía dos días los viejos recuerdos, se le empezaban a sumar un número cada vez mayor de preguntas disidentes, una turba de cuestiones incómodas que había condenado hacía muchos años al ostracismo: «¿Qué haces vendiendo zapatos? ¿Por qué abandonaste la música? ¿Cómo has podido desatender durante todos estos años el piano que la señora Kobayashi te confió?». Esa multitud, cuya furia y número iba en aumento, se había propuesto convertir los escasos dos kilómetros que me separaban del trabajo en un auténtico vía crucis. Más para convencerme a mí mismo que para acallar la algarada, me anuncié que aún era posible un cambio, que estaba arrepentido, que no era tarde para volver a recuperar todo aquello. Pero era inútil, no me creía. Y entonces la escuché. Era una voz que al instante reconocí como la de la profesora Ikeda y que, sutil, sobresalía con claridad por encima de todo aquel apabullante griterío, susurrando con su inexpresiva entonación: «No es un sentimiento sincero».

La única forma que se me ocurrió para que aquel clamor redujese su intensidad hasta el nivel de molesto murmullo fue centrar la atención en los efectos que experimentaba sobre mi organismo: ser consciente de la cantidad de sudor que mi cuerpo estaba expulsando para contrarrestar la temperatura exterior, de que cada vez

me costaba más trabajo respirar y de cómo el dolor en mi boca se me iba extendiendo por toda la mitad derecha de la cara, que a cada punzada parecía ganar volumen siguiendo el ritmo acelerado de mi corazón. Me preguntaba por qué no habría hecho uso de una bolsa de hielo y de un analgésico y creí conocer la respuesta: deseaba sentir el dolor; dejar que el padecimiento me colapsara para poder saber que, por increíbles que fueran las cosas que me estaban sucediendo y que podían estar por sucederme, estaba despierto. Volví a sorprender a mi lengua libando como un colibrí de la jugosa mella y esta vez el metálico sabor me trajo la imagen del cadáver de la chica tirado sobre la misma carretera que estaba cruzando. Adiviné que a partir de entonces no me sería posible desvincular ese fotograma del lugar, que como la escena de una bobina atrapada en un viejo proyector quedaría congelada cada vez que pasase por allí, hasta que su emulsión de nitrato acabara por quemarla. Podía engañarme y meter en una gruesa bolsa de lona a la chica y su bici, para enterrarla junto con todos sus recuerdos en la profunda fosa del olvido, como en su día hice con Ikeda, el piano y Kobayashi. Pero ¿existía acaso algún hoyo más profundo que aquel del que habían conseguido exhumarse todos estos recuerdos? Al igual que se hace al pasar un dedo por la llama de una vela, procuré atravesar ese cruce lo más rápido posible para no sentir dolor y, aunque no cesaba de repetirme una y otra vez que esa chica no era nadie, que no la conocía y que todo lo que estaba sintiendo carecía de cualquier lógica, no pude evitar que mi mirada recorriese una vez más la escena del accidente en busca de una confirmación que no encontré.

—Pero, Kaoru, ¿qué te ha pasado? ¿Es que te has peleado con alguien? ¿No has visto las llamadas perdidas?

—Yo..., sí, me he caído al salir de la ducha. ¿Dónde está el señor Sakuma? — seseo de manera ridícula cuando el aire escapa a través de la hendidura—. ¿Llamadas perdidas? ¿Qué llamadas perdidas?

—Sí, llamadas perdidas. Cuando una persona te llama y tú no contestas a eso se lo conoce como «llamada perdida». No sé por qué tienes un teléfono si no lo utilizas. —Siempre detesté la tecnología, tanto los ordenadores como los teléfonos móviles. Me compré uno cuando mamá se puso enferma pero al fallecer lo escondí en algún lugar del apartamento. Recordaba que cuando entré a trabajar era obligatorio disponer de un número de contacto y, como tampoco disponía de fijo, no tuve más remedio que dar ese—. El señor Sakuma está en el almacén con Kishimoto. Al parecer has elegido el peor día para caerte en la ducha o lo que sea que te haya pasado. No está de muy buen humor. Pero oye, déjame ver... ¿Te falta un diente? ¿Y qué tienes en la nariz...? Algodón, una bola de algodón rojo. Pero ¡si es sangre! ¡Menuda caída! Pide permiso y vete enseguida a que te vea un médico. —A pesar de su locuacidad y de la molesta entonación de su voz, me gusta la sensibilidad que muestra Maki hacia mí; me hace pensar en cómo habría reaccionado Sonoko de haber estado en su lugar.

—Sí, creo que tienes razón... Voy a hablar con el señor Sakuma.

—Espera. Supongo que no habrás intentado comunicarte con Sonoko, ¿verdad?

—¿Sonoko? No, todavía no...

¿Debería llamarla? Sí, debería haberlo hecho enseguida, en cuanto supe que la echaba de menos, en cuanto me di cuenta de que sin ella todo se convertía en algo insólito. Pero para decirle... ¿Qué? ¿No te cases? ¿No estoy seguro, pero creo que podría estar enamorado? Una llamada perdida... ¿Y si a Sonoko también se le ocurrió llamarme?

—Ah, es que yo no puedo contactar con ella. Es como si su teléfono hubiese dejado de estar operativo. No consigo la comunicación y mira que lo he probado veces. Pensaba que podía tratarse de un fallo de mi terminal, pero me ocurre lo mismo si llamo desde la tienda. Si consigues hablar con ella dile que me llame. ¿Lo harás?

—¿Que no está operativo? ¿Qué es eso de que «no está operativo»?

—Pues eso, que llamas y no hay línea, como si hubiese dado de baja el número o el teléfono estuviera apagado, no sé. Debe de estar con los preparativos de la boda y eso, pero aun así se me hace raro. —Estas noticias no me tranquilizaban lo más mínimo y se empezaba a apoderar de mí un miedo horrible. ¿Qué pasaría si no podía contactar con ella? Había dado por supuesto que siempre podría encontrarla en su número, pero si aquello fallaba estaría en un auténtico apuro.

—Oye, Maki, ¿tú sabes dónde vive ahora? Me refiero a su dirección.

—No, lo único que me dijo es que se iba a Osaka. —Se me encogió la barriga y la encía me pegó una puñalada a traición que me hizo ver las estrellas, justo cuando me di cuenta de que era posible que no volviese a ver a Sonoko nunca más.

Entré en el almacén y me encontré al señor Kishimoto subido en una escalera y al señor Sakuma tomando nota en una libretita de los modelos que le iba dictando el sustituto de Sonoko. El ambiente era tenso, caluroso, enrarecido y creí estar seguro de que en aquel sitio estaba a punto de suceder algo que determinaría mi futuro.

—Al final se ha dignado usted a aparecer, Nakamura, y solo con dos horas y media de retraso. ¿Sabe? Empiezo a creer que ha tomado por norma llegar tarde y eso es algo que no me gusta; hace que me forme una idea de usted que no le hace justicia, francamente. Pero ¿se puede saber qué le ha ocurrido? ¿No se habrá metido, a su edad, en una pelea?

—He tropezado al salir de la ducha y me he caído. —Kishimoto miraba desde la supuesta seguridad de las alturas con curiosidad, achicando sus diminutos ojos como para escudriñar con mayor precisión, buscando en mi rostro la causa de mi seseo. El señor Sakuma hizo lo mismo y rápidamente dio muestras de una aguda capacidad de observación.

—Pero ¡si le falta un diente! Bonito día ha elegido para ir perdiendo dientes por ahí. ¿Es que no recuerda que justamente hoy esperamos la visita de los distribuidores para poder acabar de determinar la colección de la temporada? ¿Y qué tiene puesto en

la nariz? Francamente, me desconcierta, Nakamura. ¿Por qué no toma ejemplo del señor Kishimoto? Ayer se quedó hasta las doce de la noche avanzando el trabajo de hoy, algo que, en los tres años que lleva usted con nosotros, no recuerdo que haya hecho jamás. ¿Es que acaso está enfermo? No he querido decirle nada hasta hoy, pero lo cierto es que le encuentro a usted algo disperso y despistado desde hace un par de días, parece que sí...

—¡Nunca ha sido necesario! —interrumpí sosteniéndole a aquel individuo una mirada desafiante.

—¿Qué ha dicho? —El señor Sakuma había palidecido instantáneamente por la sorpresa, para luego ir adquiriendo de manera gradual un amplio espectro de colores cada vez más candentes.

—Puede que me cueste un poco hablar, pero me ha entendido perfectamente; he dicho que nunca ha sido necesario. Jamás he tenido que quedarme hasta las doce de la noche porque yo siempre he llevado las colecciones al día, he hecho inventarios, me he encargado de proveedores y además he duplicado el volumen de las ventas sin ayuda de nadie.

Mi corazón bombeaba a gran velocidad para poder distribuir toda la sangre que precisaban mis tensionados músculos. Aquello debía de estar incrementando mis dolores, pero tan solo sentía el inicio de una ígnea reacción de rabia de consecuencias imprevisibles. Supongo que estaba siendo injusto, pero no podía evitar contemplar a ese par de individuos como los únicos responsables de todo cuanto me estaba pasando y volqué sobre ellos toda mi furia. Kishimoto, aguijoneado por el bicho de la morbosidad, hacía ya un rato que había dejado de hacer ver que trabajaba para seguir con notorio interés mi inesperado brote de ira desde su atalaya.

—¿Le parece divertido, señor Kishimoto? ¿Por qué no baja y se pone usted más cómodo? ¿A lo mejor le apetece hacerme alguna nueva estúpida sugerencia sobre cómo debo realizar mi trabajo?

—Señor Nakamura, deje que le diga que su comportamiento no tiene ninguna justificación. Todo lo que usted ha mencionado es cierto; ha sido un empleado modélico y por eso no tendré en cuenta esta actitud, pero sepa también que nada de lo que ha hecho es excepcional y que forma parte de sus responsabilidades como trabajador de la firma Modern Shoes. Pida disculpas al señor Kishimoto, y a mí, y vaya enseguida a que le vea un médico, y no me refiero a un dentista precisamente. —El juego de palabras debió de resultarle ingenioso, lo cual se tradujo en un amago de sonrisa—. Ya tendrá usted tiempo después de recuperar todas las horas que nos deba.

—Eso no va a suceder, señor Sakuma. —Me aproximé hacia ellos con los puños apretados y la mirada encendida, ambos hombres parecían totalmente desconcertados. El que hasta ese día había sido mi jefe dejó caer de sus manos un Manolo Blahnik—. ¿Que lo que hago no es excepcional? Entonces a lo mejor puede explicarme por qué la inmensa mayoría de nuestras clientas prefieren marcharse antes de ser atendidas

por otra persona que no sea yo.

Me costaba trabajo reconocermelo. Escucharme era igual que oír la pataleta de un desconocido. Pero, por extraño que pueda parecer, me encontraba por primera vez en mucho tiempo liberado de todo condicionante y sin miedo a ninguna consecuencia. Era una sensación de libertad vagamente reconocible, que creía haber vivido ante el piano de la señora Kobayashi. Mi corazón seguía latiendo de manera exagerada, insuflando adrenalina para prepararme en caso de tener que saltar sobre la yugular de alguno de aquellos dos hombres, cuyas miradas habían pasado de la sorpresa al pavor. Antes de dar tiempo a que alguno de los dos reaccionase decidí tomar de nuevo la palabra:

—Señor Sakuma, sepa que no volverá a verme. Kishimoto, ya puede usted volver a cerrar la boca. ¡Ah, y una última cosa! Hágame el favor de devolverle esas gafas a su madre y cómprese unas nuevas.

Me mantuve unos deliciosos segundos contemplando sus caras, degustando con fruición la impotencia de quien quiere hablar y no halla más que un inmenso espacio en blanco en su mente. Entonces Kishimoto empezó su gesto habitual de subirse las gafas con su dedo corazón, pero al notar mi mirada quedó como fulminado y decidió, acertadamente, permanecer completamente estático. Cuando el señor Sakuma, rojo como la grana, despegó sus labios para empezar a hablar, di media vuelta y salí para siempre de aquel lugar.

De vuelta en la tienda me encontré con Maki de pie ante mí, con sus Wedge Qupid negros en forma de cuña y con el cuerpo encorvado. Inevitablemente me trajo a la cabeza la imagen de una niña traviesa reprendida por sus padres al agacharse para recoger un caramelo del suelo. Sin duda había estado escuchando la discusión tras la puerta y, al verse sorprendida, su enorme y redonda cara se había vuelto del mismo color que su pintalabios.

—He oído cómo gritabas. Al principio pensé que las voces venían de otro sitio, pero entonces te he reconocido... Kaoru, ¿es que te has vuelto loco? Te van a despedir.

—Cuento con que así sea. No voy a volver, Maki. Me marchó.

—Pero ¿qué vas a hacer? ¿Ya tienes pensado dónde ir? Con lo bien que se te da vender zapatos y con el tiempo que llevamos juntos. Es por Sonoko, ¿verdad?

—Maki, ¿estás segura de que no sabes dónde puedo encontrarla?

—Ya me temía yo que esto podía pasar... No, espera, no lo temía, ¡estaba segura! —hablaba en voz baja temiendo que alguien la pudiese oír y preguntándose lo que pasaría si Sakuma o Kishimoto decidieran subir del almacén en ese preciso momento. A pesar de todo, estaba claro que aquello empezaba a divertirla. Sus ojos brillaban emocionados y no conseguía disimular una sonrisita nerviosa al imaginarse una de esas escenas de película en las que el enamorado impide una boda en el último momento—. Pero escucha, ¿no es ya un poco tarde para romanticismos, Kaoru? Está a punto de casarse, si es que no lo ha hecho ya.

—No lo sé, es posible, solo sé que debo verla cuanto antes. Dime, ¿sabes algo o no?

—Lo único que sé es lo que ya te dije; que está en algún lugar de Osaka, en casa de sus padres, supongo. Pero no sé nada más. No la he vuelto a ver desde el sábado por la tarde, cuando se tuvo que ir porque estaba enferma. No me ha llamado y, como sabes, tampoco puedo contactar con ella. Prueba a llamarla tú o, si no, pásate por su apartamento. No está muy lejos de aquí y quizá alguien sepa decirte algo. A mí también me preocupa un poco. Espera, te anotaré la dirección. —Maki siempre iba un paso por delante de mí. Parecía saber en todo momento qué pasaba por mi mente y era curioso, porque si hacía apenas un día eso me incomodaba, ahora se lo agradecía de veras, pues así me evitaba tener que hablar más de lo necesario—. Pero tú la quieres, ¿no? —seguía hablando y deslizado el bolígrafo con rapidez a través de una pequeña hoja de papel—. Lo digo porque si aún no lo sabes, tienes que pensarlo antes de verla, aunque esas cosas no hay que pensarlas; se saben y ya está... En fin, tú sabrás.

—No lo sé, Maki, no sé nada, pero ya todo me da igual. Lo único que me importa es volver a ver a Sonoko y hacerlo cuanto antes. Adiós, Maki. No sé si volveremos a vernos, pero, por si acaso, quiero que sepas que esos zapatos que llevas son «tus zapatos». Están hechos para ti. —Sentía cariño por esa chica con la que había estado trabajando tanto tiempo y necesité acercarme para imprimirle sobre uno de sus jugosos mofletes un sonoro beso. Trató inútilmente de zafarse y al no conseguirlo enrojeció de nuevo. Un punzante dolor recorrió mi boca, pero aun así me gustó.

—Sí, ya lo sé. Gracias. Oye, de todas formas, si encuentras a Sonoko y lo vuestro sale bien, venid a verme alguna vez, ¿vale? Bueno, y si no la encuentras, también. Quiero saber cómo acaba esto.

Mientras salía de la tienda, Maki me siguió con la mirada triste a través del escaparate, sin dejar de mover la mano en señal de despedida.

IX

Sabía que en las próximas horas podía suceder casi cualquier cosa. Creía estar preparado para lo más insólito, pero nunca pensé que dejaría mi trabajo de la manera en que lo acababa de hacer. Y sin embargo, mientras caminaba por la calle sabiendo que no iba a volver a poner un pie en aquella tienda de zapatos, no lograba entender cómo había sido capaz de aguantar durante tanto tiempo llevando auestas esa vida que más que vida era mi propia muerte. Solo entonces lo veía claro: debía de haber fallecido en algún momento de esos cinco años que permanecí sin salir de casa de mi padre, leyendo las páginas de algún volumen de historia, en mitad de alguna novela de Dumas, entre unos anuncios de televisión o mientras vertía agua hirviendo en un bote de Cup Noodles y, desde entonces, había estado arrastrando mi pesado cadáver sin dejar de alimentarlo a diario con los miedos más apetitosos, permitiendo que mis temores lo engordaran mórbidamente, que sus pútridos gases me sumiesen en una catatónica autocomplacencia de la que solo había logrado despertar tras la marcha de Sonoko. Pero ya podía sentirme libre de esa carga, me encontraba nuevamente ligero, lúcido y capaz de enfrentarme a todo cuanto antes había renunciado por temor a que ese lastre que acarreaba impidiera que pudiese moverme con suficiente agilidad entre los sufrimientos de los recuerdos, que de todas formas ya habían vuelto. Estaba decidido a seguir adelante, a retomar la vinculación con el piano cuya voz —aunque todavía lejana— creía estar volviendo a escuchar y me centraría en la música para recobrar el tiempo perdido. Pero primero debía descubrir qué había en esa mujer o, mejor dicho, en su ausencia como para hacer posible toda aquella serie de transformaciones en mi vida.

Sí, me sentía eufórico por vez primera en más de diez años. Notaba una sensación similar a la que me embargaba cuando, deseando tocar, atravesaba a toda prisa el umbral de la puerta de la tienda de antigüedades de la señora Kobayashi. Pero aún no sabía qué era lo que debía hacer, cómo canalizar esa repentina ilusión de vivir. Mi principal prioridad seguía siendo localizar a Sonoko y para ello lo más sencillo era llamarla. Pensaría bien lo que iba a decirle, lo memorizaría —o lo anotaría si era preciso— para que los nervios no me hicieran divagar. Aunque, como decía Maki, eso no parecía ya posible, debía intentarlo. Pasaría primero por el lugar en el que ella había estado viviendo hasta hacía tres días, pues esperaba poder encontrarme con algún vecino que supiera algo, husmear entre su correo o mirar por alguna ventana con la esperanza de encontrar un indicio que me sugiriera el siguiente movimiento.

Saqué de la cartera el papel en el que mi ya excompañera de trabajo había anotado la dirección y lo que leí me sacudió con tanta fuerza que mis piernas se

pusieron a temblar como las de un boxeador noqueado. A punto estuve de volver a encontrarme por segunda vez con la lona aquel día, pero conseguí arrastrarme hasta la parada de autobús de Rashomon dejándome caer en el primer asiento. Respiré como dicen que se debe hacer ante las crisis de ansiedad: lentamente, sacando la barriga y dejando escapar el aire por la nariz. Tras unos largos minutos conseguí recuperar la sensatez, dejaron de temblarme las manos y volví a centrarme en ese trocito de hoja cuadriculada. No lo había leído mal, aquella dirección que Maki me había apuntado era la del bloque frente a mi ventana. La casa de Sonoko podía ser perfectamente alguno de aquellos apartamentos en los que cada noche de los últimos tres años yo había encontrado un lugar en el que poder sentirme arropado durante la contemplación de sus cotidianas escenas familiares. Sin embargo, jamás la había podido distinguir entre aquellas personas. ¿Cómo era aquello posible viviendo uno frente al otro? Pensándolo bien, tampoco era tan curioso: el edificio tenía otra fachada opuesta de iguales proporciones y dos estrechas, una de las cuales veía sesgada, con ventanales para los descansillos. Además, aunque fuese uno de los apartamentos que daban a mi ventana, muchos de ellos estaban siempre cerrados y otros no atrajeron nunca mi atención. Pero aun así se me hacía extraño porque, además, debíamos de compartir el mismo itinerario con los mismos horarios y, a pesar de ello, no habíamos coincidido nunca. Evidentemente así había sido, pero ¿cómo era posible? Yo sabía que mi recorrido era el más directo, así que ella debía de tomar un camino distinto al mío, dar un rodeo, salir más tarde o más temprano o varias de esas cosas a la vez, puede incluso que de manera premeditada para evitar tener que caminar juntos. Eso sería muy propio de Sonoko y lo más probable es que, de haberlo sabido, yo hubiese hecho lo mismo.

Entonces me acordé de la luz roja, el resplandor que me visitaba desde hacía dos noches y, aunque al principio contemplé la posibilidad sin darle demasiada importancia, cuantas más vueltas le daba, más sentido tenía. «¿Y si se tratase de Sonoko?». Podría ser que no se hubiera marchado, que siguiera aún en su apartamento y que estuviese tratando de ponerse en contacto conmigo, de querer decirme algo. Pero, entonces, ¿por qué usar esa luz? ¿Por qué no hacer una llamada? Claro que la podía haber hecho y yo no haberme enterado. Pero si tan cerca estaba y tenía necesidad de ponerse en contacto conmigo, ¿por qué no cruzar la calle y llamar a mi puerta? ¿Por timidez? No, era todo demasiado extraño, demasiado rebuscado, pero al mismo tiempo tenía sentido, un sentido insólito y absurdo, pero sentido, al fin y al cabo. De lo que estaba prácticamente seguro era de que aquella luminosidad debía de estar relacionada con ella; las coincidencias eran demasiadas.

Con resolución me levanté del asiento en el mismo momento en el que llegaba el autobús número 17. No había nadie más en la parada y tuve que hacer una señal al conductor —que ya aminoraba la marcha— para indicarle que continuase. Me excité sabiendo que el tiempo que tardaría en cruzar los tres pasos peatonales sería el necesario para plantarme frente al que fuera su apartamento. La remota posibilidad de

que ella pudiera seguir allí me perturbaba, porque no sabía todavía qué era lo que debía decirle, por qué la buscaba ni qué creía solucionar encontrándola. En menos de diez minutos llegué a la acera opuesta a mi edificio; la rapidez con la que había caminado bajo el sol del mediodía, sumada a la humedad del ambiente, hacían que la camisa de algodón se me pegara al cuerpo sudado como si fuera una prenda de licra. Me resultó chocante saber que iba a pasar ante las ventanas de aquellas casas a cuyos habitantes tantas veces había visto desde la relativa lejanía de mi balcón. No me apetecía encontrarme con nadie, quería que el desenlace fuera rápido, terminar de confirmar que Sonoko ya no estaba para, de ese modo, llamarla por teléfono desde casa. Seguramente Maki no lo había intentado las veces suficientes... Mis pensamientos eran —me daba cuenta de ello— increíblemente ambiguos y contradictorios, tal vez porque tenía miedo de averiguar cuál era la auténtica relación existente entre ella y esa luz roja. A punto de comenzar a subir por las escaleras, noté un objeto pequeño y duro en uno de los bolsillos del pantalón. No conseguí identificarlo hasta haberlo sacado y ver que se trataba del pedacito de diente con unos pocos restos de sangre: había olvidado por completo el accidente de la mañana. En un acto reflejo me llevé la mano hasta la boca, donde las yemas recorrieron con suavidad el espacio vacío de carne para después pasar a inspeccionar el tabique de la nariz y el orificio taponado por el algodón —ya reseco—, que arrojé al suelo sin demasiados miramientos, pero no respiraba mejor sin él: la inflamación y la sangre coagulada debían de haber obstruido el conducto.

Inicié el ascenso literalmente bañado en sudor. Me faltaba el aire e intenté aflojar el nudo de la corbata que parecía almidonado por las sales minerales de mi cuerpo. Cuanta más fuerza hacía para soltarlo, más rígido se volvía y con más saña me constreñía el cuello. Los pasillos y las escaleras se sucedían. Mi mirada evitaba las ventanas de los descansillos, saltando de puerta en puerta, sin dejar de llevar la cuenta de los números que iba dejando atrás para saber cuánto faltaba para el que Maki había destacado con un redondel. A medida que ascendía, la distancia que me separaba de mi persiana cerrada se acortaba. Ya podía distinguir con precisión los detalles de mi apartamento: el buzón rojo, la puerta, el balconcito; 78, 79, 80, 81, 82, 83...

Ya estaba ante la puerta que buscaba. Mi casa se encontraba casi enfrente, solo un poco más abajo. Imposible no haber reparado en aquel zaguán a no ser que siempre estuviese con las persianas echadas, como lo estaban entonces. El único indicio de que estaba habitado eran unas hermosas y bien cuidadas peonías rosadas que crecían esplendorosas en grandes tiestos bajo una de las ventanas. Antes de llamar reparé en lo horrible de mi aspecto; mojado, dando bocanadas como un pez fuera del agua y con la camisa abierta hasta el tercer botón, pues había logrado deshacerme de la corbata; enseñaba unos ralos pelos negros enroscados entre sí que contrastaban con la palidez de mi pecho. Si sonreía o se me ocurría abrir la boca más de la cuenta, el agujero en mi dentadura acabaría de convencer a mi interlocutor de estar recibiendo la visita de un *yakuza*. Esto hizo que me replantease la peregrina idea de no llamar, de

marcharme a casa y olvidarme de todo. Obviamente se trataba de una ocurrencia fugaz, de un mecanismo que me sirvió para darme unos minutos en los que poder retomar el aliento y que mi corazón volviera a latir con cierta normalidad. Por supuesto que esa no era una opción: no iba a irme hasta descubrir si Sonoko estaba todavía allí y si, tal y como pensaba, la luz roja guardaba relación con ella y ese apartamento.

Apliqué la oreja a la puerta tratando de percibir algún sonido que me indicara la presencia de alguien en el interior, pero no capté nada; ni las voces de un televisor, ni el roce de unos pasos, ni siquiera —normal, dada la hora que era— el trajín de unos cacharros en la cocina: ese piso estaba vacío. Entonces, convencido de lo inútil de seguir ahí, llamé con tranquila decisión. Tras el zumbido eléctrico dejé de respirar y poniendo mis cinco sentidos en alerta me esforcé en descubrir lo que pasaba en el interior. Todo seguía en silencio y ya comenzaba a sentir la cobarde felicidad de no tener que hablar con nadie, justificándomela como que así tendría más tiempo para trazar otra estrategia mejor, cuando escuché con claridad el sonido de unos cortos y rápidos pasos, entremezclados con el roce de la seda, aproximándose.

—Ah, señor Nakamura, es usted. No le esperaba tan pronto. ¡Tiene un aspecto horrible! ¿Se encuentra bien? Pero pase, por favor. Iba a tomar un té, ¿le apetece uno? Oh, por favor, no se quede en la puerta; el aire acondicionado se escapa y hace un bochorno tan insoportable...

X

La profesora Ikeda fue durante tres años mi tutora en el conservatorio. Su estilo era brillante y su interpretación impoluta. Jamás pude distinguir el más mínimo fallo, el menor titubeo en ninguna de sus interpretaciones: era tan precisa como un reloj suizo. Sus manos eran pequeñas y en apariencia frágiles, pero en cuanto tocaba con los dedos el instrumento, parecían sufrir una radical transformación anatómica. Desplegadas como las alas de una gigantesca grulla, triplicaban su tamaño para, a una velocidad milimétrica, planear a lo largo de las ochenta y ocho teclas sin el más mínimo esfuerzo. Cuando la profesora Ikeda tocaba, el tiempo dejaba de existir y quien la escuchaba penetraba en un espacio adimensional en el que solo el sonido y las sensaciones transmitidas eran perceptibles, todo lo demás desaparecía.

Era muy popular en el conservatorio y no solo por su maestría musical, sino porque era guapa, inteligente y muy refinada. Al contrario que la señora Kobayashi, ella amaba todo lo oriental y se esforzaba por potenciar sus rasgos asiáticos mediante un medido empleo del maquillaje, del movimiento y del uso constante de muchos y variados kimonos, prenda que lucía con desenvuelta elegancia. Nada había en ella que fuese casual, desde su técnica pianística, pasando por su estilismo o su saber estar, todo, absolutamente todo, había sido estudiado para conseguir un nivel de exactitud que no dejara margen alguno para el error. Pero gran parte de su encanto se lo debía a su hermetismo y a que las únicas emociones que expresaba eran aquellas que transmitía a través de la música, siendo de otra forma imposible llegar a conocer con certeza su humor. Era el tipo de maestra que cumplía estrictamente con su cometido, no se implicaba con ninguno de sus alumnos y no toleraba las confianzas; en una palabra, la profesora Ikeda era un misterio.

Pero las diferencias entre ambas profesoras sobrepasaban lo estrictamente aparente y mientras que Kobayashi daba preponderancia al sentimiento y a la libre circulación de las emociones, Ikeda se centraba de manera enfermiza tanto en la técnica como en la minuciosidad con la que debían sucederse todos y cada uno de los movimientos, los cuales nunca debían contener ningún aspecto azaroso. Era terriblemente estricta, perfeccionista hasta el hastío y si por casualidad se me ocurría defender alguno de mis ejercicios recurriendo al argumento de los sentimientos o las sensaciones que el instrumento me estaba transmitiendo, se limitaba a salir del aula sin decir una sola palabra, para no volver a aparecer hasta la clase siguiente. En otras ocasiones, cuando estaba de mejor humor, miraba sin pestañear el libreto abierto sobre el atril para hacerme entender que debía volver a comenzar, reinterpretar la pieza una, dos, diez veces, hasta que consiguiera erradicar de mi mente todas aquellas

fantasías —así las llamaba—, para ceñirme a lo que había escrito en el papel dejando de lado todo aditamento, viniera de donde viniese. En realidad, no se trataba de que yo alterara la métrica de la composición, que omitiese o añadiese notas y silencios para hacer así una reinención de lo leído. No, Ikeda no se refería a eso. En su opinión el problema tenía que ver con un exceso que echaba a perder toda la ejecución, una ensoñación desmedida que yo aplicaba, consciente o no, cada vez que tocaba.

A pesar de que compartía otras muchas asignaturas con una gran cantidad de chicos y chicas de edades similares a la mía, yo seguía prefiriendo la soledad o la compañía del instrumento a la de otras personas. Pocas veces hablaba con alguien, solo cuando me era necesario, siendo ese uno de los rasgos de mi personalidad que aún conservo. Sin embargo, eso no se debía, como tampoco se debe ahora, a cobardía ni al engreimiento o la altivez; sencillamente, las personas me resultaban indiferentes, me aburrían y nada de cuanto pudieran decirme o hacer despertaba en mí el más mínimo interés. En cierta manera, y dejando a un lado el piano, solo conseguía sentirme atraído por la profesora Ikeda, quizá porque en ese aspecto nos parecíamos o porque tal vez ya hubiese comenzado —sin darme cuenta— a sentir algo más que admiración y respeto hacia ella. El caso es que, a pesar de esa especie de tácita atracción, o precisamente debido a ella, me era imposible establecer el más ligero acercamiento para sincerarme con aquella impenetrable mujer y poder confiarle de ese modo el conflicto que comenzaba a librarse en mi espíritu a medida que iba tomando conciencia de que no iba a poder compaginar ambos estilos o maneras de entender la música. Me angustiaba reconocer que su metodología comenzaba a imponerse a la visión mágica de mi antigua maestra, lo que producía insufribles sentimientos de culpabilidad; ¿debía renegar, sin más, de todo cuanto mi querida anticuaria me había enseñado para centrarme únicamente en las nuevas técnicas de la metódica profesora Ikeda? Y de ser así, ¿no perdería un elemento esencial, algo que posiblemente jamás podría volver a adquirir? Intenté en muchas ocasiones expresar estos temores en largas misivas dirigidas a la señora Kobayashi; le hablaba de la nueva profesora, de hasta qué punto su entendimiento de la música chocaba con todo lo que me había enseñado acerca del ánimo de los pianos y de esa íntima comunicación a la que, según ella, todo intérprete debía aspirar si deseaba llevar a cabo algo auténticamente bello. Pero todas las cartas que le enviaba a su dirección en Italia me eran devueltas una a una, así que durante mucho tiempo me sentí desamparado, perdido, librando una guerra contra mí mismo en la que no tenía sentido ganar ni perder.

Pasó lo inevitable y, con el transcurso de los años, el frío pero bien pertrechado procedimiento de la profesora Ikeda acabó por imponerse por completo hasta hacer desaparecer cualquier vestigio de mi anterior estilo, así como la manera en la que abordaba el piano. Perdí todo contacto con el instrumento, dejé de escuchar o prestar atención a lo que pudiese decirme, convirtiéndolo en aquello que para mí nunca había

sido: una herramienta con la que poder expresar mediante aburridos monólogos solamente aquello que yo sentía. Llegó un momento en el que definitivamente me desconecté de su alma y conscientemente evitaba ensayar en casa para no tener que enfrentarme al dolor que me causaba el comprobar que, tal y como me había dicho la señora Kobayashi, ese piano en el que un día fui capaz de ver un ser vivo había acabado siendo para mí una complicada máquina de precisión de la que debía poder servirme. La inmersión fue fugaz y mi tutora —aunque tan poco histriónica como de costumbre— parecía estar contenta con mi adaptación. Recuerdo que al despedirnos tras una de las clases en las que yo había estado especialmente receptivo me dijo, ocultándose tras una lacónica sonrisa: «Por fin has aterrizado». No lo olvidé nunca, porque aquella fue la primera vez que la profesora Ikeda me hizo un comentario personal ajeno a las lecciones. Al poco tiempo me convertí en el alumno modelo, en un ejemplo para el resto de estudiantes, y la dirección del conservatorio, asesorada sin duda por la profesora Ikeda, veía en mí un elemento clave con el que poder promocionar la imagen del centro y afianzar su prestigio, por lo que no tardaron en enviarme a competir en concursos —que siempre ganaba— o a dar recitales por todo el país. Los profesores estaban muy orgullosos de tenerme como alumno, los alumnos de tenerme como compañero y yo..., yo pensaba solamente en la profesora Ikeda y en lo apasionadamente atractiva que me resultaba.

Una mañana me comentó que mi manera de tocar era técnicamente perfecta, que había superado con creces todas sus expectativas, pero que me faltaba todavía enfrentarme a lo más difícil; era necesario que encontrase mi propio estilo, la huella musical que me diferenciase de cualquier otro y, para ello, ahora era esencial que dejase a un lado el piano para escuchar los sonidos directamente en mi cabeza. Creía que solo de esa manera iba a poder focalizar mi atención sobre la creación, sin disiparme por los lúdicos vericuetos que proporciona el uso del instrumento.

—Pero, profesora Ikeda, ¿cómo voy a componer algo sin el piano?

—Bueno, eso no es tan difícil como parece. Los verdaderos músicos son capaces de hacerlo y el mejor de los ejemplos es el de Beethoven, que fue tan brillante como para componer su última sinfonía escuchando únicamente los sonidos dentro de su cabeza. No obstante, su auténtica grandeza, como la de todo buen músico, no radicaba en eso, pues es algo que cualquiera puede conseguir a base de constancia, sino en poder realizar de ese modo obras capaces de trascender a su creador hasta llegar a convertirse en emociones eternas. Los compositores que merecen la pena no son aquellos que con sus obras tan solo evocan sentimientos incuestionables, sino los que consiguen que estos puedan llegar a todos aquellos que después escuchen su música, independientemente del lugar y del tiempo transcurrido; temor, ira, impotencia, amor, odio..., todo vale con una sola condición: siempre debe tratarse de algo verdadero. Por eso tus esfuerzos han de centrarse a partir de ahora en transmitir cosas reales, no simples reflejos. Si no lo logras, la gente lo notará y tu pieza será olvidada, no habrás hecho nada que merezca la pena ser transmitido o recordado.

—No sé qué es lo que debo buscar, profesora Ikeda. Ni sé si cuando lo encuentre, podré reconocerlo.

—Eso no debe preocuparte. Esas sensaciones y sus respectivos sentimientos serán los que te encuentren a ti y no al revés, pero para que eso ocurra, debes estar receptivo y dispuesto a que te pueda suceder cualquier cosa, Kaoru. —Nunca antes me había llamado por mi nombre de pila—. Cuando llegaste eras demasiado cándido, tenías la cabeza llena de todas esas ideas fantásticas que estaban bien para un niño, pero que debías eliminar, como creo que ya has hecho, para reemplazarlas con impresiones más maduras. ¡No te reprimas! Experimenta con la vida y con los sentidos, relaciónate... ¡Vive! Y cuando sientas crecer en ti una emoción lo suficientemente intensa como para sacudirte el alma de arriba abajo, no te detengas, sigue hasta que logres encadenarla a un papel transformándola en una pieza que, escuchada o tocada por otros, pueda transmitirles las mismas sensaciones que viviste al crearla.

Creía comprender lo que la profesora Ikeda me decía. Debía tomar las riendas de mi vida y despojarme de la ingenuidad con la que hasta entonces había estado viviendo, asumir que era casi un adulto y perder el miedo que experimentaba hacia todo aquello que desconocía por temor a que pudiese lastimarme. Renegué entonces por completo de Kobayashi y de su piano —que, oculto bajo una sábana, empezó a anquilosarse en el garaje que hasta entonces había compartido como estudio con mi madre— echándole la culpa de mi falta de madurez, la hice directamente responsable de que me fuera imposible encontrar una pasión real y no un cuento para niños. Pero de ese modo tampoco conseguía prosperar y seguía sin comprender cómo proceder ni la forma de hallar algo tan intenso como para distinguirlo. Cambié entonces ciertos hábitos; rutinas que hasta ese momento había seguido escrupulosamente por pura inercia. Intenté incluso modificar mi manera de ser, abrirme a otras gentes, compartir vivencias con aquellas personas que notaba que ansiaban relacionarse conmigo, esperando encontrar en ellos lo que no me era posible hallar en mí, pero nada ocurría en mi vida que pudiera identificar con aquella clase de emoción visceral a la que poder asirme a la hora de componer. Todo lo que hacía parecía inútil y la profesora Ikeda me devolvía una y otra vez mis ejercicios para que los rehiciera, siempre con la misma frase escrita en rojo: «No es un sentimiento sincero».

La profesora Ikeda era tutora de otros muchos alumnos y disponía de poco tiempo para centrar su atención en uno solo, pero de todos modos me propuso que nos viéramos tres tardes a la semana después de las clases, cuando ya no quedaba nadie, para trabajar a mi lado en el proyecto e intentar comprender qué era lo que fallaba. Me marcaba durante esas sesiones ciertos objetivos y cronometraba el tiempo que tardaba en llenar las partituras con todo aquello que se me pasara por la cabeza, algo así como una lluvia de ideas. Pensaba que, al trabajar bajo ciertas condiciones de estrés, mi mente acabaría por disociarse y dar paso al libre fluir de las sensaciones no sujetas ya a las bridas de la racionalización. Mientras yo me esforzaba en hallar y

transcribir algo que pudiese considerar indiscutible, ella caminaba a mi alrededor llenando el silencio con el suave roce de la seda y dejando tras cada uno de sus movimientos un inefable aroma de camelia que me enturbiaba completamente los sentidos. De vez en cuando podía notar su mirada clavada sobre mi espalda, para al momento siguiente posicionarse tan cerca de mí que sentía cómo su aliento descendía hasta erizar el vello de mi nuca en un ardoroso escalofrío que me atravesaba desde los pies a la cabeza como un rayo. En otras ocasiones acercaba su boca a mi oreja y con una inflexión suave de su voz, con apenas un susurro, me anunciaba el tiempo que restaba para que concluyera el ejercicio. Después se sentaba a mi lado arrimando su silla a la mía hasta que nuestros brazos se tocaban y escudriñaba con atención los escritos haciéndolos sonar en su cabeza para, con suma facilidad, separar el grano de la paja. Eliminaba algunas notas, sumaba otras, corregía los compases, tachaba sin titubeos líneas enteras y acababa por decirme que volviese a comenzar. En raras ocasiones, si creía ver algo bueno, me instaba a seguir por ese camino, canalizarlo y aislarlo hasta hacerlo destacar. Otras veces me preguntaba sobre la emoción que trataba de expresar en alguna estrofa determinada y en esos momentos era cuando me sentía más incómodo porque responder a esas preguntas con sinceridad habría supuesto reconocer que su presencia me turbaba y que era ese azoramiento el que con mayor o menor fortuna trataba de transcribir.

Pasaron los meses. Ya no intentaba concebir nada. Dejé de obsesionarme con los sentimientos soberanos y con su búsqueda y fue así como aquella todavía imprecisa emoción que siempre me atenazaba ante la presencia de la profesora Ikeda desveló su auténtica naturaleza. Si bien en un primer momento su intensidad no era muy distinta de la que emitiría una luciérnaga en una noche de verano, despacio, pero sin interrupción, el pequeño destello fue creciendo tanto y tan rápido que hubo un momento en que paradójicamente su luminosa brillantez acabó por transformarse en oscuridad. Era tal la impenetrabilidad de aquella negrura que solo después de habituarme a ella pude conseguir descifrar y reconocer que lo que mi alma había estado incubando era un profundo y desmedido amor hacia aquella mujer. Supe en ese momento que al fin había encontrado aquello que necesitaba para componer y a partir de ese momento disfrutaba durante horas abandonándome a la recreación de situaciones imposibles en las que ella no solo adivinaba el sentimiento que yo volcaba sobre el papel, sino que lo consentía para confesarme que también comenzaba a sentirse atraída por mí. Y lo cierto era que, en clase, cada vez se mostraba más complaciente, me halagaba con frecuencia y confesaba su sorpresa por el giro inesperado que mis creaciones habían sufrido. Me aseguraba que faltaba ya muy poco y que pronto no iba a necesitarla, que el trabajo y la constancia estaban funcionando. Yo me desesperaba ante la idea de tener que separarme de ella, de que aquellas sesiones vespertinas concluyeran, así que introducía errores, ahogaba los sonidos de mi corazón y dejaba de escucharme para acabar por ceñirme a alguna emoción insustancial que la hiciera creer que todavía la necesitaba, que mis progresos

eran intermitentes y por tanto inconcluyentes.

Faltaba ya muy poco para concluir el curso y todo se precipitó durante una de nuestras sesiones de trabajo entrado ya el verano. Llovía copiosamente y las gruesas gotas de agua se morían en los cristales de la ventana emitiendo un cadencioso y sugestivo sonido. La humedad y el calor eran insoportables, así que habíamos conectado un viejo ventilador que emitía un soporífero zumbido en cada uno de sus giros. Al contrario que en otras ocasiones, puede que por culpa del clima pegajoso o sencillamente porque su presencia me resultaba ya hasta tal punto dolorosa que me incapacitaba por completo, ese día mi mente no conseguía concentrarse en el trabajo, y el tiempo concluía sin que fuera capaz de completar una o dos páginas repletas de toscas composiciones, mal empezadas y peor acabadas, que por supuesto se encontraban muy lejos de expresar lo que sentía en aquel momento. Me había ofuscado tanto con aquella mujer que necesitaba hacerla partícipe de mi amor con la vana esperanza de que tal vez, solo tal vez, pudiese sentir lo mismo o al menos comprenderlo. Confesarle que en realidad lo único que veía cuando me sentaba a escribir era su imagen, que ella era lo único que conseguía transmitirme efusiones lo bastante claras como para poder ser transportadas al lenguaje musical. Pero me faltaba valor. Temía su reacción, que no quisiera volver a verme. A fin de cuentas yo no era más que un mocoso de apenas diecisiete años y ella una mujer casada de treinta, por lo que todo acercamiento parecía descartado. Debía resignarme, dejar que todo aquello pasara, alejarme de ella, cambiar de escuela o, mejor, dejar la música, pues estaba seguro de que no volvería a tocar si me apartaba de ella.

Estaba sentada a mi lado como otras tantas veces, pero acaso más seria, más concentrada y sobre todo más hermosa y sensual que nunca. Fruncía el entrecejo de tanto en tanto tratando de comprender qué era lo que había garabateado en el papel, o se mordía nerviosamente el labio inferior al tiempo que sus pupilas negras saltaban de corchea en corchea con la misma agilidad de un gato persiguiendo un ratón. Su frente estaba perlada por el sudor, al igual que parte de su largo cuello, que se dejaba vislumbrar entre los pliegues de un generoso escote que se había abierto tratando de aliviar los efectos del bochorno —o tal vez para dejarme entrever parte del dibujo sensual de su clavícula—. Entonces se le cayó de aquellas manos sorprendentes el lápiz con el que no había dejado de jugar en todo momento, produciendo un sonido sordo al acomodarse entre sus dos pequeños pies, que lucían unos níveos *tabi* junto a unas elegantes *geta* de árbol de tung con cintas violáceas.

Sin saber muy bien lo que hacía, me incliné para recogerlo, sin ninguna otra intención, sin ningún otro pensamiento, pero la visión que me asaltó al agacharme anuló por completo mi voluntad. El kimono se había abierto a la altura del muslo atrapando mi mirada en el espectáculo de sus piernas, en el que caí con la insaciable y envalentonada curiosidad del explorador que descubre su Shangri-La soñado. Tenía que adentrarme en aquel reino inexpugnable palmo a palmo para desenterrar el tesoro que me esperaba arropado por la calidez de aquella carne. A cualquier precio había de

ser mío y con el descaro del poseído por una fogosidad desbocada aventuré mi mano a recorrer su pantorrilla. Sabía que estaba firmando mi sentencia de muerte; que el conservatorio, la profesora Ikeda y la música dejarían de existir, pero ya nada me importaba, todo me era igual; lo único que deseaba de verdad era seguir sintiendo el sedoso tacto de aquella piel casi transparente durante el resto de mi vida. Esperaba la reacción en cualquier momento: una férrea, violenta oposición ante aquella osada invasión mediante una sacudida, un respingo o una bofetada, cualquier cosa que detuviera de manera instantánea mi ataque. Pero lo que sucedió no habría tenido lugar ni en mis mejores sueños: en lugar de rechazo, las piernas de la profesora Ikeda reaccionaron abriéndose para revelarme la joya más recóndita, el *sancta sanctorum* de aquel templo maravilloso. Sentí su mano, que me acariciaba el pelo con fuerza, su respiración, que se volvía entrecortada y, tras deshacerse con un frufú delicioso del *obi* que oprimía su talle, me cobijó bajo el caliente y aromático interior de su kimono púrpura.

Después de amarnos, yacimos dormidos en el suelo un espacio de tiempo inmedible. Me sentía mecido sobre una nube, sobrevolando las montañas de la felicidad, muy por encima de unas cumbres que hasta entonces me habían parecido inalcanzables. Había momentos en los que se apoderaba de mí una duermevela incómoda donde la realidad se transfiguraba haciéndome creer que me encontraba en la soledad de mi habitación; me era posible reconocer la forma del escritorio, la posición de la ventana, incluso oía con espeluznante claridad la voz de mi madre llamándome entre estertores. Me despertaba sobresaltado, contemplando con alivio el contorno ligeramente iluminado de la espalda desnuda que tenía ante mí y estrechándome contra su calidez cedía de nuevo al afrodisíaco sopor de la pasión consumada.

Cuando más relajado me sentía, la brusca incorporación de la profesora hizo que mis sentidos despertaran con lenta holgazanería, mostrándome con la latencia de quien vuelve del sueño a una mujer nerviosa vistiéndose con premura que, sin reparar en mí, sin dirigirme una sola palabra o darme tiempo a reaccionar, desapareció dejándome aprisionado bajo una pesada losa de confusión. Mientras me interrogaba sobre los motivos de aquel comportamiento, procurando recordar si había dicho o hecho algo incorrecto durante ese estado de plácido amodorramiento y, al verme en mitad de su despacho solo, desnudo, rodeado de espesas negruras, dudé de si todo lo que acababa de suceder no habría sido producto de mi imaginación, si mi obsesión podía llegar hasta ese terrible extremo. Únicamente el olor dulzón de la camelia que emanaba de mi cuerpo me medio convenció de lo contrario, y es que, en cierta manera, mi mente se negaba a reconocer lo que había pasado.

Me levanté de un salto con la determinación de salir tras ella, de no dejarla marchar sin saber qué pensaba, qué sentía, abrazarla una vez más antes de tener que regresar a casa. Mientras buscaba en la penumbra mi ropa diseminada por el suelo, hallé un objeto que enseguida identifiqué como el abanico rojo que la profesora Ikeda

solía llevar metido entre las dobleces de su *obi*. Lo estreché con cariñosa firmeza entre mis manos y salí del despacho a medio vestir, recorriendo prácticamente a ciegas los pasillos del conservatorio, guiándome a duras penas por las mortecinas luces de emergencia y los intermitentes destellos de una incipiente tormenta que, introduciéndose por ventanales y claraboyas, conseguía transformar la apariencia de un lugar que hasta ese momento creía conocer bien. Estaba tan excitado y desorientado que tardé en darme cuenta de que el sonido de los pasos que me devolvía el eco era el de los míos propios y que no quedaba nadie más en el edificio. Trataba desesperadamente de dar con un corredor, con algún aula que me sirviese para orientarme y salir cuanto antes de lo que empezaba a resultarme un espacio claustrofóbico, pero cuando parecía estar cerca de ubicarme, mi mente ofuscada se dejaba engañar creyendo reconocerla en alguna caprichosa agrupación de sombras o en el ondulante movimiento de una cortina y salía corriendo a su encuentro gritando su nombre, para acabar extraviándome de nuevo. Cuando más desesperado me sentía, fui a dar jadeante y sudoroso con el pabellón principal; sobre mi cabeza, su gran reloj me indicaba que habían transcurrido más de seis horas desde que me había dado la bienvenida.

En el exterior, y todavía con la camisa desabrochada, la brisa fresca me despejó por completo llenando mis pulmones con un oxígeno que me parecía más limpio que nunca, depurado por la intensa lluvia que no había parado de caer y que no tardó en calarme hasta los huesos. Aquella ducha improvisada y el aire fresco me sirvieron para analizar la situación y considerar las posibles rutas que la «fugitiva» podía haber tomado. Basándome en una vaga intuición, elegí el camino al otro lado de la carretera, justo detrás de una hilera de coches detenidos y del compacto muro de agua a través del cual podía distinguir un océano formado por miles de paraguas que iban y venían en un flujo constante. Por primera vez sopesé con resignación el volver a casa. No sabía por dónde comenzar a buscarla y encima empezaba a encontrarme francamente mal. En un último intento me encaramé a las escaleras de unos edificios contiguos desde donde, a duras penas, usando las manos a modo de visera para impedir que la lluvia me cegara, pude constatar que era una tarea imposible encontrarla entre aquella multitud. Derrotado, cada vez más débil y desanimado, enfilé hacia el metro, cuando de pronto me pareció reconocer su inconfundible silueta zigzagueando entre todas aquellas personas. Era tan solo una mancha lila, una pequeña boya entre las olas que, intermitentemente, aparecía y desaparecía entre la marea humana pero a la que tenía que aferrarme como el hombre que está a punto de ahogarse. Me lancé a una carrera desesperada cruzando el arcén que me separaba de las trayectorias de los vehículos, con tal de no tener que vérmelas con la compacta e infranqueable masa humana de la acera. Cuanto más cerca creía estar de aquel puntito, más difícil me era seguirlo sin ser arrollado por los automóviles que pasaban junto a mí a grandes velocidades, cegándome con los faros, bañándome con sus rociadas y obligándome a detener la suicida persecución para refugiarme contra la

valla de separación. Hubo un momento en el que a pesar de continuar avanzando ya no me fue posible saber dónde estaba; no reconocía las calles ni los edificios, había perdido todo punto de referencia y por descontado el rastro de la que podía ser la profesora Ikeda. El roce de un camión cortando el aire a pocos centímetros de mi brazo despertó mi instinto de supervivencia, que me llevó a seguir la búsqueda por la acera.

Mi memoria de aquella noche delirante es difusa y fantástica: las miradas de estupor de algunos transeúntes, las deslumbrantes luces de los comercios, la lluvia que no remitía, los empujones y las varillas de paraguas amenazando con sacarme un ojo... Me movía con desidia, con la energía completamente agotada y sin poder evitar un irrefrenable castaño de dientes junto con un frío abrasador que parecía emanar del interior mismo de mis tuétanos. Hacía rato que había renunciado a localizarla y cedí al movimiento maquinal que trazaban mis pasos, con la apática esperanza de que me acercaran a mi casa para cuando desfalleciera.

Lo siguiente que recuerdo es estar en el recogimiento de mi habitación envuelto en el futón como una crisálida en su capullo, con el cuerpo encendido por un calor que parecía que iba a consumirme. Su abanico, al que no había dejado en ningún momento de aferrarme, era, junto con el indescriptible goce de inhalar el aroma de aquellas partes de mi piel que aún conservaban trazas de su aroma, lo único que me mantenía cuerdo. El resto de la noche fui acosado una y otra vez por la pesadilla de la desesperación que me había embargado al constatar la infinita indiferencia con la que me abandonó en su despacho. Delirando de fiebre, sediento y con el cuerpo dolorido por el castigo de espasmos y sacudidas de una tos que ya no me abandonaría durante días, aún tenía momentos de felicidad en los que vinculaba la llegada del amanecer con un figurado reencuentro a mi vuelta al conservatorio, algo que la afección que se había adueñado de mi organismo se ocupó de hacer imposible.

Desesperado, inmensamente frustrado, permanecí en mi habitación durante más de una semana sudando una neumonía que no se apartaba de mí a pesar de las constantes atenciones de mi madre —a su vez debilitada por el tratamiento que acababa de comenzar— y de las dolorosas inyecciones que me administraba un practicante. Aquellos días transcurrieron muy despacio, pero poco a poco fui recuperando el apetito y con él las energías. Al final una sola idea ocupaba cada uno de mis segundos: descubrir cuál iba a ser la reacción de mi profesora. A ratos me aterraba la idea de un rechazo, o peor, de otra despiadada indiferencia, otras veces una euforia ciega reventaba las paredes de mi habitación ante la fantasía de una sonrisa suya al verme.

En cuanto me sentí con fuerzas, una mañana aproveché un descuido de mi madre para volver al despacho, creyéndome preparado para cualquier cosa que pudiera pasar. Había adelgazado mucho, pero eso me gustaba porque el que los pómulos se me marcaran en la cara me hacía parecer más serio, más formal y mayor, aspecto que traté de potenciar poniéndome una de las americanas que mi padre todavía no había

tenido tiempo de llevarse de casa. No se me olvidó coger el abanico que usaría como excusa para poder romper el hielo. Al llegar a la escuela me tranquilizó comprobar que en apariencia nada había cambiado: algunos compañeros me salieron al paso para darme la bienvenida, otros se limitaban a saludarme desde la distancia y la mayoría seguía a lo suyo. Estaba entusiasmado y muy nervioso, pero ¡deseaba tanto sorprenderla y poder apreciar el más mínimo atisbo de alegría en su rostro! Era temprano todavía, así que debía de estar sentada ante su mesa preparando las tutorías del día o corrigiendo ejercicios; sin embargo, me encontré con la puerta de su despacho cerrada.

Pensé que tal vez no hubiese llegado aún; faltaba media hora para que comenzaran las clases, así que me senté a esperarla en uno de los bancos del *hall*, pero los minutos pasaban y con ellos los alumnos que se dirigían a las diferentes aulas para comenzar la jornada con una ilusión que mi propia ansiedad hacía que entonces me resultase incomprensible. Con la mirada baja para pasar desapercibido, distinguía a algún profesor de vez en cuando, pero ella no aparecía por ningún lado. Sabía que había otra entrada por el lado sur, pero desde donde me encontraba podía ver en todo momento su despacho, ¿dónde estaba? Transcurridos diez minutos de la hora de inicio de clase, acudí a secretaría para que me informaran, seguro de que algo anómalo ocurría, y fue entonces cuando supe que ella no volvería. Hacía ya casi una semana que había abandonado el centro, posiblemente también la ciudad. No me dieron más explicaciones, salvo que no tardaríamos en tener un nuevo tutor.

No volví a ver a la profesora Ikeda.

Tampoco volví a tocar el piano.

XI

Era ella. Sin duda. Habían aparecido algunas imperceptibles arrugas alrededor de sus ojos y en su frente, pero su rostro seguía siendo esencialmente el mismo, transmitiendo tanto con su mirada como con sus mínimos mohines, esa sensualidad que tan irresistible y dolorosa llegó a resultarme.

Debía de sobrepasar los cuarenta, pero aquella mujer había sabido conservar toda su belleza y elegancia, elementos que juzgué consustanciales y por tanto resistentes al paso del tiempo. Continué dudando, no ya de entrar, sino de que lo que estaba contemplando fuese auténtico, pues era como si tras pulsar el timbre de aquel apartamento hubiese dado un salto hacia el pasado y de nuevo estuviese ante su despacho. Como entonces, sentía el mismo hormigueo en el estómago, el mismo nerviosismo, la misma excitación, como si no hubiesen pasado más de diez años y nos dispusiéramos a proseguir con los ejercicios en el punto donde los habíamos dejado. Traspasé ese umbral temporal como quien penetra en una gruta insondable, sabiéndome a merced de lo insólito y sin tener ni idea de si podría volver a salir de ella, ni cómo lo haría.

La profesora Ikeda precedía mis pasos vestida con un espléndido kimono rosado en cuyo *obi* concentré la mirada para distraer la mente de la centrifugadora que se había puesto en marcha dentro de mi cabeza. Siguiendo la trayectoria de una primorosa flor de cerezo arrastrada por el viento sobre un vacío de seda color turquesa, me encontré al momento siguiente sentado frente a una pequeña mesa sobre la que descansaban dos tazas, una caja de pasteles *Yatsushashi* y una tetera de cuyo pico emanaba un espeso vapor que ascendía en caprichosas espirales hacia el techo.

—Profesora Ikeda, ¿qué está haciendo usted aquí y por qué ha dicho que no me esperaba tan pronto?

Sin levantar la mirada comenzó a verter el té sobre una de las tazas sujetando la tapa de la tetera. Cuanto más la miraba y más detalles apreciaba, menos comprendía cómo había logrado detener el paso del tiempo; si algo recordaba de ella con total claridad, eran sus manos, y estas seguían siendo las mismas delicadas piezas de porcelana que tantas veces había seguido embelesado mientras sobrevolaban el teclado del piano. La única diferencia apreciable era que ahora las uñas lucían una esmerada manicura en rojo, lo que las hacía si cabe aún más bonitas y juveniles que entonces.

—Ah, Kaoru, veo que sigues siendo el mismo. Tan impaciente como siempre. — Abandonado el tratamiento cortés me miraba como antaño, cuando se me ocurría interrumpirla para preguntarle algo que estaba a punto de explicarme—. ¿No vas a

dejar que sirva primero el té?

—¡No! Yo no quiero té. He venido a buscar a..., otra cosa..., a otra persona. ¡Usted no debería estar aquí! —Sabía que me estaba comportando como un niño, que levantando la voz quería aparentar autoridad, pero el titubeo con el que había pronunciado esas palabras denotaba lo contrario. Además, el seseo de mi pronunciación me hacía sentir ridículo ante ella.

—No voy a tener en cuenta tus modales ni tampoco voy a preguntarte lo que te ha pasado en la cara o por qué parece faltarte un diente, pero, por lo que veo, continúas dolido después de todos estos años y eso me entristece. Pensé que eras más fuerte..., mucho más fuerte. —Mientras se llevaba la humeante taza a la boca, su mirada me escudriñaba especulando sobre mi siguiente reacción. Sin duda debía de tener una idea bastante clara de lo que yo iba a hacer y decir, porque se la veía tranquila, con la seguridad de quien sabe que va varios movimientos por delante de su contrincante en una partida de go. Quise ser algo más preciso y, sobre todo, aprovechar que la tenía enfrente para descubrir por qué desapareció tan bruscamente de mi vida aquella noche de hacía once años, así que lo hice sin ambages.

—¿Por qué se fue de esa manera? ¿No pudo simplemente despedirse con cualquier excusa? ¿No se le ocurrió pensar en lo mal que lo iba a pasar? —Nunca creí que tendría la oportunidad de reprochar todo aquello a la mujer que ahora se sentaba ante mí.

—¿Y qué otra cosa podía hacer, me lo quieres decir? ¿Te habrías conformado con que te hubiera dicho adiós? Por favor, no seas ingenuo. ¿Qué crees que habría pasado si el profesorado, o peor, los alumnos, se hubiesen enterado de que la respetada profesora Ikeda, la felizmente casada profesora Ikeda, mantenía una relación con el menor de edad más aventajado del conservatorio? ¿Qué habrían hecho tus padres? Y dime, ¿qué excusa te habría bastado? ¿O es que vas a decirme que te habrías conformado con una sola vez? —Al contrario que la mía, su voz manaba clara, tranquila, con resolución. Después de beber unos sorbos, había vuelto a colocar la taza sobre el plato, dejando en su borde una huella de carmín.

Me había quedado sin argumentos, pues era cierto que habría querido alargar aquella situación, consolidarla de algún modo, exprimirla hasta sus últimas consecuencias. Seguía mirando la mancha de su pintalabios tratando —como en los test de Rorschach— de reconocer un significado en su forma, ganando tiempo para abordar el tramo más delicado de aquel descenso. Aún no sabía qué hacía aquella mujer en el apartamento de Sonoko, pero iba a aprovechar la situación para arrancarme una espina que llevaba más de diez años clavada.

—Es probable que le importe tan poco ahora como antes, pero cuando usted se fue lo dejé todo: el proyecto, el conservatorio, el piano... Cuando el cáncer se llevó a mi madre ese mismo verano y comprendí que me sería imposible encontrarla, me aislé por completo del mundo en una habitación de casa de mi padre durante cinco años, obligándome a seguir viviendo cuando lo que quería era morir. Apenas me

alimentaba y mi único consuelo, además de llorar con la inútil esperanza de recibir alguna noticia suya, eran las historias similares a la mía que encontraba en los libros de mi padre: me lo leí todo, desde los clásicos italianos hasta las mitologías más variadas, que siempre han buscado dar forma a los dilemas humanos más profundos. Pero nada encontré ni en la literatura ni en mis más oscuros sueños que me pudiese explicar qué sucedió realmente aquella tarde. Llegué a pensar que estaba loco y que todo había sido una fantasía.

—Entiendo cómo te debías de sentir, pero hiciste mal en abandonarte hasta ese punto. Hiciste muy mal. Te habría bastado con asirte a la música, perseverar y seguir por el camino en el que lo habíamos dejado para superar la situación. Al no hacerlo tiraste por tierra todo nuestro esfuerzo. —Me pareció apreciar en su forma de hablar un matiz de burla, una ironía hiriente soterrada de forma intencional, pero lo atribuí a una paranoia propia.

—Yo la amaba. O puede que solo estuviese obsesionado, pero el resultado era el mismo. Su imagen, su presencia, se convirtió en lo único capaz de acercarme al piano, y cuando desapareció, perdí por completo la ilusión, hasta el extremo de que cualquier cosa relacionada mínimamente con la música me provocaba arcadas.

—Siempre me pareciste débil, Kaoru, pero te hacía más inteligente. ¿Después de todos estos años, todavía no has comprendido que ese era el auténtico objetivo de nuestra última clase, de todo nuestro trabajo?

—¿Última clase? No sé si la he entendido bien, pero ¿me está diciendo que lo que pasó esa noche era parte de las lecciones? ¿Que me sedujo premeditadamente?

—¡Así es, Kaoru, al fin lo has entendido! No había ningún motivo para que no compusieras en casa, en la cafetería o donde quisieras. Mi supervisión era absurda, así como el método empleado, pero me cuesta creer que tú, con toda la intuición artística que posees, no te dieras cuenta de ello. Puede resultarte repulsivo lo que hice, pero créeme: actué pensando que aquello era lo que más te convenía en ese momento. ¿Es que ya no recuerdas lo mucho que te costaba hallar la inspiración? Yo te di lo que necesitabas, porque mientras te enamorabas de mí y, después, cuando viste que ya no estaba, ¿acaso no experimentaste las sensaciones más intensas de tu vida? Kaoru, solo el odio es más poderoso y duradero que el amor y el arte, el que es auténtico, no solo está repleto de esos dos sentimientos, sino que no puede fundamentarse en otra cosa. Me has dicho que lo encontraste en la literatura, pero también lo hallarás en la pintura y por supuesto en la música, así como en todo lo que merezca la pena. Sigo pensando que la culpa fue solo tuya; fuiste demasiado frágil al permitir que el dolor se apoderara de ti hasta ese extremo, te autocompadeciste, te regodeaste en tu sufrimiento cuando lo único que tenías que hacer era aprovecharlo para fortalecerte y construir sobre él tu más sublime composición.

—Está usted loca. No quiero seguir ni un segundo más en esta habitación. Pero antes, dígame, ¿qué está haciendo aquí? —Me había levantado con la clara intención de hacer desaparecer definitivamente a esa mujer de mi vida.

—Puede que no te lo creas, pero yo ya te había visto tocar antes de conocernos.

—¿Que me vio tocar? ¿Dónde? ¿En el escaparate de la tienda de antigüedades?

—Correcto. Solía ir a ese centro comercial, pero nunca me había fijado en aquella tienda hasta que un día me llamó la atención el gran número de personas que se habían reunido allí. ¿No recuerdas cuánta expectación provocabas? No, es posible que no; estabas demasiado absorto, demasiado embelesado contigo mismo. Jamás despegabas la mirada del piano... Pero te aseguro que eras un reclamo inigualable para aquella tienducha de mala muerte. En cuanto estuve lo suficientemente cerca como para escuchar, aún no te había visto, sin embargo, me sentí cautivada. Nunca antes había oído algo como aquello y pensé que debía de proceder de otro mundo. Supe enseguida que quien así tocaba tenía que ser alguien muy especial e imaginé que se trataría de una persona altamente experimentada, de un venerable maestro de la música. Te reirás, pero tenía la certeza de que me encontraría con un hombre a la imagen y semejanza de Beethoven, alguien relativamente mayor, con los cabellos blancos, largos y revueltos, con la mirada de quien sabe ver cómo son las cosas en realidad, de quien puede adentrarse en todos esos otros universos vetados para el resto de los mortales. A un hombre a quien le es posible tratar de tú a tú a Dios y de conversar con él usando como único lenguaje la música.

»Yo tenía entonces unos veintitrés años y, al igual que te ocurrió a ti, una vez que conseguí erradicar de tu cabeza todas aquellas ridículas ideas románticas que la vieja loca te había metido en la cabeza, me sentía perdida y sin saber qué podía hacer para seguir progresando. Tampoco a mí me era posible hallar esa emoción lo bastante intensa como para componer algo bueno de verdad. Por eso, al escuchar aquel sonido procedente de una tienda en mitad de un centro comercial, me deslumbró un rayo de esperanza, creí encontrar a la persona que pudiese guiarme, que supiese decirme qué era lo que me faltaba, en qué me estaba equivocando. Pero tras abrirme paso y ver que quien tocaba así era solo un niño que apenas conseguía llegar a los pedales de un piano inacabado me invadió la negra certeza de que el destino quería castigarme por mi soberbia ansia de perfección. Primero sentí rabia, después envidia, pero cuanto más te miraba y, sobre todo, cuanto más te escuchaba, más se embriagaba mi alma con los sonidos que tus pequeñas manos sacaban de ese instrumento estrafalariamente maravilloso con asquerosa facilidad. Tu cuerpo estaba poseído por una fuerza inquietante que te desvinculaba del mundo, parecías estar fusionado con ese piano y con el sonido que de él o de ti, aún no sé de cuál de los dos, emergía. Mientras tocabas, nada más te importaba. Ignorabas a toda aquella gente que te observaba como quien observa un milagro en una pecera y me ignorabas a mí, que, a pesar de haber comenzado a odiarte con toda la intensidad que me era posible, no podía dejar de sentirme tan arrobada como todos aquellos imbéciles.

»Sí, no pongas esa cara. Te odié. Te odié porque desde el primer momento supe que era aquello lo que yo necesitaba, porque si bien me sobraba técnica, me faltaba lo que tú tenías a manos llenas. Aquel don merecía ser mío, yo era quien debía ser capaz

de tocar así. Yo que tanto había trabajado, yo que había sacrificado toda mi vida tratando de entender los misterios de la composición y no un mocoso impertinente que no sabía lo que quería.

»Deja de mirarme así. Debes sentirte halagado por despertar en alguien tal sentimiento, porque, como ya te he dicho, el odio es una pasión millones de veces más pura que el amor, porque quien consigue odiar desde su más lóbrego y recóndito fondo tendrá a su alcance la pasión más intensa y duradera de todas las que existen y con ella la herramienta primordial del arte. ¿El amor, dices? ¡El amor es caduco! Es un espinoso blanco que luce sus hojas en primavera, pero que las pierde en invierno. Es una llama voluble que se enciende y que se apaga con un pequeño soplo de aire. ¡Ah, pero el odio no! El odio es perenne, es un ciprés poderoso cuyas hojas perduran durante todo el año y la llama que lo quema no se apaga jamás, pues nace de la fragua de un volcán que arde eternamente, aunque parezca sofocado.

Ambos permanecemos callados un tiempo que me pareció demasiado largo; ella deleitándose ante el retrato de la incredulidad pintado en mi rostro, y yo tratando de digerir todo lo que acababa de escuchar, sopesando si salir corriendo cuando aún me era posible.

—No te puedes ir. Todavía no. Querías respuestas y las tendrás. Desde ese día, siempre que podía me acercaba hasta el escaparate para oírte tocar, para alimentarme de ese odio, dejando que creciese con cada una de tus interpretaciones y gracias al cual pude hallar un vigor y una inspiración que había dado por imposibles.

Podía notar que todo aquel discurso había sido pronunciado con un sincero y ardoroso apasionamiento; sin embargo, y como era habitual en ella, tanto su voz como su expresividad permanecían impertérritas. Empezaba a sentir miedo.

—Ha dicho usted algo sobre una vieja loca... ¿Se refiere acaso a la señora Kobayashi?

—Claro, ¿o creías que la idea de que ingresaras en el conservatorio fue suya? Fui yo quien la convencí de que necesitabas un cambio de aires, un perfeccionamiento que no ibas a ser capaz de adquirir por más horas que continuaras con ella frente a su piano. Para seguir siendo franca, con ello no buscaba tu beneficio, sino que esperaba poder conseguir dos cosas: que aquella mujer accediera a venderme el piano y, además, tenerte cerca para seguir alimentando mi inquina creadora y destruir tu talento. Pero Kobayashi era muy testaruda y por más dinero que le ofrecí, nunca quiso desprenderse del instrumento. En cambio, sí que pude convertirte en mi alumno y devolverte el golpe pagándote con la misma moneda: pura justicia poética, ¿no te parece? Te hice lo mismo que tú me habías hecho sin siquiera conocerme: te enseñé a sentir algo genuino, un amor destinado a convertirse en su reverso. Lástima que no supieras cómo aprovecharlo y que te rindieses tan pronto, aunque, como te he dicho, no me sorprendió que ocurriese, pues desde la primera vez que te vi supe que eras un ser maleable, sin coraje ni voluntad.

Ikeda se mostraba ante mí como los fetos malformados de los tarros de algunos

museos de mal gusto: con crudeza, sin pudor, al detalle desde todos los ángulos. Sabía que existían seres así, pero nunca imaginé que llegaría a cruzarme con alguno de ellos y mucho menos que llegaría a enamorarme de uno que había sido capaz de disfrazarse tan perfectamente. Ahora sí deseaba salir de aquel infierno, pero debía reconocer que ella tenía razón, me faltaba disipar aún ciertas dudas, algo que no iba a poder hacer si huía. Sabiendo o adivinando lo que estaba pensando, se adelantó a mis preguntas.

—Supongo que a quien esperabas encontrar aquí es a Sonoko o cuando menos alguna pista que te llevase hasta ella, ¿no es verdad? Es una mocosa escurridiza y a mí me ha costado horrores encontrarla. —Sospechaba que tenía que existir alguna relación entre las dos, pero ello no evitó que, al escuchar ese nombre en aquellos labios, un gélido mal presentimiento atravesara mi corazón como una aguja—. Es mejor que te sientes, Kaoru.

Yo seguía de pie, a dos pasos de la puerta. El inesperado encuentro me había hecho olvidar el sitio en el que me encontraba; aquella era la casa de Sonoko, el lugar donde había vivido hasta hacía pocas horas. Miré a mi alrededor para embeberme de todo, para poder respirar la más ínfima partícula que hubiese estado antes dentro de ella, llenarme de su ser, de sus sentimientos, hacerme más partícipe de su vida, para comprobar y comprender qué era lo que sentía. Esperaba que la esencia de todos aquellos objetos que habían estado en contacto con ella —cojines, sus cedés, un libro abierto...— me ayudaran de algún modo a encontrar una pista, un mensaje velado que me dirigiera hacia una respuesta definitiva a lo que me estaba sucediendo. No me senté; no pensaba volver a complacer a esa persona nunca más. Permanecí impasible, mirando a mi interlocutora y empezando a atar ciertos cabos.

—Dígame una cosa, ¿tiene usted algo que ver con la luz roja?

—Sí, así es. Siento si te importuné con ello, pero no podía estar segura de si ibas a venir y tenía que llamarte la atención de alguna manera. Sabía que intentar otro tipo de acercamiento más convencional acabaría en un descomunal fracaso; no me habrías escuchado y no habría podido decirte lo que aún tengo para ti. Buena idea, ¿no te parece? Me refiero a lo de esa luz. Se me ocurrió tras volver a ver hace unos días la película de Imamura, *Doctor Akagi*. ¿La conoces? Es deliciosa, pero yo no tuve que recurrir como el buen doctor a probetas llenas de agua teñida, ni tampoco a aparatosas lámparas de cine. Solo tuve que comprarme uno de esos proyectores de diapositivas. El efecto es realmente bueno y ha resultado muy efectivo. ¿Sabes? La protagonista de esa película se llama Sonoko y también se le parece mucho. Claro que las similitudes se quedan en el aspecto físico, porque nuestra Sonoko es todo menos fuerte y decidida. ¿A que es curioso?

»¿Vas a permanecer de pie? Como quieras. No tendría por qué contarte esto, pero necesito saber algo y espero hacer un trato contigo.

Cuando dijo estas palabras mi mirada no debió de gustarle demasiado, porque por primera vez pareció sentirse molesta. Para disimular su azoramiento rebuscó entre los

cojines del sofá el mando a distancia del aire acondicionado y lo pasó al modo «ECO».

—Sonoko es mi hijastra. Sorprendido, ¿verdad? Deberías verte la cara. Ella y yo nunca nos hemos llevado bien; jamás me aceptó ni como madre ni como compañera de su padre y huelga decir que yo tampoco la quería. Durante mucho tiempo su mayor aspiración fue separarme de él inventándose todo tipo de artimañas y mentiras con tal de ponerlo en mi contra —cosa que conseguía la mayoría de las veces, porque, todo hay que decirlo, es una niña inteligente y consentida que sabe manipular al idiota de su padre.

»Sé lo que estás pensando: si tanto la desprecias, ¿por qué la buscabas? Pues por la sencilla razón de que esperaba que ella me condujese a ti, pero pronto descubrí que tampoco lograba dar contigo. Daba palos de ciego por los mismos lugares por los que a mí ya se me había ocurrido buscarte: el conservatorio, la casa de tu madre, los alrededores de tu barrio... En ocasiones se montaba en algún tren y visitaba ciudades, aparentemente al azar, realizando interminables rutas por escuelas y academias de música. Estaba aún más desesperada que yo. Las pocas esperanzas que me quedaban puestas en ella fueron definitivamente destruidas cuando al poco tiempo se le manifestó esa rara dolencia que teóricamente la debía haber recluido en casa, impidiéndole continuar con sus desesperadas tentativas.

»Desde entonces perdí la esperanza de dar contigo hasta que, un día, años más tarde, se produjo uno de esos inexplicables golpes de suerte con los que a veces el destino nos obsequia, y te vi mientras pasaba frente a un Modern Shoes. No salía de mi asombro. Aquel prodigio de la música, aquel talento de inagotable inspiración seguía expuesto en otro escaparate, pero había sustituido el maravilloso piano de Kobayashi por un pie artrítico en el que estaba calzando un zapato de tacón. Esperaba que sucumbieras, que tu espíritu se quebrantara y acabaras tocando para ancianos seniles en algún hotel o una nave de cruceros, pero nunca imaginé que pudieras llegar hasta ese lamentable extremo. Estaba entusiasmada. Al verte arrodillado ante una vieja gorda, te creí muy capaz de haberte deshecho de lo que obviamente ya no necesitabas, pero también, si no había sido así, tendría mayores posibilidades de llegar a ofrecerte un precio que te conviniera. Además, estaba segura de que, si la negociación fallaba, siempre podría volver a seducirte, pero cuando me disponía a entrar y vi a Sonoko allí, pensé, ahora veo que precipitadamente, que habría de cambiar de estrategia, pues creí que te habría envenenado la mente, hablándote de lo terriblemente mala que yo era y hasta dónde era capaz de llegar para conseguir mis objetivos. Ahora comprendo que no te dije nada y no entiendo por qué.

—No consigo entender nada de lo que me dice.

Estaba sinceramente desconcertado, me temblaban las piernas y, a pesar de que en esa habitación hacía fresco, volvía a sentir que me costaba respirar y notaba cómo aumentaba la temperatura de mi cuerpo. Antes de volver a sentarme, me sobresalté al descubrir escondido en la penumbra de una habitación a alguien que me miraba

fijamente con una expresión aterradora. Me costó un rato darme cuenta de que se trataba de mi propia cara reflejada en lo que debía de ser un espejo.

—Lo comprendo. Ten, toma un poco de té, te sentará bien.

Puesto que temblaba de pies a cabeza, tuve que asir la taza ayudándome con ambas manos. Cuando mis labios comenzaban a humedecerse con el caliente vaho esmeralda, me detuve mirando a mi interlocutora fijamente.

—¿No pensarás que soy tan necia como para querer matarte? No soy una asesina, Kaoru, y por supuesto que no he estado buscándote durante todos estos años para hacer eso. En realidad, la situación no es tan difícil como parece. Yo te he buscado porque quiero algo que, si ya no tienes, estoy segura de que sabes dónde lo puedo encontrar. Sé que no me vas a decir de buen grado nada acerca del piano, menos ahora que sabes todo lo que te hice, pero dispongo de algo con lo que negociar y creo que vas a aceptar en cuanto te lo ofrezca.

—Está en lo cierto; no tengo ninguna intención de decirle nada. Si, como dice, Sonoko está tan enferma, ¿por qué iba a casarse? No tiene sentido, como tampoco tiene sentido el que me estuviera buscando sin conocerme.

—¿Casarse? ¿Sonoko? ¿Qué clase de majadería es esa? Pero si apenas puede tenerse en pie. Lo que me parece increíble es que haya conseguido mantenerse con vida durante todo este tiempo. Créeme si te digo que está enferma y que sin duda se muere. ¿Cuánto le puede quedar? Semanas, meses...

Aquello ya era demasiado. Perdí por completo la sensibilidad de mis extremidades. Mis manos, carentes de fuerza, dejaron caer la taza y mis pies fueron absorbidos por la moqueta como el líquido derramado. Me sentía muy cerca de un nuevo ataque de pánico.

—¿Tampoco te habló de eso? Me sorprende que no usara la verdad como baza, que no se aprovechara de su enfermedad para atraerte hacia ella, aunque solo fuera por compasión. Sea como sea, si deseas verla tienes que darte prisa porque la última vez que estuve con ella la encontré totalmente demudada, horriblemente pálida y debía de tener mucha fiebre, porque lo poco que decía carecía de sentido. Salió huyendo como siempre y, aunque sé exactamente dónde iba, no sé si conseguiría llegar en el estado en el que se encontraba.

—¡Lo que está diciendo no tiene ni pies ni cabeza! Es verdad que en los últimos días parecía estar algo cansada, tal vez resfriada, pero eso es todo. Ella es joven, está llena de vida y a lo largo de estos años no recuerdo que faltara un solo día al trabajo. O se equivoca, o está tratando de manipularme otra vez.

—Sin embargo, es cierto. Tienes que creerme, su mal es así, ataca cuando menos se espera. Los médicos no saben lo que tiene. Solo saben que su sistema inmunológico no funciona correctamente; que un simple resfriado, una gripe, un catarro puede matarla. Supongo que ella puede notar la llegada de una crisis, debió de sentir que le fallaban las fuerzas, que se moría. No lo sé, ni me importa. El caso es que se fue y que yo sé dónde está ahora. —Me miró sin dejar de sonreír—. También

te equivocas si crees que ella no te conocía. Te conocía muy bien. Como te he dicho antes. Yo regresaba siempre que podía a aquella tienda de antigüedades para oírte tocar y Sonoko también. De hecho, la primera vez que te vi, íbamos juntas. Otras veces se escondía detrás de una columna sin dejar de mirarte con cara de boba, pensando que yo no sabía que estaba allí. Poco después, en cuanto se enteró de que tú irías al conservatorio, se empeñó en que su papá la inscribiera a ella también, algo que consiguió solo por ser quien era, porque para la música era una completa nulidad y en las pruebas de acceso ni se acercó a las notas de corte. Pero eso a ella le daba igual; lo único que le importaba era estar cerca de ti a pesar de que tú no le hacías el menor caso. La muy boba se conformaba con las migajas, con saber que compartía contigo aulas, instrumentos, compañeros y con imaginarse que de vez en cuando la observabas y que podrías llegar a dirigirle alguna vez la palabra. Su actitud era patéticamente rastrera y, aunque me tenía sin cuidado que hiciese el ridículo, pues a pesar de llevar el mismo apellido las dos preferíamos que nadie nos relacionara, traté de corregirla en muchas ocasiones, pero esa niña siempre ha sido tozuda como una mula. En eso se parece a su padre.

»No me preguntes, no sé lo que ella deseaba de ti después de encontrarte, pero conociéndola como la conozco supongo que seguiría contentándose con estar cerca de ti, manteniendo la fútil ilusión de que llegases a sentir algo por ella antes de que le llegase la hora, lo que después de todo parece que sí ha conseguido. —El carmín de sus labios brilló cuando estos se tensaron en una amplia sonrisa.

—Es despreciable, pero ¿sabe qué? Ya no siento por usted ninguna de esas emociones que tan importantes y vitales le parecían. No siento odio ni por supuesto amor, no siento ni siquiera lástima o indiferencia. —Evidentemente aquello no era cierto. Era poco más que una frase hecha y tanto ella como yo lo sabíamos, por lo que su sonrisa se expandió todavía más—. Así que antes de dejarla ahí sentada quiero que me diga exactamente qué es lo que quiere de mí, cuál es ese trato que desea ofrecerme. Hágalo pronto, porque no pienso estar ni un segundo más de lo necesario a su lado.

—¿Todavía no lo has adivinado? Escucha atentamente, es muy sencillo. Dame tu piano, si no lo tienes dime dónde encontrarlo y yo a cambio te diré dónde puedes encontrar a tu Sonoko, para que al menos puedas despedirte de ella. ¿Has comprendido?

XII

Cuando salí del apartamento y escuché el leve sonido que producía la puerta al cerrarse tras de mí, creí sentirme como Dante volviendo de los infiernos, porque al igual que el protagonista de la *Divina comedia*, me había visto empujado por una fuerza desconocida a seguir aquello que el destino me tenía designado, no dejándome otra opción que abandonar esa otra vida que había estado llevando hasta hacía unos días. Bajaba las escaleras a grandes saltos, huyendo, queriendo salir cuanto antes del alcance de esa mujer, pero también sintiéndome liberado de un peso que había llevado a cuestas durante demasiados años. Expectante, porque cuando miraba hacia delante me era imposible reconocer nada que no fuera incertidumbre y quería anticipar el futuro, avanzar los días en cuestión de horas y que las horas se convirtieran en minutos. No sabía si, tal y como decía Ikeda, Sonoko se moría, pero algo me hacía intuir que era cierto, que cada una de sus palabras se correspondía con un hecho. En el peor de los casos, yo realizaría un largo e inútil viaje a Tokio y ella se haría con el piano de Kobayashi.

Una vez en casa fue cuando tomé conciencia de la verdadera magnitud de lo que acababa de escuchar. Analicé cada una de las revelaciones hechas con tanta indiferencia por la persona a la que había admirado y deseado sin medida, aquella cuya repentina desaparición me llevó al aislamiento voluntario, durante cinco largos años, de todo cuanto amaba y me importaba. Intenté descubrir algún sentido humano en sus acciones enfermizas, comprender la fuerza y la naturaleza de las razones que la llevaron a odiarme de ese modo, a destruirme, a diezmarme hasta hacerme casi desaparecer. Reconocía su taimada manipulación y un electrizante escalofrío subía por mi espalda al asociar todos los recuerdos que de ella guardaba, la mentira más pura y abyecta: sus clases, sus consejos y aquella inolvidable tarde de tormenta cuando sus miradas, sus caricias y aquella fabricada pasión acabaron definitivamente conmigo. Seguía tratando de mantenerme escéptico sobre todo lo que me había descubierto. Me costaba digerir su confesión y me costaba creer que Sonoko, al parecer enferma de muerte, no me hubiera dicho nada de todo ello después de habernos visto casi a diario, incluso de ser vecinos. Aunque todo fuera una cruel mentira, lo único que podía hacer era seguir las indicaciones que me había dado Ikeda y descubrir por mí mismo qué era lo que había en Sonoko que la hacía tan indispensable en mi vida.

Ante el espejo volví a encontrarme con el mismo desconocido al que había sorprendido observándome con atención en el apartamento de Sonoko, oculto tras una puerta semiabierta, pero su expresión había mudado. Ya no existía en su mirada

la marca de la incompreensión, sino la de la familiaridad. Afloraba a sus ojos el sentimiento de afinidad con el que miraríamos a uno de esos amigos con los que apenas tratamos, pero con quien nos sigue uniendo la misma confianza de siempre, sin reproches, sin rencores y sin miedo a comportarnos con total naturalidad, sintiéndonos mutuamente aliviados por poder dejar a un lado cualquier máscara que pudiera alterar la observación transparente de nuestros rostros, sin necesidad de usar las palabras para entender los sufrimientos que nos apremian. Antes de separarse las miradas, me quedé realizando una rápida revisión de los notables cambios que había sufrido. Me centré en la parte inferior, en la zona baja de la barbilla, donde distinguía una franja contusionada que subía a través del labio hasta encumbrarse en la nariz. La inflamación había producido unas manchas de contornos difusos y curiosas coloraciones que iban del rosa al morado y del amarillo al verde. Nuestras pupilas enteladas por el cansancio volvieron a tropezarse para, aferradas en una resignada complicidad, trascender hacia una sincrónica sonrisa que dejaba al descubierto una fea mella en el lado izquierdo de la boca de mi amigo.

Bajo la ducha, el agua caliente hizo que pudiera ver las cosas tal cual eran, concienciándome de manera definitiva de que la posibilidad de seguir con mi antigua vida no existía. No bastaría con dejar el apartamento; debía abandonar la ciudad y puede que incluso el país. ¿Quién podía saberlo? Tal vez decidiera marcharme a Italia para intentar hallar el rastro de la señora Kobayashi; de seguir viva, esa mujer debía de sobrepasar con mucho los setenta años, pero aun así merecería la pena intentarlo. La idea de dejar Japón y conocer de primera mano todos esos lugares de los que tanto me había hablado me producía una sedante excitación, pero solo se trataba de una posibilidad que debía apartar a un lado para concentrarme en el ahora. De momento me bastaba con la certeza de que el cambio se había producido, que pensaba y vivía de manera distinta, de una forma tal que me hacía creer que iba a ser capaz de enfrentarme a todo cuanto a partir de entonces me ocurriera con una entereza y una resignación que había dado por imposible en mí. Descubría maravillado que había dejado de inquietarme desconocer cuál sería el próximo tren que me tocara tomar, no saber su itinerario o quién sería la persona que se sentaría a mi lado. Por fin entendía que lo que siempre había deseado era poder habituar mi cuerpo y mi existencia a la comodidad que se oculta tras cada improvisación, en el goce de no tener que pensar en las consecuencias, en el placer de no oponernos a lo que sentimos. ¿No era eso lo que me decía siempre la señora Kobayashi?

Recorrería los cerca de quinientos kilómetros que me separaban de la capital del este a una velocidad media de trescientos kilómetros por hora a bordo del Shinkansen. En poco más de tres horas estaría en Tokio, donde esperaba poder volver a reencontrarme con Sonoko. No precisaría de un billete de vuelta. Ignoraba lo que sucedería y, siguiendo mis nuevas premisas, me disponía a empezar a improvisar, lo que suponía no hacer ningún preparativo ni llevarme nada conmigo; a fin de cuentas, las cosas que pudiera necesitar las compraría allí. Pero... ¿y el teléfono móvil?

¿Cómo se me había podido haber pasado por alto? Debía de estar tan abstraído por el giro de los acontecimientos que la solución más fácil, la que podía ahorrarme tiempo y problemas se había ido desplazando arrollada por el insospechado encuentro con Ikeda. Traté de recordar dónde estaba el dichoso aparato y después de registrar los dos cajones del recibidor, los cinco de la mesita de noche y poner patas arriba el armario, me vino a la cabeza el débil recuerdo de ver cómo lo introducía en el fondo del armarito del cuarto de la lavadora y que era donde solía dejar todas aquellas cosas que nunca sabía dónde poner para que no estorbaran: prolongadores, ladrones, cables de antena, transformadores, pilas, herramientas, bombillas... ¡Ahí estaba!, entre un rollo de cinta americana, una caja de pastillas antimosquitos y unas bolsas de aspiradora, parcialmente precintado, guardado aún en su caja original y, como me temía, con la batería a cero. No tuve más remedio que enchufarlo y esperar a que los iones de litio se pusieran nuevamente en funcionamiento.

Mientras esperaba a que el aparato se cargara, saqué de mi cartera las tarjetas de Maki y de Sonoko. Me llamaba la atención ver su nombre junto al apellido con el que siempre la había conocido: Yotsuya, Sonoko Yotsuya. De ser cierto lo que me había contado Ikeda, antes de entrar a trabajar en Modern Shoes debió de haber tomado el apellido de soltera de su madre para evitar cualquier comentario mío sobre la coincidencia con mi profesora... Por fin cargado. Tras una pantalla blanca con el logotipo de Softbank, apareció el aviso de que tenía cinco llamadas perdidas. El corazón me comenzó a saltar. Constaté con ayuda de las tarjetas que las tres más recientes provenían, como ya esperaba, del teléfono de Maki. La fecha y la hora no estaban ajustadas, pero debían de ser las que me hiciera por la mañana. El corazón pasó a una segunda velocidad cuando comprobé, hasta tres veces, que los números de las otras dos llamadas coincidían con los de la tarjeta de Sonoko. La diferencia con respecto a las que me hiciera Maki era de dos días, es decir, que esas llamadas concordaban con la última vez que estuve con ella. Las podría haber realizado al mediodía, después de salir enferma del trabajo, pero seguramente las habría hecho mientras me esperaba inútilmente a la puerta del karaoke. Nervioso y con el corazón rebotando ya en el pecho como una pelota de goma, apreté el botón de rellamada. Mientras los tonos se sucedían, trataba de pensar qué era lo que iba a decir si fuera su voz la que me contestara desde el otro lado, pero no tuve tiempo para pensar demasiado y un mensaje automático cayó como una guillotina sobre mis cavilaciones indicándome que el número estaba fuera de servicio. Al igual que me ocurriera antes de llamar al timbre de su casa, una parte de mí no pudo evitar sentirse aliviada al no tener que afrontar aquella conversación. «Es mejor así. Antes necesito urdir una estrategia y tener la mente despejada», me dije a mí mismo. Sabía que eran argumentos falaces con los que intentaba no tener que pensar en lo que suponía el que ella no contestase. Las prisas y las ganas de marcharme de esa casa se adueñaron de mí; decidí moverme con rapidez y salir por la puerta llevándome lo indispensable.

Antes de subir al tren, me detuve en una de las muchas tiendas de moda de la

estación central para hacerme con un atuendo nuevo, más acorde con mi nueva visión del mundo. Unos tejanos, una camiseta de color verde con tortuguitas grises y unas zapatillas deportivas de la marca Nike del mismo color, pero de una tonalidad eléctrica tan intensa que hacía daño a la vista. Ninguna de esas prendas habría podido nunca tener cabida en el tipo de vida que llevaba antes, pero entonces todo era distinto. Cuando estaba a punto de salir del probador, me metí la mano en el bolsillo nuevo y me paré en seco al echar en falta algo que me recordaba continuamente la realidad del cambio: mi diente roto, que recuperé del viejo pantalón. Ante la sorpresa del dependiente, salí del establecimiento con todo ello puesto, dejando —como hacen las serpientes— mi antigua piel de vendedor de zapatos en el suelo del cuartito. Nada más abandonar la tienda ya me sentía extraño caminando por la estación vestido de esa manera. Me costaba adaptarme a aquella versión de mi recién estrenado «yo» y, aunque seguramente la gente con la que me cruzaba solo veía en mí a un muchacho normal algo magullado, tal vez uno de tantos jóvenes que no tiene claro todavía lo que debe hacer con su vida, que continúa viviendo con sus padres y pasando las tardes en los salones recreativos apostando a las carreras de caballos virtuales o jugando al *pachinko* junto a una lata de cerveza y un paquete de cigarrillos, tenía la impresión de que, para algunos, mi transfiguración resultaba tan evidente como lo era para mí.

XIII

Siempre me gustó viajar en los trenes, ir sentado sin hacer nada más que observar a través de la ventanilla cómo se van sucediendo los distintos paisajes en los que nunca he estado, pero a los que me resultaba sencillo transportarme con el pensamiento, y construir a su alrededor cualquiera de esas otras vidas que no iba a poder tener nunca. Cuando de pequeño regresaba junto a mi madre del centro comercial, mientras ella hablaba y hablaba sobre la gran oportunidad que había desperdiciado al no comprar un secador rebajado o de lo contenta que estaba por haber conseguido un *pack* de atún fresco a un precio irrisorio, yo me dedicaba a levantar todas aquellas deliciosas fantasías con mi imaginación, que, mucho más rápida que el tren, hacía y deshacía realidades en torno a la orilla de un río, en lo alto de un monte lejano o en las pistas de golf de uno de los muchos complejos deportivos donde me veía a mí mismo con veintitantos años practicando el *drive* después de salir de mi trabajo como diseñador de robots, buscador de tesoros hundidos o astronauta. Cuando poco tiempo después conocí a la señora Kobayashi, todas aquellas artimañas ilusorias con las que conseguía evadirme de la realidad dejaron de ser necesarias, pues mi mente se deleitaba tratando de vislumbrar cómo sería el próximo encuentro con el piano y por qué inesperados caminos discurrirían nuestras conversaciones de después de clase. Intentaba entonces, en el tren bala, recuperar parte de aquella capacidad para reinventar mi vida por medio del paisaje, ilusionarme con lo que quiera que fuese lo que me estaba aguardando en cualquier lugar ignoto, pero ya no me resultaba posible. Lo más fácil habría sido echarle la culpa a la tremenda velocidad del medio, que hacía que el paisaje fuese una mancha emborronada, pero era consciente de que había perdido del todo aquella mágica capacidad, del mismo modo que había dejado de escuchar lo que el piano tenía que decirme. Aunque me consolé un poco acusando de ello a Ikeda, también sabía que ese era el precio que todos debíamos pagar cuando dejamos que esas preciosas ensoñaciones desaparezcan soterradas bajo las responsabilidades, los complejos y prejuicios que conlleva el hacernos mayores. Sea como fuere, a medida que el tren devoraba más y más kilómetros, yo era capaz no ya de imaginar, sino de sentir que el futuro, o acaso el destino, iba consolidándose sobre mi cabeza, dispuesto a precipitarse como lo haría un ave rapaz sobre un ratón, y lo más curioso era que, lejos de sentirme amenazado, me encontraba extraña y felizmente libre.

Bajé en la estación de Ginza de la misma manera que me había subido al tren, perdido y sin saber muy bien hacia dónde me dirigía. Me había quedado dormido en la parte final del trayecto y además de estar desorientado seguía adormilado. Apenas

disponía de tiempo para leer las indicaciones escritas en los diferentes carteles de color azul que anunciaban las salidas a las que podía optar, porque sin darme cuenta me vi rodeado por una tromba de personas que, moviéndose en una misma dirección, consiguieron arrastrarme como las aguas rápidas de un río para dirigir mis pasos a través de inciertos e interminables túneles subterráneos apenas iluminados por la apática luz de los fluorescentes. Al principio ofrecí resistencia a la fagocitación, pero no tardé en comprender lo inútil de mi intento, pues cualquier punto de la monstruosa urbe me sería igualmente desconocido, así que dejé de preocuparme para descubrir el placer de abandonarme a las decisiones de la masa. Juntos subimos y bajamos escaleras, doblamos esquinas y atravesamos corredores para desembocar en gigantescas galerías hasta que al cabo de diez minutos enfilamos unas empinadas escaleras mecánicas por las que pude sentir, junto a una molesta corriente de aire, que me enfriaba el sudor, la luz del sol.

Cuando por fin conseguí salir al exterior, mi comitiva se expandió en todas direcciones disolviéndose como un pegote de miel en un café, dejándome abandonado a mi suerte. Eran poco más de las cinco de la tarde y quedaba todavía un buen rato de sol, pero las incontables luces de los anuncios que colgaban de las fachadas de los rascacielos y de los escaparates ya estaban encendidas. En el aire se respiraba una mezcla extraña pero muy agradable de olores que, unidos a las distintas melodías que usan los comercios como reclamo, me transportaron a la época en la que visitaba con mi padre las festividades veraniegas del barrio de Gion, de donde siempre salía enamorado de alguna *geisha* o *maiko* —entonces no las reconocía— con la que fugazmente me cruzaba. El calor y el grado de humedad de la capital me parecían mucho más llevaderos que los de Kioto, así que, al atravesar uno de los puentes que cruzan el río Sumida, me sentí gratificado por una fresca brisa que se elevaba hacia las nubes vespertinas que comenzaban a teñir de rojo la parte occidental del cielo de Tokio. Pregunté a varias personas sobre cómo llegar a los jardines Hamarikyū; todos coincidieron en que siguiera caminando por donde iba, que no tardaría ni media hora en llegar. Me reconfortaba saber que estaba tan cerca y que podía continuar a pie por el corazón de esa gran ciudad que tan desconocida y familiar me resultaba al mismo tiempo. Aceleré mis pasos deseando poder acabar cuanto antes con una incertidumbre que cada vez me oprimía con mayor fiereza. Esa certeza me producía un hormigueo en el estómago que, si bien era muy incómodo, sabía que no era más que uno de los muchos síntomas que durante toda esa semana había experimentado y que precedía a la aparición de sensaciones como el miedo, la angustia o la excitación; la última vez había sido esa misma mañana, cuando estuve con Ikeda. A pesar de que había momentos en los que creí haber superado todo lo que me había contado, evidentemente no era así, porque mi cabeza aprovechaba la menor excusa para repasar con pulcritud los detalles del encuentro. Si todo lo que había dicho acerca de Sonoko era cierto, si nuestros destinos habían estado siguiéndose hasta ahora el uno al otro como dos carpas en un estanque, era posible que existiera

entre ambos uno de aquellos inquebrantables vínculos del destino de mi fábula infantil, que, al ser tensado excesivamente, pudiera perfectamente haber causado tal desbarajuste en mi vida. Claro que, si era verdad que Sonoko se estaba muriendo, entonces nada tenía sentido, todo se reduciría a una broma pesada, a una paradójica concatenación de acontecimientos inanes, en los que la causalidad habría sido suplantada por la casualidad. A pesar de que me costaba creer que en definitiva solo se tratase de eso, debía comenzar a prepararme para que así pudiera llegar a ser.

El recorrido era fácil, todo estaba muy bien indicado y ya me era posible apreciar a poca distancia la extensa y vercosa franja que formaban los jardines. Curiosamente, según me aproximaba, iba desapareciendo la incómoda sensación que me había ido pisando los talones desde que saliera de la estación de tren para ser sustituida por la dulce placidez que se siente al regresar a casa después de un largo viaje o al final de una jornada difícil. Al principio no entendía el porqué de aquel cambio, hasta que me di cuenta de que me hallaba muy cerca de la lonja de Tsukiji. El aire rezumaba los aromas del pescado, la salmuera y el olor meloso del bonito seco, olores todos ellos que me acompañaban mientras esperaba a que el tercero de los semáforos que me separaban de mi antiguo trabajo pasara del rojo al verde y que anticipaban la aparición de la chica de la bici. Poco a poco la preocupación y la angustia fueron ensordecidas por los inefables tambores del hambre que, abriéndose paso entre el resto de mis sentidos, hacía sonar con cada vez mayor brío sus redobles de victoria. Salivaba como un perro al verme frente un grueso pedazo de atún rojo acompañado del empalagoso blancor del arroz hervido y la anaranjada chispa de la cerveza. Como balizas marinas, una veintena de llamativos farolillos marcaban las posiciones de otros tantos restaurantes y, sin pensármelo dos veces, atravesé la cortinilla del que tenía más cerca.

Me sentó bien poder descansar durante un rato, disfruté comiendo y bebí más de lo debido. Si mi situación hubiera sido otra, si hubiera estado en Tokio por otros motivos, me habría sentido tentado de recostarme bajo alguno de los sauces que crecen junto al cauce del río para cerrar los ojos y quedarme dormido escuchando el suave rumor de la brisa meciendo las ramas, compartiendo cobijo con sueños, fantasmas y espíritus. Pero mirando el constante ir y venir de la gente me contagié del optimismo de aquel ambiente festivo en esa agradable tarde de agosto y mi ánimo se sumó a la algarabía de las calles, imaginando un encuentro con Sonoko en el que nada sería trascendente o decisivo: aprovecharíamos que la noche no era demasiado calurosa y que la luna llena inundaba el cielo con su fulgor para perdernos por entre las muchas callejuelas, adentrarnos por algún estrecho corredor y vernos sorprendidos al desembocar en mitad de algún mercadillo estival. Picaríamos algo en un *yatay*, nos refrescaríamos con unos *kakigori* y, cogidos de la mano, contemplaríamos sobre el río unos fabulosos fuegos artificiales.

La voz de la camarera aplastó inmisericorde mi ensoñación al hacerme entrega de la cuenta. Sabía que estaba cerca, pero necesitaba informarme sobre el camino, o al menos confirmar la existencia del lugar indicado por Ikeda, así que recurrí a ella para pedir indicaciones. Contradiendo mis expectativas, no titubeé:

—Sí, claro que lo conozco, no tiene pérdida. La «casa torcida» está justo detrás del hotel Conrad Tokio, ese gran edificio con las ventanas cuadradas de ahí en frente. Entre un parque infantil y un pequeño templo, verá una bocacalle estrecha. Sígala y se tropezará con ella.

Retomé la marcha, pero al poco tiempo comenzó a llover con fuerza. Decidí no apretar el paso ni guarecerme, sino dejar, como hacía siempre, que el agua corriera libremente sobre mi cuerpo para deshacer las telarañas tejidas por el exceso de comida y bebida que enturbiaba mis sentidos. El efecto de la lluvia no se hizo esperar y actuando como un elixir pronto recuperé la claridad de mis pensamientos y con ello la noción de transcendencia del momento que estaba a punto de afrontar; y la inquietud, que volvió a adueñarse de mi ánimo. La gente que en ese momento caminaba a mi lado y que se vio sorprendida por el repentino chaparrón corría a refugiarse bajo los soportales de alguna de las casas, árboles o edificios cercanos, mientras yo llenaba mis pulmones con el apaciguador olor a tierra mojada, resina y pinos saboreando lo que podía ser mi último momento de calma.

Llegué al hotel antes de lo que había pensado, pero el edificio era mucho más grande de lo que parecía desde lejos y tardé en rodearlo. Frente a la puerta aguardaba una hilera de taxis en cuyo interior se distinguían las siluetas de los conductores. Cuando terminé de rodear la manzana, la lluvia caía con tanta intensidad que me impedía ver más allá de un par de metros. Atravesé una calle peatonal y, achinando los ojos, conseguí divisar el parque infantil junto al corredor que iba hacia la parte norte. Al final de él, debería estar la casa.

Aunque suponía que debía de tratarse de la vivienda familiar, Ikeda no había querido darme detalle alguno sobre ella, así que no sabía cuál era su aspecto. Lo único destacable de las señas que me dio fue el nombre con que era conocida y que, por la reacción de la camarera, efectivamente parecía ser suficiente para encontrarla. En el parque, tres madres con sus tres hijos y una joven con un pequeño y tembloroso bichón maltés entre sus brazos se amparaban, entre divertidas y atemorizadas, bajo el porche de un discreto altar sintoísta. Las risas de los niños, que jugaban a ver cuál de ellos era capaz de atrapar más gotas en la oquedad de sus manitas, eran amortiguadas por el ruido de la lluvia y se interrumpieron en cuanto me vieron rodear los columpios y el tobogán, sorprendidos de que no intentase protegerme del manto de agua. Con tal de no asustarlos si me aproximaba demasiado, preferí elevar mi voz para que me oyeran: «Buenas tardes. ¿Es por aquí la “casa torcida”?». Todos menos el perro asintieron sincronizados.

Tal y como me explicó la camarera, una vez en el interior del callejón no había manera de perderse, solo se podía ir hacia delante. A ambos lados había casas

adosadas; pequeñas, alargadas, de tonalidades grises con puertas enrejadas y macetas con pensamientos, geranios y figuritas *tanuki* en la entrada. Todas con su techumbre bajo la que poder aparcar los utilitarios y las bicicletas. Eran casas estándar, las típicas casas japonesas de clase media y ninguna me resultaba especial ni mucho menos «torcida». Continué caminando y al poco pude divisar, casi al final del pasadizo, una estructura que me llamó la atención porque en su silueta creí reconocer un estilo arquitectónico diferente, occidental. A medida que me acercaba podía distinguir con mayor claridad los detalles y, a pesar de que me costaba creer lo que estaba viendo, no había duda de que aquella construcción no solo guardaba un parecido asombroso con las coloridas y picudas casas de tejado a dos aguas que aparecen en todas las postales de Ámsterdam, sino que además se encontraba visiblemente ladeada. Hecho de ladrillo marrón, el edificio se distribuía en tres alturas claramente diferenciadas: el primer piso estaba ocupado por una puerta sólida, grande y blanca; el central por dos hermosas ventanas que prácticamente ocupaban la totalidad de la fachada, y el tercero, con el frente retrasado respecto a las otras dos, se parecía a una buhardilla con una gran puerta acristalada que daba a un pequeño y bien cuidado jardincito del que colgaban enredaderas, plantas y flores de todos los colores. No había muro o verja que hiciera de separación entre la calle y la casa y algo alejado de la edificación había un pequeño porche bajo el que estaba estacionado un Toyota Corolla de color gris metalizado.

Lejos de amainar, la tormenta era cada vez más intensa. Fuertes y rotundos truenos empezaban a escucharse próximos y amenazadores. Comenzaba a sentirme en peligro bajo ese temporal en el que el viento soplaba con fuerza y donde el cielo se había oscurecido tanto que parecía noche cerrada. Necesitaba un respiro, un lugar donde poder guarecerme y secarme un poco. Mi ropa no podía absorber más agua y el interior de mis nuevas deportivas estaba totalmente anegado; parecía que caminaba descalzo por los charcos.

Me dispuse a llamar teniendo presente la posibilidad de que nadie me abriera. Si alguien como yo llamase a mi casa en mitad de una tormenta como aquella, lo más probable sería que tampoco lo hiciera, pero a pesar de que sentía cada vez más dudas y unas inmensas ganas de dar media vuelta, decidí afrontar lo que ya me parecía inevitable. En cuanto subí el primero de los tres escalones, creí estar sufriendo otro ataque de pánico. Sentía como si me estuviera precipitando hacia el suelo, como si estuviera perdiendo el equilibrio, pero tras unos segundos de desconcierto llegué a la conclusión de que esta vez no era yo quien estaba perdiendo el control, sino que eran aquellos peldaños los que estaban inclinados. Me aferré a la barandilla tratando de pisar con mayor seguridad y fue entonces cuando en uno de los lados vi un pequeño cartel en el que, tallado sobre la madera, pude leer: «IKEDA^[3]».

Sin darme tiempo para pensar en lo que tenía que decir, la puerta se abrió ante mí.

—¿Qué quiere usted y qué hace merodeando mi propiedad? —La sorpresa fue tal que no reaccioné, me quedé petrificado en mitad de la escalera sin saber qué decir,

empequeñecido ante la amenazante mirada y la voz estentórea de un hombre gigantesco.

A pesar de ir vestido con un elegante y bonito *yukata* blanco de motivos florales azules, su aspecto era como el de un león a punto de saltar sobre una gacela. Debía de rondar los setenta años, pero, tanto por el tamaño de su cuerpo —muy cerca de los dos metros— como por el de sus manos, entendí que habría podido retorcerme el pescuezo sin ningún esfuerzo si así lo hubiera querido. Sus ojos, que no se apartaban de mí ni por un momento, chisporroteaban como ascuas tras los cristales de unas gafas redondas de concha negra. Su fino labio, agarrotado en una tensa mueca de advertencia, estaba acentuado por un bigotito bien acabado cuya tonalidad canosa desentonaba con una oscura y abundante mata de cabello peinado a raya.

—Soy Kaoru..., Kaoru Nakamura.

Consciente de que las palabras que dejé caer no fueron impulsadas con la fuerza necesaria para ser oídas, las volví a repetir haciendo uso de mi máximo fuelle, pero ni así el hombre terminó de conformarse con lo que había escuchado, pues, replegando los párpados como para enfocar mejor mi fisonomía, me preguntó:

—¿Cómo has dicho que te llamas?

—Nakamura, me llamo Kaoru Nakamura y he venido a ver a su hija Sonoko. — Me arriesgué al formular un parentesco familiar porque si por casualidad acertaba, el coloso tal vez decidiera mirarme de otro modo. La jugada pareció salirme bien y tras el convexo cristal de las gafas pude apreciar cómo su mirada dejaba de centellear.

—¿Nakamura, has dicho? ¿No serás tú el hijo de Kawashima, de Yoshiko Kawashima? —Oír el apellido de soltera de mi madre de la boca de aquel desconocido, y sobre todo, el hecho de que me conociera, me pareció tan irreal como todo lo que hasta ese día me había estado sucediendo. No daba crédito a lo que acababa de escuchar, así que solo pude afirmar con la cabeza—. Sé quién eres. Conocí a tu madre hace mucho tiempo y también sé que conoces a Sonoko, pero no puedes pasar, así que es mejor que te marches.

La puerta comenzaba a cerrarse y en un impulso irreflexivo me lancé para oponer toda la resistencia de la que era capaz usando mi cuerpo a modo de ariete.

—¿Se puede saber qué te propones? ¿Es que no me has oído? —En cualquier otra circunstancia me habría marchado sin dudar, pero ahora que sabía que ella estaba allí, que aquel hombre había conocido a mi madre, el propósito de ver a Sonoko se había exacerbado hasta tal punto que ni el mismísimo Zeus habría mellado mi determinación.

—¡Señor Ikeda, tengo que ver a su hija! ¡Necesito verla! —El padre de Sonoko había cedido algo y la puerta se había vuelto a abrir un poco, lo justo para poder volver a mirarme de arriba abajo, sorprendido por el empecinamiento que manifestaba, sopesando entre cerrarme la puerta en las narices o despedirme con un puñetazo.

—Dudo que ella quiera verte, pero puedes entrar; estás empapado. Te diré lo que

ahora pasará: te secarás un poco y si lo deseas podrás esperar a que pase la tormenta tomando un poco de té, pero escucha; si ella no quiere recibirte, te irás o yo mismo te sacaré a patadas. ¿Comprendes, joven?

XIV

Justo antes de atravesar el portal, llegué a pensar que iba a tener que andar torcido durante el tiempo que durase la visita, pero descubrí que aquello se limitaba únicamente a la parte exterior y que el efecto había sido buscado premeditadamente para dar la sensación de que toda la construcción estaba realmente ladeada. Después de dejar el calzado sobre una alfombrilla del recibidor y de colocarme un par de zapatillas por estrenar de las muchas que estaban disponibles en un zapatero de la entrada, atravesamos una segunda puerta que daba paso a un espacio extraño, muy luminoso y en el que abundaban los olores de medicamentos, desinfectantes y demás productos químicos característicos de los hospitales y que me hicieron revivir las angustiosas sensaciones que experimentaba cuando visitaba a mi madre en las etapas finales de su enfermedad. Pero lo que más atrajo mi atención fue el brutal contraste que podía apreciarse a simple vista entre la fachada de la casa y el lugar en el que ahora me encontraba. Mientras desde la calle todo tenía una apariencia románticamente acogedora, a medida que me adentraba en sus entrañas a través de un largo y fantástico pasillo de esquinas redondeadas me daba cuenta de hasta qué punto aquel sitio distaba de ser una vivienda al uso.

Conforme avanzábamos, los vapores medicinales iban siendo cada vez más intensos e irrespirables y la luminosidad, filtrada desde puntos imprecisos, redoblaba su aséptica brillantez al rebotar sobre los techos, suelos y paredes blancos e impolutos, obligándome a entrecerrar los párpados. Inquieto y lleno de curiosidad, me limitaba a seguir los pasos lentos de aquel hombre, mientras a ambos lados dejábamos salas estructuradas según los mismos principios estéticos ya vistos y en las que no pude llegar a distinguir ningún mueble; estanterías, mesas o sillas, como tampoco cuadros, jarrones u ornamento alguno. Aquellas grandes habitaciones parecían ser tan solo prismas blancos desprovistos del menor vestigio reconocible de un hogar. Me fijé en que el señor Ikeda, cuya cabeza casi llegaba a tocar al techo, caminaba encorvado, como si hubiese estado durante demasiado tiempo acarreado su inmenso cuerpo por ese mismo corredor, y que, tras cada uno de sus pasos, abandonaba los brazos a un incontrolable bamboleo inercial que le aportaba un aire simiesco. El movimiento pendular de sus poderosas extremidades sumado al arrastrar cadencioso de sus pies me llevó a un estado mental semihipnótico, del que salí cuando, tras detenerse repentinamente, a poco estuve de chocarme con él. Ante nosotros una puerta de cristal opaco se abrió de forma automática emitiendo un imperceptible zumbido. Por supuesto, no era la primera vez que me encontraba con una puerta eléctrica, pero siempre instaladas en oficinas. Miré al señor Ikeda

sorprendido, pero él, con el rostro completamente inexpresivo, se limitó a indicarme con un gesto enérgico de su formidable brazote que entrara.

—No basta con que te seques; estás demasiado sucio. No sé si Sonoko querrá o no verte, pero debes limpiarte a fondo por si es el caso. Dame tu ropa. La lavaré, la meteré en la secadora y estará lista en una hora. De momento aquí encontrarás todo lo que necesitas.

El señor Ikeda se mantenía estático delante de mí, esperando a que me desnudara. Yo nunca había sido especialmente pudoroso, pero en ese momento me sentí incómodo y hasta reticente. Sin embargo, la manera en la que aquel hombre me contemplaba y el tono que había empleado al darme aquellas instrucciones me hicieron entender que en ese lugar, en su reino, las cosas no eran negociables: era eso o largarme.

—Cuando termines, te diré si verás o no a Sonoko. En cualquier caso, la ducha no te sentará mal.

No pude darle la réplica. Había empezado a abrir la boca para preguntar qué tenía que ponerme después de asearme, cuando la puerta ya se había cerrado emitiendo un sonido de cierre hermético. Me encontraba en una habitación que únicamente se asemejaba a un cuarto de baño por el lavamanos y el grifo, ambos moldeados en acero inoxidable. Ni cajones, ni armarios, ni cepillos de dientes metidos en vasitos de plástico, ni una pastilla de jabón. Por no haber, no había ni un espejo. En aquel baño, como lo poco que había vislumbrado del resto de la casa, se había eliminado u omitido todo elemento que no fuese estrictamente necesario. Todo menos una silla victoriana de madera lacada en blanco, tapizada en turquesa y ribeteada con incrustaciones doradas que llamaba la atención como un conejo rosa en una gasolinera. El anacrónico mueble se encontraba junto a una de las paredes y me hizo sentir una curiosa afinidad, quizá porque, al igual que yo, estaba totalmente fuera de contexto o quizá porque era lo único congruente con el aspecto exterior de la casa.

Visto el funcionamiento de la puerta, no me sorprendió comprobar que todo lo que había en el interior de aquel cuarto funcionaba del mismo modo, es decir, mediante el uso de sensores de movimiento; la luz, el secador de manos y hasta el grifo del agua. Todo estaba pensado para no tener que pulsar ningún botón o manipular nada, lo que además de denotar un celo exacerbado en evitar contaminaciones bacterianas, venía a confirmar todo cuanto la profesora Ikeda me había dicho acerca de la enfermedad de Sonoko. Intuí que la ducha se encontraba tras una pequeña mampara de cristal tintado, pero, salvo la presencia de un desagüe, no encontré nada —mangueras, alcachofas, grifos— que me lo confirmara. En cuanto entré para tratar de averiguar su funcionamiento, unos casi invisibles aspersores situados en la parte superior y en los laterales se pusieron en marcha dirigiéndome compactos y potentes chorros de un agua jabonosa; muy caliente al principio, más templada y clara después. Más que una ducha, aquello parecía un túnel de lavado. Me molestaba no poder saber cuánto iba a durar aquel proceso, pero cuando después de

unos quince minutos empezaba a buscar la manera de forzar el cierre de aquellos surtidores, el agua dejó de manar tan bruscamente como había empezado. Al salir encontré sobre mi decimonónica compañera una toalla y un albornoz blanco.

—¿Señor Ikeda? —A pesar de que tenía cuidado de no elevar mucho el tono, mi voz producía un fuerte eco dentro de aquel lugar inhóspito en el que, por temor a romper de algún modo esa especie de compacta armonía vacua, casi no osaba ni moverme. Me aventuré lentamente, casi de puntillas, por el mismo pasillo que había recorrido poco antes en compañía del gigante, sin dejar de maravillarme por su estructura y diseño, que, cuanto más lo observaba, más me recordaba al interior de una nave espacial. Mi olfato debía de haberse acostumbrado a los olores que tan insoportables me resultaron al principio, como también había dejado de molestarme a la vista la blanca luminosidad de las superficies. Cuando comenzaba a sentirme desesperadamente solo y me preparaba para dar un más poderoso reclamo, desde algún lugar surgió la respuesta:

—¿Ya ha terminado usted? —Era la voz del señor Ikeda, pero me llegaba con un tono filtrado, como de contestador automático o de portero electrónico. Me guié lo mejor que pude siguiendo la reminiscencia de aquella modulación artificial hasta llegar a una de las grandes salas vacías que había visto a los lados del pasillo—. Aquí, señor Nakamura, junto a la pared. —Un interfono emitía una lucecita roja intermitente. Pulsé el botón sin tener muy claro lo que hacía y, tras escuchar un chasquido, me decidí a hablar.

—Señor Ikeda, ¿dónde está?

—Siga un poco más hacia la izquierda. En uno de los plafones de la pared se abrirá una puerta que le dará paso a unas escaleras, al final de las cuales me encontrará. —Todo aquello era decididamente de locos; empezaba a estar cansado de tantos misterios y mecanismos. Lo único que quería era hablar con Sonoko y largarme cuanto antes.

Tal y como me había dicho, tras una nueva puerta automática aparecieron ante mí unas empinadas escaleras por las que estuve a punto de rodar. El padre de Sonoko había obviado advertirme de que entre la puerta y el primer escalón apenas había espacio. Esas escaleras, que bajaban hacia lo que debía de ser el sótano, eran realmente peligrosas. Su contrastada poca luminosidad sumado a la pendiente y estrechez de sus escalones la hacían prácticamente intransitable, y hacían difícil imaginar cómo un hombre corpulento y alto como el señor Ikeda podría desplazarse por ellas sin romperse la cabeza. Al final de aquella especie de rampa podía apreciarse una claridad de tono cálido, mucho más acogedora que el resto de las luces de la casa. A medio camino del descenso, empecé a escuchar una melodía que creí reconocer. Al principio pensé que mi oído me engañaba, que se trataba de un recuerdo activado por alguna clase de resorte asociativo, pero conforme me acercaba cada vez tenía más claro que se trataba del estribillo del *Memory Motel* de los Rolling Stones, una canción que mi madre no se cansaba de escuchar acompañándola con el

afilado tintinar del hielo con el que le gustaba aguar el *whisky*.

Al llegar al rellano me encontré frente a una espaciosa habitación atravesada por tres gruesas vigas de madera y en la que destacaba una preciosa claraboya cubierta con una vidriera roja, verde y azul, que a la altura de la acera y, gracias al alumbrado exterior, refulgían como los ventanales de una catedral gótica. Ahora sí que me sentía en la casa que había visto bajo la lluvia: suelos y techos de madera de arce, varias lámparas con pantallas de color crema, mullidas alfombras persas con coloridos mándalas, estanterías y vitrinas repletas de libros, una mesa de caoba con un hermoso jarrón rematado por un ramo de frescas y estilizadas rosas que, pensé, debían de acabar de cortarse del jardín del piso superior... El padre de Sonoko, que, sentado frente a un escritorio, sujetaba una taza de porcelana que en sus manos parecía diminuta, no levantó la vista del vinilo. En su lugar me indicó nuevamente con el brazo y en un gesto que comenzaba a resultarme familiar, que debía tomar asiento junto a él, en una silla gemela a la del baño. Sobre la mesa había otra taza humeante, que supuse era para mí.

—Siento haber sido tan brusco contigo, pero no me gusta la gente. Además, el estado de mi hija requiere que todo se haga con esmero y tu aspecto era, cuando menos, desaliñado. ¿Qué te ha pasado? ¿Te han pegado? —El señor Ikeda estaba transformado, mucho más tranquilo. Había pasado a tutearme y, aunque su tamaño y su voz seguían imponiéndome respeto, notaba ahora que la suya era una naturaleza mansa y que había dejado atada a la fiera con la que me recibiera a mi llegada.

—No, señor Ikeda, no me han pegado. Me he caído. —No me había pegado con nadie en la vida, pero no sabía por qué razón la gente tendía a verme como un maleante, más que como alguien que sencillamente era algo torpe—. ¿Puedo ver ya a Sonoko?

—Sin duda eres hijo de tu madre; has heredado su impaciencia.

—¿Cuándo conoció a mi madre?

—Yoshiko y yo éramos muy amigos. Ella me ayudó mucho cuando mi esposa murió... Has estado con mi hija todo este tiempo, ¿verdad?

—Sí, trabajábamos en la misma tienda. Su mujer, la señora Ikeda... —Al decir ese nombre su expresión volvió a mudar recobrando un atisbo de ese animal asilvestrado que llevaba aplacado en su interior. Su mirada me sondeaba, como tratando de averiguar si yo era realmente quien decía ser y cuáles eran mis auténticas intenciones.

—¡Ya no existe una señora Ikeda! ¡La verdadera murió hace mucho tiempo! Pero supongo que ella no tenía por qué decirte nada de todo eso. Tú estás hablando de Aya, la persona con la que apenas estuve casado dos años y de la que me separé al poco tiempo de que Sonoko enfermara. La conozco más de lo que me gustaría y estoy seguro de saber qué fue lo que te pidió a cambio de esta dirección. —Sus vivarachos y curiosos ojos brillaron con mayor intensidad al decir esto último, disfrutando de la estupefacción con la que mi rostro debió de acoger aquella información.

—¿Cómo puede saber lo que la profesora Ikeda..., lo que Aya deseaba obtener de mí?

—Porque yo mecanografié la carta en la que tu madre te decía que cuando te volvieras a sentir preparado o quisieses recuperar el piano, tan solo debías dirigirte al lugar que te indicaba. El sobre contenía una llave, ¿recuerdas? Con ella se abría la puerta del almacén donde se encontraba el instrumento. Como te he dicho, tu madre y yo éramos amigos, así que cuando a punto de morir me pidió ese pequeño favor no pude por menos que complacerla. Fue ella quien me dijo que la mujer que por entonces seguía siendo mi esposa la había estado visitando insistentemente durante casi un año, ofreciéndole sumas de dinero cada vez más extraordinarias por aquel piano, dinero que, por supuesto, era mío. ¿Qué fue lo que te contó...? No, déjalo, ya no importa.

—No tuve otra elección. Me coaccionó diciéndome que Sonoko se moría y que, si quería volver a verla, antes debía entregarle el piano. Era lo único que tenía para negociar.

Era cierto que hacía tiempo que el piano había dejado de ser una prioridad, que lo había abandonado al sentirme incapaz de no relacionar la música con la profesora Ikeda, pero sabía que gracias a aquella carta —cuya procedencia siempre fue un misterio para mí— podía retomar esa mágica conexión con el instrumento cuando quisiera. Ahora que sabía que aquello no iba a ser posible, afloraba en mí un dolor y una frustración cada vez más intensos.

—Pero, ahora que caigo..., yo no le entregué ninguna carta..., ¡y, por tanto, tampoco le entregué la llave de entrada al trastero donde estaba el piano! Yo sabía de memoria dónde estaba aquel lugar. A veces, sobre todo durante los primeros meses después de que falleciese mi madre, solía salir a pasear para descubrir que siempre acababa en el mismo sitio: frente a la gran puerta de aquel almacén, tras la cual, según contaba la carta, debía de encontrarse el piano. Sopesaba el comprobar si aquello era cierto, si el piano de Kobayashi, mi piano, estaba verdaderamente allí. Recuerdo haber introducido y girado la llave, pero siempre me faltó el valor para abrirla. Deseaba poder mantener la incertidumbre el mayor tiempo que me fuera posible, supongo que por temor a que todo fuera mentira y porque de ese modo podía conservar la ilusión de que el piano estaba allí. Pero ¡sin esa llave ella no...! —No tuve la necesidad de acabar la frase para darme cuenta de la tontería que estaba a punto de decir.

—Si ella sabe que el instrumento está en ese lugar, conseguirá entrar de alguna manera... —dijo sombrío Ikeda—. Pero ¿qué te impidió darle otra dirección...? Déjalo, ya da igual. No te preocupes más: el asunto está acabado.

—Es cierto, pero estaba tan aturdido por el reencuentro y sobre todo, por las cosas que me estaba contando acerca de la salud de Sonoko, que ni tan siquiera sopesé la mentira. Apenas tuve que abrir la boca para que las palabras surgieran por sí solas; si le digo la verdad, ahora creo que lo único que me importaba era quitármela

de encima, que todo acabara. Pero, señor Ikeda, ¿tan mal está su hija? Esa mujer..., Aya, me dijo que se moría, que algo en su sistema inmunológico fallaba y que cualquier dolencia, por leve que fuese, podría llegar a matarla. ¿Es cierto?

—Sí, todo eso es cierto. Está grave, pero no es posible saber cuándo o si va a morir. Yo necesito creer que no, pero para ello es imprescindible que, de momento, y hasta que se sepa con certeza lo que le pasa, siga recluida en esta casa.

—Perdóneme, señor Ikeda, pero no lo entiendo. Ella y yo hemos estado trabajando juntos durante dos años y nunca, excepto la última vez que la vi, observé en ella el más mínimo desfallecimiento, el menor atisbo de enfermedad. Es verdad que siempre he tenido la impresión de que Sonoko trataba de enmascarar tras una falsa vitalidad el hecho de que en realidad se trataba de una persona débil, pero todo el mundo en mayor o en menor medida esconde ante los demás su verdadera naturaleza, y nada de todo eso son síntomas de ninguna enfermedad, y menos de una que la condene a esta reclusión. Si tan grave está, ¿cómo se explica que haya podido vivir todo este tiempo sin que le ocurriese nada?

—Verás, yo también me he preguntado lo mismo desde que vino medio muerta el domingo por la tarde y tengo una teoría para eso. No es científica, pero es una teoría. Ninguno de los numerosos médicos que la trataron en un principio y que todavía hoy siguen su caso en hospitales y laboratorios ha sabido explicarse las verdaderas causas de su síndrome. Tan solo sabemos que su sistema inmunológico dejó de funcionar correctamente a sus diecisiete años. Dijeron que su médula ósea se había vuelto «perezosa» y que por alguna extraña razón había dejado de producir las cantidades necesarias de leucocitos y linfocitos que su cuerpo necesitaba para hacer frente a las infecciones. Se especuló sobre que podía ser leucemia o alguna clase de alteración genética, pero los análisis no eran concluyentes y, aunque lo hubieran sido, había serias dudas de que —a causa de su debilidad y el mal estado de sus células CD4 y CD8— pudiese ser capaz de superar el tratamiento. Lo que sí nos aseguraron fue que, de llevar una vida normal en el ambiente exterior, una simple gripe podría ser suficiente para poner fin a su vida. Podía tardar días, meses o años, pero era algo inevitable que acabaría por suceder. Por eso tomé la determinación de cuidar de ella, de retenerla haciendo de esta casa un lugar lo más aséptico posible. Me gasté todo cuanto tenía en medicamentos, sueros y la maquinaria médica necesaria para realizar transfusiones y tratamientos dialíticos, con el fin de mantenerla con vida y ganar tiempo, a la espera de que consiguieran hallar las causas de su mal.

»Hasta que llegó, la daba por muerta, tampoco yo consigo explicarme cómo ha sido capaz de vivir tanto tiempo fuera de su burbuja, pero no contaba, y es esta mi teoría, con la tenacidad de vivir, con las ganas propias de una joven de su edad de tener una vida plena por corta que esta pueda ser. Quiero pensar que se encontró con algo o con alguien lo suficientemente importante como para no permitir que nada, ni siquiera la muerte, se interpusiera en la vida que había decidido querer llevar. Pero supongo que, en última instancia, ni la voluntad de vivir de una chica de veinticuatro

años es suficiente cuando le llega la hora.

—Pero, señor Ikeda, aunque sea usted médico, ¿cómo ha sido capaz de cuidar de Sonoko durante todos esos años sin la ayuda de nadie? ¿O es que sí hay alguien más?

—No, no soy médico, Kaoru, y no, tampoco hay nadie más; al menos ya no. Pero créeme, no es tan difícil si se tiene dinero, influencias y amigos dispuestos a echarle una mano. Durante el primer año de su enfermedad, un médico amigo mío me ayudó a conseguir todo lo que necesitaba, acompañándome y asesorándome cada día sobre el funcionamiento de esas máquinas, explicándome qué era lo que debía o no debía hacer en cada momento. De hecho, en cuanto volvió Sonoko, ese mismo amigo estuvo aquí hasta que conseguimos estabilizarla.

—Señor Ikeda, tal vez me meta donde no me llaman, pero no termino de comprender algo: ¿por qué no ingresó a Sonoko en un hospital? ¿No hubiese sido más fácil, más seguro?

—Más fácil, tal vez. Más seguro, definitivamente no. Kaoru, los hospitales son los sitios en donde más bacterias y virus existen y donde más virulentos llegan a ser. Sé que hay zonas de aislamiento, habitaciones acondicionadas para pacientes que sufren males similares al de Sonoko, pero yo preferí evitar riesgos. Sé también que miles de personas mueren cada año después de haber estado expuestos a alguna clase de patógeno nosocomial, cuya capacidad para mutar y adaptarse a los antibióticos es tan grande, que pueden llegar a pervivir en el huésped en estado latente un tiempo indeterminado, «despertando» con mayor agresividad cuando ya se creen erradicados.

Me había perdido hacía rato entre las explicaciones de aquel hombre sin esperanza que llevaba años aferrándose a una lucha que le mantenía a él también con vida.

—¿Puedo ver a Sonoko?

—Sí, desea verte. Acompáñame, por favor.

Volvimos a subir a la sala principal antes de introducirnos una vez más en esa especie de decorado de *2001: Una odisea en el espacio*, que era el pasillo central de la casa. Tal y como suponía, el señor Ikeda se veía obligado, por su gran tamaño y por la incómoda predisposición de aquella estrecha escalera, a trepar agachado, apoyando las manos en el suelo, adquiriendo esta vez la apariencia de un gigantesco mastín. Siempre por delante de mí, el padre de Sonoko me guio sin dejar de arrastrar los pies hasta la siguiente de aquellas estancias cúbicas que había visto al llegar y en la que tampoco parecía haber nada que no fuese techo, paredes y suelo. No sabía lo que se proponía hasta que, aproximándose a la parte central de uno de los tabiques relucientes, una invisible portezuela se hizo a un lado emitiendo el mismo sonido eléctrico que había escuchado ante las otras puertas y que dejaba al descubierto una nueva y más diáfana escalera, que supuse debía conducirnos a la buhardilla que había visto desde fuera.

En lugar de estar subiendo unos pocos escalones, aquello era como escalar un puerto de montaña. La ascensión no acababa nunca. Veía el final, pero tenía la impresión de que siempre me encontraba a la misma distancia. Era como tratar de subir por las escaleras mecánicas de bajada de unos grandes almacenes. El miedo que sentía ante el inminente reencuentro hacía que todo cuanto me rodeaba, todo cuanto veía, incluida mi propia existencia, se transfigurara en algo totalmente desprovisto de realidad. Tan solo la visión del señor Ikeda, con su hipnótico balanceo de brazos y sus pasos lentos pero seguros, me anclaba al momento presente ayudándome a no perder del todo la cordura, y es que en aquella persona había una especie de calma contagiosa, una serenidad que se dejaba entrever en esa manera acompasada de moverse y que, en cierta forma, me recordaba a la soñolienta apacibilidad de los grandes herbívoros, animales como las jirafas, los elefantes o los hipopótamos, seres para los que parece que el tiempo se ralentiza y que no tienen prisa por empezar ni terminar nada.

Por fin llegamos a un descansillo donde el hedor a medicinas y desinfectantes al que pensaba haberme acostumbrado era hasta tal punto intenso y desagradable que hube de taparme la nariz tratando de mitigar el mareo que me provocaba. El señor Ikeda abrió una de las puertas correderas de un armario empotrado en un lateral de la pared que se asemejaba a una cámara frigorífica.

—Ahí dentro tienes paquetes de ropa esterilizada: uniforme, calzas, gorro, mascarilla, de todo. Póntelo y cuando salgas lo tiras en ese contenedor. —No había tal contenedor, solo se apreciaban los contornos de lo que parecía una trampilla—.

Ella está al otro lado y como te he dicho está estabilizada, pero procura que no hable demasiado, que no se altere: se cansa con facilidad. Te doy una hora. ¡Ah, y no se te ocurra entrar en la burbuja!

Después se quedó observando cómo me transformaba en una especie de cirujano espacial. Cuando estuve listo, introdujo una llave para que se abriese una nueva puerta. Me quedé ahí parado, expectante, no sé si esperando a que el señor Ikeda comenzase el descenso o a que me diese alguna nueva instrucción. Como yo no terminaba de entender lo que su mirada me estaba diciendo, hizo nuevamente uso de uno de sus briosos movimientos de brazos para que entrara de una vez en la cámara, de la cual salía una perturbadora iluminación. Así lo hice y al momento la puerta se cerró tras de mí produciendo un alarmante clic de sellado que me hizo sentir atrapado; no terminaba de acostumbrarme a todos esos mecanismos automáticos.

Una vez en el interior constaté que la intensa claridad procedía de dos grandes ventanales tras los cuales podía verse el primoroso jardín que aprecié desde la calle, iluminado por unos potentes focos y en el que pude reconocer, además de las rosas que el señor Ikeda tenía en su sótano, unos pensamientos lilas y amarillos, dalias rojas con los extremos de los pétalos en blanco y algunas petunias azul añil que colgaban a ambos lados de la baranda. Si en las habitaciones de abajo el color predominante era el blanco, en aquel lugar, suelos, paredes y techo eran de un intenso azul cielo que me recordó a cuando de niño me tiraba en la hierba para disfrutar —adormilado por los cantos de cigarra— con los tonos cambiantes del cielo a medida que se aproximaba la hora en que aparecía el primer lucero. Una de las paredes estaba ocupada por un buen número de sofisticados aparatos médicos de diversos tamaños. De dos de esos artefactos brotaban unos cables rojos y amarillos que acababan conectados a una gran estructura que ocupaba la totalidad de la habitación y cuya forma recordaba a una pompa de jabón o a un iglú de plástico transparente.

Se distinguía a alguien en medio de aquella inmensa cúpula y si bien la visión no era clara debido a la intensidad de la luz exterior, sus ademanes y su forma de caminar me convencieron de que se trataba de Sonoko. Afortunadamente, pensé, no estaba postrada en la cama, ni conectada a una mascarilla de oxígeno o a una percha de suero, como me la había imaginado desde que supe la gravedad de su enfermedad. Aún no se había percatado de mi presencia, pues andaba ensimismada de un lado a otro de aquella prisión de fantasía del mismo modo a como solía hacerlo entre los pasillos del almacén de Modern Shoes: la cabeza gacha hasta tocarle el pecho, los brazos en jarras y con pasos largos y regulares que no se detenían hasta casi tocar los límites de su jaula transparente. En ocasiones se detenía bruscamente para mirar a través de los grandes ventanales todas esas hermosas flores bañadas por la luz de los potentes focos y las últimas gotas de la tormenta.

Pude estar un rato observándola, contento al constatar cómo su grácil manera de moverse no había sido todavía alterada por la afección. Entonces debió de captar mi presencia. Sus pasos dejaron de ser regulares, se detuvo y giró su cuerpo hacia donde

yo me encontraba centrando toda su atención en escuchar o en ver si había alguien más. En un rápido movimiento, apagó las luces del jardincillo y al instante se adueñó de la estancia una claridad similar a la de las puestas de sol con la que pude, ahora sí, apreciar con todo detalle a Sonoko. Una vez más me invadió la felicidad al saber hasta qué punto mis funestas suposiciones eran infundadas; en lugar de presentarse ante mí vestida con una horrenda bata de hospital, lo hacía luciendo un liviano vestido primaveral de tonalidades verdosas, con escote y mangas cortas en las que el color esmeralda acababa fundiéndose en blanco. Le sentaba fenomenal y aquellos colores resaltaban aún más los dorados matices de su bronceada piel, que, si bien se había disipado considerablemente, seguía manteniendo un aspecto saludable. Me sorprendió encontrármela tan hermosa, que tuviese tan buena presencia teniendo en cuenta el lugar en el que se encontraba y todo cuanto sabía sobre su estado. Increíblemente, me fijé no tanto en su cara, que apartaba azorada sabiéndose escudriñada, sino en algo que sentía emanar de ella de una forma imprecisa y que en aquel momento solo se me ocurrió identificar con el aura, con esa irradiación sobrenatural propia de místicos y santos. Entonces comprendí que su belleza no era la de alguien sano, sino la de alguien cuya vida se apaga sin remisión, la propia de las formas sutiles, la de los seres más etéreos que físicos que se encuentran ya casi al otro lado. Durante el fugaz instante que duró esta aterradora apreciación, la encontré más encantadora y cercana a la perfección que nunca. Quizá ya incluso podía leer mis pensamientos, porque entonces se giró hacia mí para mirarme a los ojos de una forma que transcendía cualquier tipo de emoción; sorpresa, felicidad, tristeza, sufrimiento, nada de humano podía reconocerse en aquella mirada cuya intensa e inescrutable profundidad me heló la sangre y en la que solo pude apreciar un ardor impropio de los seres terrenales, un fulgor apagado como el de las estrellas reflejadas sobre las oscuras aguas de un pozo. Se aproximó lentamente hacia mí. Había perdido peso; sus pómulos marcados le daban un aire mucho más maduro y atemperado y sus carnosos labios se habían protruido apareciendo más gruesos y voluptuosos.

—Perdona, no te he oído entrar. Me has pillado mirando el jardín. Ya no sé cuánto tiempo más podré seguir disfrutando de él y poder hacerlo también de noche es un lujo que me gusta aprovechar. Por favor, siéntate.

Su voz era débil y afónica, pero seguía manteniendo el acento de Kansai que tanto me gustaba. Era como si no la hubiese visto en años y supe, por cómo me observaba, que a ella le debía de pasar algo similar.

—Traté de avisarte, ¿sabes? Quise haberte dicho muchas cosas antes de desaparecer, pero todo se desarrolló tan rápido... La enfermedad se presentó tan de repente y yo fui tan débil, tan cobarde... ¿Cómo me has encontrado? —Al formular esta pregunta noté una vacilación en su tono. Para simular su turbación desvió la mirada y reemprendió su periplo por la burbuja.

—Aya, tu madrastra. —Como le ocurriese a su padre, al oír ese nombre su cuerpo reaccionó al instante con un visible estremecimiento que la debió de dejar sin fuerzas,

con lo que no tuvo más remedio que sentarse al borde de la cama. Sus delicados y pequeños pies descalzos rozaban con la punta de los dedos la impoluta superficie del piso—. Sonoko, yo no sé cómo explicarte esto ni sé si seré capaz de hacértelo comprender, pero en cuanto desapareciste empezaron a pasar cosas en mi vida, fue como si...

—Fue como si todo se viniera abajo, como si lo que hasta aquel momento habías dado por supuesto desapareciera arrastrado por el viento y nada de cuanto sucedía a tu alrededor pareciese ser real.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo puedes saberlo? —Aquellas palabras salieron de su boca cuando debían haber salido de la mía.

—Así me sentía yo hasta que te encontré. No sé si debería decirte esto, pero supongo que ya nada importa demasiado. Además, seguro que ella te ha puesto al corriente de todo. Te habrá contado que yo ya te conocía del conservatorio y que te estuve buscando durante mucho tiempo. Me sentía perdida, sin esperanza y, como te pasaba a ti, nada me resultaba auténtico, sino parte de un gigantesco decorado. Si hablaste con ella, yo ya sé cómo me has encontrado y tú ya sabrás qué era lo único que buscaba desde un principio...

Después de todo lo que me había sucedido a lo largo de aquella semana no me sorprendió descubrir que Sonoko hubiese llegado a experimentar las mismas sensaciones o que sin necesidad de tener que explicarle nada supiera con exactitud, al igual que lo había sabido su padre, qué era lo que había acontecido entre esa mujer y yo y qué era lo que quería de mí. Ahora ya no albergaba ninguna duda de que nuestras vidas estaban unidas.

—¿Sabes? Todavía me acuerdo como si fuese ayer.

—¿A qué te refieres?

—A la primera vez que te vi, cuando tocabas ese maravilloso piano en aquel escaparate. Al principio sentía algo parecido a la culpabilidad, como cuando nos escondemos tras una puerta para escuchar una conversación privada, pero al poco tiempo se apoderó de mí una irresistible curiosidad, un irrefrenable deseo de entender qué era aquello que solo tú podías escuchar. Eso fue lo que me llevó a aquel lugar todas las veces que me era posible y supongo que algo similar debió de pasarle a ella también. Quise creer que era casualidad, pero cuando comprobé que aquello no cesaba, que no había un solo día en que no estuviera entre las primeras filas del escaparate, intuí que algo se proponía.

—¿Te refieres a la profesora Ikeda?

—Sí. Te parecerá una tontería, cosa de niñas, y seguramente lo era, pero yo deseaba atesorar en mi interior, como en una caja de secretos, todas las sensaciones que ese lugar, esa música y sobre todo tú empezabas a despertar en mí. No quería compartir con nadie nada de todo aquello, y menos con esa mujer, pues no tardé en darme cuenta de su naturaleza y de lo cruel que podría llegar a ser si se enteraba de mis sentimientos. En cuanto la veía, me escondía tras una de las columnas para que

no me descubriese y aunque no podía verte me conformaba con poder escucharte, lo que paradójicamente me ayudó a desviar la atención al sonido y a captarlo de un modo distinto. Me gustaba imaginar que estaba sola contigo en esos grandes almacenes, o que juntos, nos perdíamos en la frondosidad de un bosque de arces y abedules. Es curioso, hasta ahora no había pensado que, de no ser por ella, jamás te habría conocido; llevarme de compras o al cine era su forma de engatusar a mi padre dándole a entender que me aceptaba y que estaba dispuesta a hacer de madre.

»Un par de años más tarde yo seguía asistiendo casi a diario a aquellos recitales de la tienda de antigüedades. Hacía tiempo que ella había dejado de ir. Creí que se había olvidado de ti y eso me encantaba porque sin ella de por medio podía acercarme hasta el cristal para ver tu cara, tus manos..., casi podía llegar a oír tu respiración, el ruido de las teclas, el leve repiqueteo de los pedales. Jamás levantabas la vista del instrumento, así que tampoco temía que pudieras sorprenderme mirándote. Me sentía tan bien a tu lado, escuchándote, que perdía por completo la noción del tiempo. Una tarde me aterró al no oír el sonido del piano. No estabas y al acercarme comprobé cómo aquel instrumento que en tus manos parecía cobrar vida, sin tu presencia se convertía en un simple objeto, en otro de tantos cachivaches que se vendían en esa tienda. De golpe me hice consciente de lo que suponía tu ausencia, del profundo espanto que me producía la posibilidad de no volverte a ver. Por primera vez tuve la angustiada sensación de que te había perdido y entonces supe que te amaba. ¡Qué curioso! Durante estos años en la tienda no he sido capaz de decírtelo y en cambio ahora, mira, ni siquiera me he puesto roja. Una de las pocas cosas buenas que tiene el saber que te mueres es que te permite relativizar los sentimientos de forma natural. —Notaba por su voz que se estaba fatigando en exceso, que le costaba respirar, que se desvanecía.

—Sonoko, descansa un momento. No te vas a morir, solo necesitas recuperar las fuerzas, tienes que...

—Espera un poco, por favor. Necesito terminar de explicártelo todo.

»Como te decía, al no verte sentí miedo e hice lo único que podía hacer: entrar en la tienda y preguntar a aquella señora por ti. Era muy amable. Me dijo que una joven maestra de música la había convencido de que lo mejor para ti sería que terminaras tu instrucción en un buen conservatorio, para que pudieses acercarte a técnicas más modernas, más afines a tu edad y talento. La misma Kobayashi, sí, ahora recuerdo su nombre, me comentó de pasada que aquella mujer también se había interesado por el instrumento. Supe enseguida de quién se trataba —era raro el día que en casa no saliese a colación el tema de ese extraordinario piano, su obsesión enfermiza por apoderarse de él y el dinero que necesitaba para ello— y comprendí que no pararía hasta lograr su objetivo aunque para ello tuviera que destrozarte. Solo se me ocurrió una cosa para tratar de protegerte de ella: matricularme, formar parte de esa escuela a pesar de mi completa ineptitud para la música. Aquello no le gustó nada, no sé si porque adivinaba mis auténticos motivos o simplemente porque no soportaba mi

presencia, pero no tuvo más remedio que complacer a mi padre forzando mi admisión en el conservatorio. El caso es que cuando al cabo de unos meses, además de ser mi tutora pasó a ser también la mujer de mi padre, no tuvo ninguna necesidad de seguir disimulando la antipatía que me profesaba, con lo que sin miramientos, se propuso firmemente hundirme. Aprovechaba la menor oportunidad para cebarse en mi baja autoestima, humillándome y poniéndome en evidencia delante de los otros alumnos, incluso del resto de profesores; gozaba haciéndome parecer estúpida, disfrutaba viendo cómo me ruborizaba después de obligarme a realizar, a la vista de todo el mundo, ejercicios que ella sabía que me resultaban imposibles o acribillándome a preguntas cuyas respuestas desconocía, para luego sumarse a las risas y a las burlas del resto de estudiantes. Ante mí jamás se justificó, nunca trató de camuflar el aborrecimiento que me tenía, pero cuando yo recurría a mi padre y este la interrogaba acerca de tales vejaciones, ella se limitaba a poner cara de asombro, a echar unas lágrimas y decir que si se mostraba más severa conmigo era porque me quería y deseaba hacer de mí una buena intérprete. Me acusaba de imaginarme cosas, de odiarla porque nunca la había aceptado ni como madre ni como amiga. —Sonoko parecía estar cada vez más debilitada, hablaba con un hilo de voz y para poder entenderla tenía que pegar mi mejilla al plástico. Y a pesar de instarle una y otra vez a que descansase, quería seguir vaciándose, librarse de aquellas experiencias que la seguían atormentando a pesar de los años transcurridos.

—Pero ¿por qué nunca me dijiste nada? Me refiero en el conservatorio.

—Tú estabas muy arriba. Tu espíritu volaba a años luz del mío, lejos de todos y de todo. Excepto de Aya. Me exasperaba no dar con el modo de evitarlo, me sentía cada vez más pequeña, inútil e indefensa. ¿Qué podía hacer si apenas me atrevía a mirarte? Así que al final fue ella misma quien, en su infatigable afán de castigarme..., de castigarnos, me dio la solución. Kaoru, puede que te cueste asimilar lo que voy a decirte, pero yo estaba presente cuando tú y ella... —Inconscientemente me aparté de la burbuja haciendo chirriar la silla—. Ahora ya sabes cómo es, que se trata de una persona manipuladora y malvada que disfruta haciendo daño a todos aquellos de quienes espera conseguir algo. Aquella tarde me citó en su despacho con el pretexto de decirme algo importante sobre mi padre y al llegar os vi: dos cuerpos desnudos, abrazados y jadeantes sobre el tatami, poseídos por una excitación salvaje que no había imaginado posible entre seres humanos. La odié, te odié, quise desaparecer, quise morir. No quería mirar, pero no podía dejar de hacerlo. Yo tenía solo catorce años y, aunque sabía lo que estabais haciendo, nunca antes había sido testigo de ello. Te tenía totalmente a su merced. Hacía contigo lo que quería sin dejar de envolverte con sus brazos y piernas como una monstruosa araña dispuesta a succionarte la vida con cada uno de sus besos, y lo más horrible de todo, lo que más daño me hacía, era que se te veía tan feliz, ¡tan dichoso y vital! Parecías otra persona. Por primera y última vez tuve envidia de esa arpía, porque a pesar de que aquello me resultaba asqueroso sabía que a mí nunca me sería posible hacerte sentir así.

»Pero cometió un error. Su odio ciego le trastocó el juicio y terminó por volverla incauta y estúpida. Había llegado demasiado lejos. No le gustaban los móviles y por eso desdeñaba su existencia y como te ocurre a ti, ignoraba sus posibilidades. —Al decir esto me miró con una franca y contagiosa sonrisa que me hizo olvidar por un momento la crudeza del relato que estaba escuchando—. En cuanto recuperé mi presencia de ánimo tomé de mi bolso el teléfono e hice unas cuantas fotos para mostrarle a mi padre el tipo de mujer con la que se había casado. Envenenada por los celos, se las enseñé aquella misma noche. Esperaba apartar a aquel demonio de nuestras vidas, pero la solución de mi padre fue más drástica de lo esperado y al decidir regresar a Tokio para alejarse de ella nos distanció también a nosotros. Estar separada de ti, sin saber dónde o con quién estabas fue un verdadero calvario, mucho mayor que cuando me ignorabas por los pasillos o en la cafetería del conservatorio, porque, aunque tú no me mirabas, yo sí podía hacerlo. Y aunque sabía que a ella la habían expulsado de la escuela e incapacitado para la docencia —mi padre había dado parte de todo lo sucedido—, no podía evitar imaginarla junto a ti en cualquier otro sitio, repitiéndose en mi cabeza una y otra vez las mismas escenas lúbricas que mi imaginación masoquista se encargaba de completar con otras en las que después de hacer el amor os reíais y confabulabais contra mí. Creí morir y fue entonces cuando decidí que tenía que ir a buscarte. —Sonoko debió de saber lo que estaba barruntando, porque me atajó—. ¡Oh, no te preocupes! A mi padre solo le mostré las fotos en que se aprecia claramente quién es ella, pero tu rostro está oculto tras su largo y bonito cabello. Las autoridades —aunque lo sospecharan o ella lo confesara para hacer daño— no podían revelar la identidad de un menor y mi padre nunca mostró interés alguno en saber quién era el joven.

—¿Fue cuando te pusiste enferma?

—No, todavía habían de pasar tres años en los que te busqué desesperadamente. Justo después del divorcio nos trasladamos aquí, a nuestra antigua casa, un lugar que mi padre había diseñado para mi madre. Ellos pasaron la luna de miel en Ámsterdam, ciudad de la que ella quedó prendada. Siempre me hablaba de sus canales, de sus gentes y de la libertad que se respiraba en las calles, pero lo que más recordaba eran todas aquellas hermosas casas de colores, porque decía que, a pesar de estar torcidas y de no guardar ningún patrón de uniformidad, eran perfectas. Mi padre pensó que venir a la casa en la que habíamos sido tan felices y en la que yo había pasado mi infancia era lo mejor para ambos; a él le serviría para olvidar y a mí me ayudaría a recuperar la felicidad que había perdido en los últimos años. Pero con el paso del tiempo yo cada vez me sentía más débil, hasta que hubo un momento en el que ya no pude seguir estudiando ni salir a buscarte y solo podía permanecer en la cama y dejarme devorar por los celos y la impotencia. Todo fue a peor cuando supe que debía permanecer confinada en este cuarto hasta que los médicos supieran cómo atajar lo que me estaba matando.

—Pero, al final, ¿cómo supiste dónde encontrarme?

—Enferma, desahuciada y sin posibilidad de poder salir de este lugar, había abandonado cualquier esperanza. Deseaba morir y lo único que me frenaba era no acabar de decidirme por cómo hacerlo. Eso y la posibilidad de escaparme las pocas veces que escuchaba el coche de papá alejándose en busca de medicinas o de alguna nueva máquina. Él fue siempre muy confiado y si alguna vez hubiese llegado a imaginar algo acerca de mis incursiones por el sótano habría tomado mucho antes las medidas necesarias para impedir que pudiera salir. —Me sonrió de nuevo, pero esta vez con cierta resignación—. No solía dejarme sola si no por pura necesidad, así que aprovechaba al máximo esos pocos momentos de libertad, pues no sabía cuándo iban a volver a repetirse. Me gustaba estar en ese lugar, sentir otra vez que estaba en una casa normal, respirar el olor a madera de los muebles, de las páginas de los libros, del vinilo de los discos. Me imbuía hasta tal extremo de aquel ambiente que no me habría sorprendido ver aparecer a mamá para preguntarme qué era lo que prefería cenar o advertirme, de que el agua del baño se estaba enfriando. Solo en ese espacio de la casa volvía a recordar que estaba viva y, por supuesto, me sentaba mejor que cualquier diálisis o inyección de leucocitos.

»Una mañana de lluvia en la que me sentía especialmente desanimada, en cuanto oí cómo se alejaba el sonido del motor, sentí la necesidad de hacerme con alguna fotografía en la que apareciésemos los tres, y que suponía que se guardaban en alguno de los muchos rincones de aquel refugio. Como tantas otras veces bajé corriendo al sótano y me puse a rebuscar, abriendo cajones y armarios, mirando dentro de cajas de zapatos, en maletas y bolsas de viaje, entre las páginas de los libros y hasta en el interior de las fundas de algunos discos. Cuando ya me había dado por vencida y me disponía a regresar a mi habitación, mi mirada recaló en una caja de puros dentro del mueble bar. No pude encontrar ninguna fotografía, pero sí un montón de cartas atadas con una cuerda y que resultaron ser todas de tu madre. —Sus ojos ardorosos no se desprendían de los míos esperando ver un atisbo de asombro ante lo que acababa de decirme.

—Sí, tu padre ya me ha dicho que fueron amigos. Pero ¿tanto como para escribirse cartas?

—Bueno, en realidad eran más que amigos. No hace falta que te diga lo mucho que aquello me impactó. Saber que nuestros padres habían sido amantes me pareció poco menos que delirante y supongo que, por la cara que pones a ti también. Devoré aquellas letras una por una, quedaron grabadas en mi mente hasta el punto de poder recordar párrafos enteros. Aparte de los cariños normales entre enamorados, no había ni una sola de esas cartas en la que tu madre no te mencionase. Decía sentirse siempre orgullosísima de ti, de tu manera de tocar y de la prometedora carrera musical que te aguardaba. Hablaba con cariño de la señora Kobayashi, de cómo la aparición de esa mujer había cambiado la manera en que os relacionabais. Estaba feliz porque gracias a la entrada de ese piano en vuestras vidas estabais más unidos que nunca y es que, con la llegada de tu pasión musical, ella había vuelto a recuperar la ilusión por la

pintura y describía las largas y fructíferas sesiones en el garaje de vuestra casa donde, juntos, dabais rienda suelta a vuestra creatividad, tú dejándote llevar por las melodías que emergían de tus manos y ella representándolas con colores y formas.

»Pero poco a poco el contenido de las cartas se fue volviendo más oscuro, más triste. Tu madre estaba confusa, asustada. No comprendía por qué su amante no le respondía, ni le devolvía las llamadas, y es que ella no podía saber cómo Aya se había inmiscuido en aquella relación. Ese periodo amargo coincidía con el año en que papá y yo tuvimos que trasladarnos de nuevo aquí, a Tokio, por asuntos de trabajo, y fue también aquí donde debió de haberla conocido. Al final la correspondencia ya no era oscura ni triste, tan solo fría y distante. No eran cartas de amor, sino cartas llenas de reproches, de preguntas para las que no hallaba respuesta. Debió de sufrir mucho y no pude dejar de sentir cierto coraje cuando imaginaba a mi padre eludiendo responder y dejándose engañar por los encantos de esa mujer. Si te soy sincera en ese momento lo odié por su debilidad y por su falta de compromiso. Pero se trató tan solo de un sentimiento fugaz, de una nube que se disipó en cuanto tomé conciencia de que a ti te había pasado lo mismo.

»Entre esas cartas había una distinta a las demás, una carta con tres años de diferencia respecto a la última y en la cual tu madre se mostraba completamente renovada, sin rastro de los antiguos rencores del desamor. En esa última correspondencia parecía haber superado el desengaño, no le apuraba reconocer que a pesar de lo mal que la había tratado todavía lo seguía amando. También le volvía a hablar de ti, pero ahora lo hacía con dolor. Estaba segura de que algo te había sucedido durante el segundo o el tercer año del conservatorio, algo que te había hecho perder la mágica visión que tenías de la música y que afectaba a la manera en la que hasta entonces te habías estado comunicando con el instrumento, el cual habías abandonado por completo ocultándolo bajo una sábana. Le hablaba también sobre su enfermedad, sobre el intenso dolor que, poco a poco, pero con determinación, estaba acabando con su vida y que de no ver tan cerca la muerte no se habría atrevido a volver a escribirle después de todos aquellos años, ni tampoco a pedirle que le preguntara a su esposa, a quien ya debía de conocer, sobre cuáles podían ser los motivos por los que habías sufrido todos aquellos inexplicables cambios. Iba aún más lejos y se preguntaba si el interés que suscitaba en la joven maestra el piano que te había regalado Kobayashi no tendría nada que ver con ello, y es que al parecer esa “despreciable mujer”, así la llamaba, había tenido la desfachatez de presentarse en su propia casa para tratar de comprárselo.

»Era evidente que sospechaba algo, porque además se atrevía a advertirle de que tuviese cuidado, que no se fiara de ella. Terminaba explicándole que, cuando ella se fuera, nada te quedaría a ti que no fuesen facturas, hipotecas y unos cuantos cuadros sin valor. Que lo único que la consolaba era saber que su exmarido la había perdonado y que había accedido a cuidarte hasta que superases la mayoría de edad. Por último, le rogaba que velara por ti cuando eso ocurriese y que, por encima de

todo, pasase lo que pasase, conservara el piano, que lo protegiera y que no dejara que ella te lo arrebatara, y es que estaba segura de que, aunque en ese momento aborrecieras la música, más adelante habrías de querer volver a recuperar lo que una vez sentiste con tanta fuerza.

—¿Has dicho que velara por mí? ¿Cómo? —La conversación se estaba complicando cada vez más y empezaba a descubrir cosas que hasta ese momento no había comprendido o que por temor a lo que pudiese descubrir jamás me había cuestionado—. ¡El dinero! El dinero que recibí al cumplir los dieciocho años y gracias al cual pude empezar una nueva vida. ¿Cómo pude ser tan tonto? Mi familia no habría podido disponer nunca de tales ahorros. Siempre andaban apurados. Apenas me preguntaba sobre su procedencia, pero cuando lo hacía, siempre acababa mirando hacia otro lado. Pero entonces, la historia no es como siempre había creído. No fue papá quien abandonó a mamá, sino al revés. Dios mío, qué equivocado estaba y qué injusto fui con él. Ahora comprendo por qué se mostraba tan hosco cuando se veían.

—Bueno, esas cosas suceden y yo creo que iniciaron su relación mucho antes de que mi madre falleciera. ¿Quién sabe? Si tu madre se separó fue porque estaba segura de que mi padre jamás la dejaría. No sospechaba que un amor como aquel podría desaparecer por culpa de otra mujer. Claro que tampoco contaba que alguien como Aya —mucho más joven y atractiva, y tan codiciosa— se interpondría entre ambos. No debió de resultarle nada difícil atraer la atención de mi padre. Estoy segura de que jugó con él desde el principio, igual que hizo contigo. Lo que no sé es si alguna vez supo que entre nuestros padres había existido una relación, pero, conociéndola, no me extrañaría nada descubrir que era consciente de todo y que parte del odio que sentía hacia ti se debía a eso.

Estaba agotada. A mitad del increíble relato, Sonoko se había vuelto a levantar y ahora se dejaba caer sobre el colchón. Pálida y con las manos temblorosas, consiguió colocarse una mascarilla de oxígeno, con lo que su respiración intermitente se hizo perfectamente audible.

—Kaoru, yo no quería que me vieres así.

—Esto es demasiado, Sonoko. Descansa un rato, por favor.

—¿No te recuerda a la leyenda del hilo rojo? Mamá siempre me hablaba de esa historia, de esos hilos del destino y, después de todo, parece que es verdad; ¿por qué si no has venido a buscarme? Pero espera, ya casi he terminado, no puedo dejarlo ahora. —Sonoko había recobrado la templanza gracias al oxígeno. Acodándose, se colocó la almohada bajo la espalda y se medio incorporó—. Entre esas cartas había una destinada a ti, apenas unas líneas escritas del puño y letra de mi propio padre, dentro de un sobre, lista para ser enviada. No tenía remitente, pero sí un remite. Por alguna razón decidió no enviártela. Imagino que pensó que era mejor mecanografiarla para que nadie pudiese nunca asociarle con el asunto.

—Es cierto. Poco antes de mudarme recibí una carta escrita con ordenador, sin remitente, en la que se me decía dónde estaba mi piano. Tu padre me acaba de

confesar que fue obra suya.

—Gracias a aquella carta pude saber dónde buscarte. Me escapé esa misma mañana. Yo ya estaba muerta, así que no me importaba acelerar el proceso si con ello podía volver a verte y sentirme viva otra vez. Pensé en mi padre y me dio lástima por él; estaba desperdiciando todos sus esfuerzos para sanarme llevando a cabo ese acto suicida tan egoísta. Supuse que no volvería a verlo, que iba a morir, por lo que redacté una nota en la que, además de pedirle perdón y agradecerle el haberme dado un poco más de tiempo, le suplicaba que no me buscara, que aquella era mi última decisión y que debía respetarla.

»No sé si se debía a la expectación que me provocaba el pensar que al fin volvería a verte o al hecho de sentir que había sido capaz de romper las cadenas que me habían aprisionado durante tanto tiempo a esta condena, pero el caso es que cuanto más avanzaba el tren, a medida que la distancia que me separaba de ti se acortaba, más rejuvenecida y sana me sentía. El resto ya lo conoces; todo me salió hasta demasiado bien. Conseguí alquilar un piso desde el que podía verte todas las noches —volvía a sonreír— y pude ocupar la vacante que había en la misma tienda en la que trabajabas. Pero, a pesar de verte y comer cada día junto a ti, nunca reuní el coraje suficiente como para explicarte lo que sentía, lo que me pasaba y todo lo que tanto anhelaba compartir contigo. Tenía miedo, Kaoru, miedo a confesarte a ti, pero sobre todo a mí misma, la idea que no dejaba de crecer en mi cabeza hasta convertirse en una insoportable obsesión. Sin ese temor quizá todo habría sido distinto, pues sentía que te gustaba, que cuando menos mi compañía no te desagradaba, pero entonces aquel pensamiento sobrevolaba sobre mí como hacen los buitres sobre los moribundos; su sombra me paralizaba, dejándome sin argumentos y sin posibilidad de hallar una solución a lo que me estaba devorando por dentro y que era mucho más fuerte que el mal que ahora me está matando. Kaoru, si no conseguí decirte nada durante esos dos años fue porque estaba segura de que tú y yo debíamos de ser hermanos. —Al escuchar esas palabras el mundo se detuvo a mi alrededor. Por un instante no supe si era yo quien estaba dentro de esa burbuja y Sonoko la que me hablaba desde fuera. Sentía que perdía el control de mis sentidos, el manejo de mis actos. Únicamente el sonido de su voz me hizo volver en mí—. Kaoru, no tienes que sentirte avergonzado ni arrepentido. Durante mucho tiempo yo también me sentía de esa manera; pensaba que, por el mero hecho de amarte, de desearte, estaba cometiendo el peor de los pecados, pero después hubo un momento a partir del cual ya todo me daba igual. Cuando quise despedirme de ti en aquel karaoke, fue porque sentía que la enfermedad volvía, que no podría seguir llevando aquella vida a tu lado ni disponer de más tiempo. Ese día quise decirte que te quería, que te amaba y que todo me daba igual. Kaoru, todo me da igual y, si no estuviera enferma, si la muerte no estuviera aquí a mi lado sujetándome —hizo el mismo gesto que haríamos al querer desasirnos de alguien que nos agarra— para llevarme hacia la nada, seguiría estando a tu lado, sintiendo exactamente lo mismo, y me daría igual.

—Sonoko, no tiene por qué ser así. No vas a morir. Además, ¿cómo puedes saber que somos hermanos? ¿Leíste algo acaso? ¿Te lo dijo tu padre?

—No, no hacía falta. Piénsalo, ¿por qué si no iba a ayudarte como lo hizo? ¿Por qué lo sigue haciendo? Solo de ese modo encajan las piezas. Pero, por favor, no digas nada más, ya casi he terminado. Cuando esa tarde tuve que salir de la tienda de manera tan precipitada fue porque sabía que me estaba muriendo. Temía no llegar a tiempo, que tuvieras que verme agonizar. Tenía que huir, regresar otra vez aquí, al amparo de mi padre, y tener la opción de morir a su lado. Fue en ese momento cuando me encontré con ella, o, mejor dicho, cuando ella me encontró a mí. No sé cómo lo hizo, pero había conseguido localizarme a pesar del tiempo transcurrido. Mientras me dirigía como podía hacia casa caminó conmigo comportándose como una amiga que no me hubiese visto en mucho tiempo, como una hermana que estuviese visitándome. Se mostraba solícita, se agarraba de mi antebrazo para ayudarme a andar y me instaba a que fuéramos a un hospital. No podía creerlo; llegué a pensar que la fiebre me hacía delirar, que estaba confundida por el cansancio. Cuando intentaba hablarle, apenas conseguía articular palabra y no estoy segura de si llegamos a mantener una conversación. Ya en casa, seguía a mi lado, esforzándose por ser amable, insistiéndome para que no me marchara, que no estaba en condiciones para un viaje tan largo y, cuando vio que no le hacía caso, se puso a ayudarme con las cosas que debía llevar. Yo deseaba alejarla de mi lado, pero me faltaban las fuerzas con las que imponerme y al final lo único que intentaba era irme. Cuando creí tener lo necesario salí de casa, me monté en un taxi que ella misma se encargó de pedir y, sin apenas ser consciente de lo que hacía, me encontré sentada en el tren bala. No sé qué más pasó después, no recuerdo nada más, pero finalmente conseguí llegar a casa antes del anochecer.

»Deliraba de fiebre, escuchaba música, veía seres grotescos de rostros vacíos que salían del techo para arrastrarme con ellos. Lograba quitármelos de encima y esconderme bajo las sábanas, pero no tardaban en encontrarme y, sujetándome con fuerza, volvían a tirar de mí. Aterrada, miraba hacia la ventana, hacia mi jardín, buscando entre las flores un momento de consuelo, pero entonces os veía retozando junto a las magnolias como perros en celo, igual que aquella vez. No sabía dónde refugiarme, dónde mirar ni qué era verdad o mentira. A veces, cuando la fiebre remitía, recuperaba durante algunas horas la razón y aprovechaba la ausencia de aquellas pesadillas para hablar con mi padre. Le conté todo, le dije cómo me había estado refugiando en el sótano cuando él no estaba y que había leído todas sus cartas. Le dije que sabía que te había estado protegiendo y se lo agradecí, ¡se lo agradecí tanto! Le supliqué que me perdonara por lo que había hecho, por haberle dejado y por querer recuperar mi vida.

»También le hablé de cómo Aya había conseguido encontrarme y de que estaba segura de que iba a hacer lo mismo contigo y de que no se detendría hasta hacerse con el piano. Le volví a suplicar, le rogué que hiciera una última cosa por mí: ¡debía

cambiarlo de sitio cuanto antes, ese mismo día, en ese mismo momento! Hacerlo desaparecer de donde estaba, porque de lo contrario todo habría sido en balde y estaría quebrantando la promesa que le hizo a tu madre. Estuve a punto de preguntarle si eras mi hermano, pero me contuve, pues, como te he dicho, eso ya no me importaba y creí que no tenía derecho a exigirle nada más. Estaba tan excitada, tan enferma, y él fue tan bueno y paciente conmigo. Me sosegó, me dijo que no me preocupase por nada, que haría lo que le pedía. Pero ¿lo hizo? Dime, ¿lo hizo? Por favor, dime que no me lo imaginé, dime que no fue un sueño. Tú sabes dónde está ahora el piano, ¿verdad? —Era evidente que Sonoko había empezado nuevamente a delirar; todo su cuerpo temblaba y se doblaba como una rama al viento. Debía pedir ayuda, ir en busca de su padre. Me levanté de la silla sin dejar de hablarle.

—Sonoko, procura calmarte. La dirección que le di a Aya era la única que recuerdo haber tenido siempre. No se me ocurre ningún otro sitio donde pueda estar el piano. —Se había vuelto a incorporar sobre la cama con dificultad, apuntalando su sudoroso cuerpo con unos delgados y frágiles brazos que apenas lograban sostenerla.

—Pero ¡eso no es posible! Mi padre me aseguró que se iba a encargar de todo..., a no ser que... ¿Cuánto hace que no miras tu correo?

—¿Qué? ¿El correo? No sé, no lo recuerdo, pero por favor deja ya de preocuparte por ese maldito piano. No me importa dónde esté o quién lo tenga. Lo único que quiero es que te recuperes.

—¿Cómo puedes hablar así? ¡Escucha, tienes que mirar en tu buzón! Busca un aviso, una carta, una nota. Estoy segura de que mi padre se encargó de ello. Me dijo, ahora lo recuerdo bien, que se pondría en contacto enseguida con un antiguo trabajador de confianza en Kioto para que realizase ese transporte. Eso no lo puedo haber soñado. Eso no. —Asustado por el cariz que estaba tomando la situación y por el rápido empeoramiento de Sonoko, pulsé un interfono junto a la puerta—. ¡Kaoru, han vuelto! ¿Es que no las ves? ¡Quítamelas! Corre, date prisa, prométeme que cuando por fin tengas el piano te irás lejos. Prométeme que te marcharás a cualquier parte, a cualquier otro sitio. Prométeme que no dejarás que esa mujer te encuentre de nuevo. Que volverás a tocar. —Desprendiéndose de la mascarilla, poco le faltaba para sumirse en la inconsciencia. Transfigurada y con la mirada puesta sobre algo que solo ella podía ver, luchaba golpeando el aire con la poca fuerza que le quedaba. De pronto, noté cómo algo me apartaba a un lado con brusquedad. Era su padre, que había entrado en la habitación, de la que me echó sin miramientos.

XVI

No puedo recordar con exactitud cuántos días estuve en Tokio. Solo sé que, por las mañanas, tratando de no atraer demasiado la atención de los vecinos, me limitaba a permanecer la mayor parte del tiempo sentado al amparo del porche bajo el que el padre de Sonoko dejaba su vehículo, y desde donde podía ver la puerta de la casa. Había llamado en varias ocasiones sin obtener ninguna respuesta, así que lo único que me quedaba por hacer era esperar a que él o alguno de los médicos que había visto entrar saliese para interrogarle sobre el estado de Sonoko. Por las tardes, sintiéndome completamente inútil, variaba hastiado mi rutina y, cuando llegaba la hora en la que los niños salían del colegio, me gustaba pasarme por el parque para verlos jugar hasta que empezaba a notar sobre mí la mirada de alguna madre. Entonces, resguardándome de su curiosidad, me introducía en el pequeño santuario sintoísta y me esforzaba en recordar alguna oración o simplemente me quedaba sentado sin hacer nada un tiempo indeterminado.

Una de esas tardes, mientras seguía con la mirada a uno de los muchísimos gatos que merodeaban alrededor del templo, descubrí una salida trasera que daba paso a un caminito entre bambúes en mitad del cual se erigía un discreto *torii* que en su día debió haber sido rojo, pero que ya solo conservaba algunas inapreciables manchas anaranjadas sobre su madera enmohecida. Al traspasarlo se accedía a un bosque sombrío de grandes robles centenarios de copas frondosas, por cuyos huecos se descolgaban rayos de sol que, interponiéndose a la danza de las hojas con el viento daban vida a un fantástico juego de luces y sombras sobre el suave tapiz de musgo que cubría el terreno. Me hice asiduo de ese lugar y, recostado en un majestuoso *tōrō* que debía de ser tanto o más anciano que los árboles, me esforzaba en comer lo que compraba en un Lawson cercano al hotel para después, quedar presa del sueño y la magia de ese lugar sin temor a ser molestado. Y es que a pesar de que aquel pequeño oasis estaba situado entre dos bloques de apartamentos y por tanto en medio de un casco urbano, era como si estuviera completamente olvidado, como si nada ni nadie lo recordara, ni siquiera el mismísimo tiempo. Cuando volvía a abrir los ojos, con solo fijarme en la luz azulada notaba que el día estaba siendo devorado por la oscuridad de la tarde y que sin darme cuenta me había fusionado con todo cuanto me rodeaba, desvinculándome de la preocupación que me embargaba. Me desentumecía recuperando muy despacio el compás de la realidad, dejando en aquel bosque encantado el empalagoso placer del olvido, presenciando el momento del día en el que las sombras se estiran convencidas de poder desvincularse de las formas a las que pertenecen. Cuando regresaba frente a la casa de Sonoko, me resultaba imposible

saber si durante mi ausencia se habían producido cambios significativos en su estado, pero intuía que todo seguía igual, y lo mismo parecía querer decirme la luz de su jardín, que se mantenía encendida como un faro en mitad de la noche mientras el resto del barrio se iba apagando.

Los días se sucedían sin cambios; dormía en el hotel, pasaba la mañana frente a la casa y por la tarde me iba al bosquecillo para regresar cuando el sol se ocultaba. De entre todas esas impotentes monotonías, la única que deseaba que no se alterara lo más mínimo era la que me llevaba a contemplar aquella luz, y es que, mientras sus flores siguieran iluminadas, significaba que todavía existía esperanza para ella, pero también esperanza para mí. Desesperado y sin saber qué hacer, en ocasiones me llenaba de coraje para volver a pulsar el timbre, pero la respuesta seguía siendo la de una dolorosa indiferencia que, si bien en un primer momento me frustraba, acababa interpretando, al igual que la ventana iluminada, como una prueba fehaciente de que en aquella casa se venía desarrollando una dura batalla contra los demonios que asediaban a Sonoko y que, por consiguiente, nada estaba definitivamente perdido. Así regresaba esperanzado a mi pequeño bosque, lugar en el que cuanto más tiempo pasaba, más familiar, íntimo y particular me resultaba, llegando a considerar que yo era el único ser a quien le estaba permitido el acceso.

Tal vez fuera producto de mis especiales circunstancias, pero el último día en el que estuve allí fui partícipe de lo increíble. Como de costumbre, descansaba con la espalda reclinada sobre la base de la linterna de piedra, los ojos cerrados, el cuerpo relajado, unido a la consciencia solo por el leve sonido que producían las hojas al ser mecidas por la brisa, cuando empecé a notar cómo el silencio desaparecía de manera progresiva y era sustituido por un murmullo que fue creciendo hasta convertirse en un ensordecedor coro de vocablos indescifrables. Quise atribuir aquello a las personas que vivían en los apartamentos contiguos, a los sonidos de los juegos provenientes del parque y, en general, a ese mundo exterior que me rodeaba por todas partes. Intuí que mi oído se había acabado por acostumbrar al silencio que me envolvía y que de algún modo mi cerebro era capaz de captar en ese postrer momento lo que antes le había pasado desapercibido. Pero el clamor seguía creciendo más y más. Asustado, me incorporé convencido de que había tenido que suceder algo, de que aquello no era normal y me adentré por el bosque queriendo descubrir la procedencia de lo que había pasado a ser un auténtico desenfreno de voces, gritos y alaridos. Pero era inútil, en cuanto estaba seguro de aproximarme al foco de aquella jarana, otras voces se solapaban con auténtico frenesí desde el extremo opuesto. A punto de entrar en pánico, desistí en querer comprender lo que estaba sucediendo y empecé a correr entre los árboles, tratando de encontrar la salida, pidiendo que volviera el silencio, implorando a las voces que me dejaran. Nadie me escuchaba, nadie me respondía y, totalmente colapsado, con la sensación de que me iba a estallar la cabeza, me eché al suelo tapándome los oídos. Poco a poco comencé a serenarme y a respirar con normalidad y entonces me di cuenta de que en realidad todas aquellas voces no

provenían de ninguna parte, sino que resonaban dentro de todo mi ser.

En cuanto dejé de esforzarme por comprender lo que escuchaba, el griterío cesó y pude por fin aislar y entender algunas de esas voces. Al instante recordé lo que me contaba la señora Kobayashi acerca de la manera en la que su marido escuchaba lo que él llamaba «las voces de los árboles» y, aunque me costaba creer que yo fuese igualmente poseedor de ese don, cuanto más lo analizaba menos descabellado me parecía. ¿No fue acaso una voz lo que escuché la primera vez que pasé ante el escaparate? ¿No era eso lo que siempre había sentido mientras tocaba mi piano? Permanecía acurrucado entre todos esos seres saboreando con creciente deleite mi redescubierto talento, tratando de averiguar cuántas de aquellas voces podía distinguir y comprender, porque —como al señor Kobayashi—, ahora que sabía cómo controlarlo, tampoco a mí ese proceso me suponía esfuerzo o sufrimiento, sino todo lo contrario. Estaba experimentando esas cada vez más placenteras y adictivas sensaciones cuando de pronto oí cómo, justo detrás de mí, una de aquellas voces sobresalía de manera fuerte y rotunda para transmitirme un mensaje terriblemente claro y que me negaba a creer. Con el mensaje resonando en mi cabeza crucé por última vez el torii con lágrimas en los ojos y corrí hacia la casa de Sonoko cuando era ya noche cerrada.

Presagí que la voz decía la verdad cuando, por primera vez en todos esos días, hallé el jardín de Sonoko enterrado en las tinieblas. La negrura se había apoderado también del zaguán y de los contornos de la casa y únicamente la intermitente luz de una farola defectuosa en la acera de enfrente conseguía reagrupar bajo su haz inconstante a mosquitos y polillas que, como yo, revoloteaban a merced de los escollos de un mar de inquietud. Al poco, la puerta de la casa torcida se abrió mostrando el gigantesco perfil del padre de Sonoko recortado sobre el vano iluminado. Tuve la certeza de que me había estado esperando. Comenzó a descender despacio los escalones y nos encontramos en mitad de la calle, donde la noche era más densa. No podía distinguir con precisión las facciones de su rostro, pero tampoco era necesario para saber que nada quedaba del hombre que me había recibido la primera vez que llegué. El coloso había sido vencido por los titanes del sufrimiento en una desigual batalla en la que la moira del destino le había devuelto a su hija tan solo para volvérsela a arrebatarse. Desde el primer momento supe lo que sus palabras no fueron capaces de expresarme. Cuando daba por imposible e inútil cualquier comunicación verbal, su voz rugió haciendo añicos el silencio:

—Ella quiso que te dijera que te amaba. Eso y que continuaras tocando. Fueron sus últimas palabras. Vete.

Estaba desgarrado y rabiado con todo. Probablemente, al igual que me ocurría a mí, me hacía en parte responsable del trágico desenlace. Descarté hacerle ningún comentario sobre el piano, ni mucho menos sobre la idea de que yo pudiese ser hijo suyo. Si Sonoko no lo hizo, ¿qué derecho tenía yo?

XVII

Kioto me pareció un lugar distinto. Era como si estuviese muy lejos de la ciudad en la que había estado viviendo durante tres años; las calles, las personas y sobre todo el ambiente, junto a los olores que embebían mis sentidos me eran completamente ajenos. Tenía la extraña sensación de estar recorriendo otro país, un lugar en el que no conseguía encontrar nada que me agradara y por el que me movía desconcertado, dubitativo, como suelen hacerlo los turistas que no logran encontrar lo que tantas veces han visto en la guía de viajes, en la tele o en las páginas de una novela. Me sorprendí a mí mismo cuestionándome la belleza de todos aquellos lugares que tan bien conocía, interrogándome acerca del preciosismo de templos, jardines y edificios que tanto me gustaban, pero que ahora me resultaban anodinos. Era como si las esencias que me los habían hecho tan queridos se hubiesen desvanecido durante el tiempo que estuve en Tokio, desaparecidas junto con Sonoko.

Anduve bordeando la manzana en la que se encontraban los grandes almacenes, el lugar donde había estado trabajando y en cuyo interior imaginé a Maki con sus Wedge Qupid negros, Kishimoto con sus mustios mocasines marrones y probablemente a dos nuevos trabajadores encargados de suplantarnos a Sonoko y a mí, y sobre quienes se me ocurrió fantasear si, al igual que nos había ocurrido a nosotros, sus vidas no se limitarían a coincidir en el hecho de vender zapatos en la misma tienda, sino que el destino también les reservaría alguna sorprendente paradoja con la que mantenerlos unidos. Echando la vista atrás y tomando conciencia de haber estado tres años en ese sitio, era como si aquella vida no hubiese sido la mía sino la del protagonista de una mala película. Sin darme cuenta, me encontré caminando sobre las líneas blancas que marcaban el recorrido del paso peatonal en el que muriera la chica de la bicicleta roja. Recreé la forma etérea de la joven como en una película de fantasmas. Vislumbré la incomunicación del ser atrapado entre los dos mundos tras sufrir una muerte trágica, del alma que pasa desapercibida para los vivos y desubicada del mundo de los muertos, y pensé en si Sonoko estaría en esa situación, si su espíritu no quedaría anclado para siempre a esa buhardilla, teniendo que presenciar durante toda la eternidad cómo se marchitaban sus flores de su precioso jardín. Al final también tuve que reconocer que mi vida no distaba demasiado de la de un espectro.

Cuando ya estaba a punto de cruzar la carretera y podía ver el bloque de pisos desde donde se asomaba mi apartamento, mi atención fue reclamada por un pequeñísimo destello procedente de un enrejado de ventilación del metro. Estaba a nada de seguir mi camino, de silenciar la curiosidad, pero la insistencia de la lucecita

acabó por vencer mi determinación y, molesto conmigo mismo por no tener el aplomo suficiente como para seguir adelante sin atender a lo que seguramente era el reflejo del sol en un pedacito de cristal, acabé deteniéndome para averiguar su origen. No tardé en reconocer el Ocha-Ken, el muñeco en forma de perrito que colgaba del teléfono de la chica de las botas rosas, de la chica de la bicicleta. Había buscado denodadamente una prueba tangible de que el atropello no había sido producto de mi imaginación y, ahora que la tenía, no me sentía mejor. Me guardé el muñeco en el bolsillo para que hiciera compañía al diente, que conservaba como un talismán, y seguí caminando con la mirada puesta en la persiana cerrada de mi balcón.

Hasta justo antes de empezar a subir por las escaleras de mi casa no había vuelto a pensar en la profesora Ikeda, ni en la espeluznante posibilidad de que se me apareciera. Si lo que había dicho Sonoko en su delirio era cierto y el piano se había cambiado de sitio, ¿qué le impediría estar esperándome en cualquier parte? ¿Seguirme para reclamar aquello que consideraba suyo? Nada, pero también era cierto que ahora poco podía hacerme, no tenía nada con qué negociar. Sentí miedo, pero no de ella, sino de mí mismo, y es que no podía imaginar mi reacción si se le ocurría venir a exigirme explicaciones. Ella era capaz de cualquier cosa, pero ¿y yo? Aceleré el ritmo de mis pasos y ascendí por la escalera empujado por la cólera que sentía hacia aquella mujer, por la impotencia y la culpabilidad que me provocaban la muerte de Sonoko, convenciéndome de que, al ir más rápido, conseguiría dejar atrás todos esos sentimientos. Ansiaba llegar cuanto antes hasta la puerta de mi apartamento, terminar con la incertidumbre de si esa mujer estaría esperándome, de descubrir si Sonoko había entremezclado el ensueño con la realidad, de si su padre había hecho lo que le había pedido, o si todo había sido urdido por su agonía. Solo cuando enfilé el último pasillo y constaté que nadie me aguardaba frente a la puerta pude respirar tranquilo.

Me acuclillé unos segundos antes de mirar en el buzón. Tenía sensaciones similares a aquellas otras que sentí de joven cuando, paralizado por el pánico que me generaba la posibilidad de que el piano no estuviera, aplazaba indefinidamente el levantar la persiana verde de aquel almacén, pero, al contrario que entonces, la incertidumbre que en esos momentos me poseía no iba acompañada del goce de postergar la apertura de un regalo.

Devorado por el suspense, fui a corroborar las palabras de Sonoko, constatando que, a pesar del tiempo transcurrido, el buzón no se encontraba copado. Las cartas que me aguardaban no eran tantas, así que me extrañó ver que algunas estuviesen esparcidas por el rellano y el felpudo: menudo desastre. Aunque pocas, aquellas cartas llevarían aguardándome más de un mes. Apilándolas en montones y pasándolas de una mano a otra como si fueran naipes, revisaba las direcciones de los remitentes, el aspecto y el tamaño de los sobres; a medida que aumentaba el grosor de las que eran descartadas, disminuían las posibilidades de encontrar lo que buscaba: publicidad, revistas, ofertas o cupones de descuento para pizzerías y restaurantes de

la zona, pero nada referente a un aviso, a una nota o a algo que tuviera que ver con el traslado del piano. Los últimos sobres que pasaron por mis manos fueron algunas facturas, así como las últimas nóminas de Modern Shoes.

Nada más entrar, me golpeó el puñetazo de olor a podrido de los restos de comida que se habían quedado en el cubo de la basura. Hacía muchísimo calor y la atmósfera estaba cargada de un insoportable bochorno que me hizo pensar en abrir las ventanas para renovar el aire con la corriente que solía soplar desde el río Katsura, pero el tener que volver a ver el apartamento de Sonoko y quién sabe si en él a Ikeda, clavándome la mirada, me hizo cambiar de opinión. Al meter la cabeza en la nevera y buscar la última cerveza que me quedaba distraje mi aflicción cotejando el tiempo que hacía que habían caducado las pocas cosas que tenía guardadas. Aquella casa era como un barco a punto de hundirse y yo debía saltar cuanto antes. El *clack-pfff* que hizo la lata al abrirse activó un resorte en mi cabeza y me acordé del ordenador de mi habitación. No tenía motivo alguno para pensar que aquel empleado al que se había referido Sonoko tuviese que saber mi correo electrónico, pero quise aferrarme a un clavo ardiendo, así que me dirigí a ello con un eco de ilusión.

Siempre me había parecido un fastidio tener que esperar a que el ordenador se pusiera en funcionamiento y decidiera hasta qué punto era importante reconstruir todos o solo algunos de los archivos, carpetas y documentos que se me había ocurrido confiarle. Ni nos gustábamos ni nos comprendíamos y, cuando en alguna ocasión había tratado de acercarme para establecer una relación «normal», aquel aparato siempre me había correspondido haciendo lo que le daba la gana. Eliminaba de un día para otro documentos de texto, hojas de cálculo o correos sin explicación ni sonrojo. Casi todo eran cosas sencillas, cosas que podía haber anotado en una simple libreta y que nunca se habrían perdido, por eso me maravillaba el que algunas personas afirmaran ver en toda esa tecnología un paso de gigante para el progreso humano, un salto evolutivo comparable a la imprenta o el televisor, donde yo solo era capaz de ver una compleja máquina de perder tiempo. Me había propuesto no volver a usarlo nunca; sin embargo, ahí estaba otra vez, esperando a que procesara la información haciendo parpadear lucecitas mientras mascullaba quejumbrosos ruiditos desde alguna parte de sus entrañas oxidadas. Aunque ese proceso siempre me resultaba lento, en aquella ocasión tenía la impresión de que la máquina se vengaba de mí por mi falta de atención. Únicamente después de quince largos minutos, el monitor pasó del negro al azul y, cuando la clepsidra dejó de girar sobre sí misma y se estableció la conexión con el servidor, aún tuve que seguir esperando un rato a que se abriera el programa mostrándome el correo. Aquello era un suplicio. En la bandeja de entrada había ciento ochenta y cinco mensajes sin abrir, pero de nuevo ninguno de ellos era relevante: publicidad, bonos descuento, correos de personas que no conocía, enlaces a páginas de sexo o de contactos, cuantiosos premios que había ganado en concursos en los que no había participado..., pero tal y como esperaba, no encontré nada acerca del piano. Definitivamente Sonoko creyó haber tenido esa conversación con su padre, eso

o Aya se había adelantado, robando de mi buzón aquella correspondencia, algo probable y que también explicaría por qué había encontrado los sobres tirados por el descansillo.

Frente al ordenador, había permanecido de pie y encorvado durante todo el largo rato que había durado la consulta, por lo que para cuando quise darme cuenta me había ganado un dolor de espalda que impedía el que me enderezara. Me tumbé boca arriba en la cama que tenía justo detrás, con la intención de darme una tregua y esperar a que se me pasase el dolor. Todavía tenía que pensar en lo que iba a hacer a partir de entonces, y es que durante el viaje de regreso de Tokio había conseguido evitar recrearme en el sufrimiento eludiendo conscientemente cualquier toma de decisión. No había querido ponerme a imaginar cuál sería mi vida después de los cambios que me habían sobrevenido y esperaba que Sonoko tuviera razón, que el piano se hubiese salvado *in extremis* para, de ese modo, poder seguir haciendo aquello que ella más deseaba y que yo mejor sabía hacer, pero ahora que había descubierto la verdad y que sabía que no me iba a ser posible cumplir ese deseo, creía estar traicionándola de alguna manera. Su imagen se abría paso a través de los vericuetos de mi memoria recordándome todas y cada una de aquellas palabras que había dejado escapar desde la máscara de oxígeno y que por más que trataba de acallar resonaban fuertes y claras, como si las estuviera volviendo a oír. A pesar de que tanto sus argumentos como la vehemencia con la que los expresó eran aplastantes, me negaba a considerar la probabilidad de que fuéramos medio hermanos, hijos del señor Ikeda; sin embargo, una parte infinitesimal de mí no podía dejar de reconocer que de ese modo todo cuadraba a la perfección. Incluso veía en ello —quién sabe si para consolarme— la respuesta a por qué, a pesar de haberme sentido atraído hacia ella, nunca había intentado nada ni había llegado a tener claros mis sentimientos; podía achacarlo a una especie de rechazo instintivo. De todos modos, prefería seguir recordando a Sonoko no como a una hermana, sino como a esa mujer inquietante y atractiva de la que apenas sabía nada, con la que podía comer a diario sin sentir la necesidad de hablar y que escondía bajando la mirada y con sus sonrisas inacabadas la complejidad de un ser triste y enfermo que deseaba apegarse desesperadamente a la vida, al amor. Supongo que tampoco ella quiso descubrir nunca la verdad.

Volvía a marcharme, esta vez para siempre. Tampoco en esta ocasión iba a necesitar equipaje; no sabía a dónde quería ir o hasta dónde quería llegar. Mi plan, si es que se le podía llamar así, era tomar un tren cualquiera hasta la última de las paradas. Pero todavía me quedaba una cosa que hacer en Kioto: necesitaba corroborar que el piano había desaparecido del almacén, cerciorarme de que ya no se encontraba allí; algo que podía hacer de camino a la estación. Me disponía a abandonar el apartamento que durante años me había ayudado a mantenerme oculto del mundo, de mí mismo y de mi destino cuando, de repente, el punzante sonido del timbre me atravesó de arriba abajo dejándome clavado al suelo. Mis pensamientos se

interrumpieron, mi respiración se detuvo y en un acto reflejo me tapé la boca con ambas manos para inhibir un posible grito. Recé para que quien fuese creyera que ahí no había nadie, clamé hacia mi interior para que se marchase y me dejara empezar con esa otra vida que me aguardaba. Medroso como un cervatillo acosado por un cazador, me resultaba imposible moverme de donde estaba por miedo a revelar mi posición. Quise mimetizarme mientras esperaba escuchar unos pasos alejándose, pero eso no fue lo que ocurrió y, cuando comenzaba a soltar el aire con cierta normalidad, el timbre volvió a escucharse más fuerte y amenazador. No tenía escapatoria. Sin duda se trataba de Ikeda, que al enterarse de mi regreso pretendía seguir divirtiéndose a mi costa, regocijarse de su victoria y restregármela por la cara. Procuré calmarme y ser objetivo. ¿Por qué habría de ser ella? ¿No tenía acaso ya su «juguete»? ¿Y si se trataba de ese aviso, de esa nota que había estado buscando? Después de todo, hacía semanas que no estaba en casa. Tal vez el hombre del señor Ikeda tenía instrucciones de darme aquella dirección en persona. Anduve despacio y de puntillas los pocos metros que me separaban de la puerta, acaparando todo el aire que me era posible con tal de no tener que respirar cuando me aproximase a la mirilla. No había nadie tras el ojo de pez. Fuera quien fuese la persona que había llamado ya no estaba.

Abrí la puerta y me asomé primero por el hueco de la escalera, pero no vi a nadie. Después lo hice por el balcón inclinándome hacia fuera, de modo que podía alcanzar a ver una gran extensión de calle que estaba vacía salvo por la presencia de una pareja de ancianos y de una madre llevando a su hijo en bicicleta. No había nadie más lo bastante cerca como para atribuirle la llamada. Tenía que haber sido una persona muy rápida para haber podido bajar los cinco pisos y doblar una de las dos esquinas —ambas alejadas— en tan poco tiempo. Miré nuevamente en el interior del buzón, pero tampoco había dejado nada. ¿Quién era y qué quería aquel visitante? Pensé que nunca lo sabría.

Antes de encerrar definitivamente dentro de esa vivienda aquella insólita etapa de mi vida, eché una última mirada al pasillo. Al fondo podía ver la persiana por cuyas bisagras mal encajadas se filtraban unos pocos rayos de sol que dibujaban sobre una de las paredes unos alargados trazos dorados. Si la subida había sido frenética, ahora bajaba las escaleras con una parsimonia sosegada y triste, cavilando sobre la persona que había llamado a mi puerta para acabar esfumándose como un ninja tras una nube de humo. Procuré restarle importancia pensando que podía tratarse de alguien que se hubiese equivocado, pero seguía relacionando lo sucedido con Aya, a pesar de estar casi seguro de que el piano ya debía de estar en su poder. Me la imaginaba acechándome desde cualquier esquina, observándome tras la cristalera de una cafetería, desde la ventanilla de un vehículo, siguiendo mis pasos, esperando el momento propicio para abordarme haciéndose la encontradiza. Era evidente que estaba siendo presa de la paranoia y sabía que no me abandonaría hasta que pusiese unos cientos de kilómetros de por medio.

Quise evitar el paso peatonal y el centro comercial AEON, así que tuve que dar

un rodeo durante el cual tampoco conseguía dejar de repasar todos los acontecimientos que me habían sacudido durante los últimos días. Pensaba que, cuando hubiese conseguido huir de la asfixiante atmósfera de Kioto, cuando los meses o los años transcurrieran y se llevaran parte de los recuerdos y del sentimiento de culpabilidad que sentía por la muerte de Sonoko, podría tratar de ponerme en contacto con su padre, escribirle o visitarle para hacerle partícipe de los recelos con los que su hija se había marchado y a los que yo comenzaba a dar crédito. Pero al mismo tiempo temía la reacción de un hombre que, con toda seguridad, no hallaría consuelo en lo que le restaba de vida y a quien seguiría sin tener derecho de importunar con algo que, de ser verdad, había mantenido en secreto o a lo mejor ni siquiera sospechaba.

Sin darme cuenta, me adentré en una zona residencial que no conocía. Era un lugar bonito, con casas de tamaños dispares, atravesado por una estrecha carretera por la que parecía difícil que pudieran cruzarse dos coches y en cuyos numerosos cruces podía verse la carita sonriente de una ranita amarilla dibujada sobre el asfalto, que, guiñándome un ojo, me advertía de la presencia de un *stop*. Miré hacia el cielo. En el intenso azul se había dibujado una cruz formada por un mazo de cables y las estelas de condensación de un lejano reactor. Comencé a escuchar un siseo distante, casi inaudible, que fue haciéndose más perceptible según iba adentrándome en aquel barrio. Me detuve frente al patio de una guardería para concentrar toda mi atención en aquel sonido de familiares reminiscencias. Era sábado, así que no había niños jugando al *pilla pilla* y un neumático rosa colgaba aburrido de la rama de un pino. Cerré los ojos, procuré dejar la mente en blanco y casi inmediatamente, escondida entre las frases de una melodía todavía lejana, reconocí la inconfundible huella sonora de mi piano, su vivaz tonalidad, sus alegres e inconfundibles armónicos. La sorpresa y la ilusión dieron paso a un escalofrío de pánico: si aquel era mi piano, Ikeda no podía estar lejos.

Seguí el rastro de aquella voz tan querida que no había vuelto a sentir desde hacía más de once años. Ya distinguía claramente la preciosa frase de *Yuki ya konko* interpretada sin gracia alguna. Evidentemente no era Aya, pero entonces ¿quién podía ser? Aceleré el paso, la resonancia ya era completamente audible, las vibraciones de mi piano incuestionables. Estaba frente a una casa que hacía esquina. Era una vivienda grande, antigua y que parecía haber sido reformada varias veces. El sonido procedía de un garaje, tras una puerta enrollable no muy distinta a la del almacén donde el señor Ikeda había escondido el instrumento.

Me sudaban las manos, el corazón giraba y brincaba como una peonza. Todo mi cuerpo reaccionó con un frío estremecimiento. Necesitaba saber qué hacía allí mi piano y quién estaba aporreándolo de aquel modo. Descarté la opción de llamar con los nudillos en la chapa metálica de la persiana y opté por usar el interfono que había junto a la entrada principal, lugar al que se accedía siguiendo un camino flanqueado por macetas rebosantes de flores multicolores rematadas por las figuritas de un

mapache tanuki y un conejito blanco. Al pulsar el timbre me quedé muerto, completamente anonadado, cuando leí el nombre del dueño de la casa. Esto ya era demasiado, no podía dar crédito a lo que estaba viendo: era mi propio apellido el que figuraba tras una plaquita de metacrilato.

—¿Quién es? —me contestó una voz juvenil llena de energía y resolución.

La sorpresa me había dejado tan aturdido que a penas atiné a responder:

—Nakamura..., Kaoru Nakamura. —Silencio, un instante de silencio que se me hizo eterno y angustioso.

—¡Por fin! Un momento, ahora bajo.

La comunicación se cortó. El rato que permanecí esperando lo hice sumido en un estado indefinible; no podía pensar con claridad, me resultaba imposible ponerme a analizar aquel enésimo hecho extraordinario y las ideas o soluciones al enigma volaban de un extremo a otro de mi mente que, incapaz de afianzarse en nada, vagaba en medio de un horripilante y oscuro vacío referencial.

—Hola, soy Ken Nakamura. ¡Nos ha costado encontrarle! Hace apenas diez minutos que he estado llamando a su casa. Desde que mi hermana salió del hospital he estado pasando regularmente por allí. Ya no sabíamos qué hacer. Supusimos que se habría marchado de viaje, pero no nos parecía oportuno dejarle una nota. —Quien así hablaba era un chico de unos diecisiete años. Debía de haber estado jugando al béisbol hacía bien poco, pues aún llevaba puesto un uniforme de los Hanshin Tigers manchado de tierra y el pelo pegado a la frente debido al sudor—. Supongo que el transportista se habrá puesto en contacto con usted... ¡Qué cosas pasan! Pero adelante por favor, encontrará a mi hermana tras esa puerta, en su estudio. Como puede escuchar, está sacando brillo a las teclas de su piano. Todavía tengo que ducharme y hacer la comida, así que sigo con lo mío. ¡Eh, Kaoru, ha venido el señor del piano...! Bueno, luego nos vemos. ¿Le gusta el *curry*? Si quiere puede quedarse a comer.

El joven subió por donde había venido como una exhalación. Me quedé todavía un rato parado en la entrada, procesando la información y empezando a comprender lo que podía haber sucedido. Si esa mujer se llamaba y apellidaba como yo, aunque raro, cabía la posibilidad de que el hombre de Ikeda, el transportista, se hubiese confundido. Pero ¿y la dirección? ¿Cómo confundir una dirección? De nuevo, todo a mi alrededor se volvía fantástico. La música no había dejado de sonar en ningún momento, por lo que creí que la hermana del muchacho no le había oído. Excitado y expectante por saber quién era esa mujer y cómo había ido a parar mi piano a su casa, abrí la puerta del estudio muy despacio y me vi abordado por los olores que tan familiares y queridos me resultaban: óleos, acrílicos, diluyentes, barnices y aceites de trementina. Era como volver a casa, como si tras esa puerta me fuera a reencontrar con mamá esperando impaciente mi llegada para comenzar nuestra sesión creativa de cada domingo. El lugar era un espacio amplio en forma de ele, un sitio diáfano desbordado por la brillante luz del mediodía que a esa hora se colaba a borbotones a

través de dos grandes ventanas provistas de mosquiteros. En el techo, cinco fluorescentes que compartían espacio con un ventilador bamboleante y no demasiado estable se contoneaban lánguidamente pendiendo de unas finas cadenas. Justo enfrente de donde me encontraba, unas espaciosas estanterías almacenaban, en un aparente caos, todo el material que un artista plástico pudiese necesitar y que yo había visto manipular tantas veces a mi madre: botes de pintura, telas enrolladas y madera suficiente como para elaborar decenas de bastidores. En otra de las paredes, justo debajo de las ventanas, numerosos cuadros de distintos tamaños se apoyaban unos sobre otros.

En mitad de la habitación, descansando sobre un caballete, había un lienzo inacabado. La escena era surrealista, las proporciones de los elementos, así como los colores y algunas de las formas parecían haber tomado como modelo un sueño o una fantasía, pero estaba seguro de poder identificar el sitio: se trataba del tercero de los pasos peatonales que yo había atravesado a diario durante años. Ese era el lugar, y no solo eso, sino que, capturado sobre la tela, reconocí también al grupo de estudiantes que solía acompañarme. Los cinco escolares miraban hacia el frente, girando la cabeza para poder seguir el paso de un camión azul idéntico al que atropellara a la chica de la bici roja. Pero había una figura más: un hombre con camisa blanca y corbata negra que, alejado de los chicos, daba la espalda a la carretera para posar su amarga mirada sobre mí. ¡Era yo!

Durante el rato que aquella pintura me había subyugado, la música había seguido sonando. Me giré hacia ella y vi sentada sobre un taburete a una mujer que aún no se había apercebido de mi presencia y que, ensimismada, buscaba con un solo dedo la nota que le faltaba para completar la tonadilla. Tenía la cabeza vendada y un brazo en cabestrillo. Me fijé en sus pies. Llevaba unas Dr. Martens muy gastadas que solo parecían de color rosa, pues estaban cubiertas con motas de pintura de muchos y variados colores de formas y tamaños irregulares. ¿Era ella? ¿La chica de la bicicleta roja? No conseguía comprender nada. No era capaz de moverme de donde estaba y, por supuesto, no lograba que de mi mandíbula descolgada saliese ni una sola palabra. Pensé estar sufriendo algún tipo de delirio psicótico, una alucinación causada por el estrés y la falta de sueño. Aquello no podía estar sucediendo, y, sin embargo...

—¡Ay va, el hombre del semáforo! Pero ¿qué hace usted aquí? ¿Cómo me ha encontrado? —No me había dado cuenta, pero la melodía había cesado y la chica me miraba casi tan sorprendida como yo desde el taburete.

—Soy... Kaoru..., Kaoru Nakamura —balbuceé.

—¡¿Qué?! ¿El del piano? Pero ¿qué dice? ¿Cómo es posible? —Entonces mudó su expresión haciendo aparecer en su rostro una franca y encantadora sonrisa—. Nooo..., esto es cosa de Ken. ¿Se trata de una broma verdad...?

—No, no es ninguna broma. Soy yo, Kaoru Nakamura, el dueño del piano, la persona que se llama igual que tú, el mismo que te vio morir en ese paso de cebra. —Señalaba con el dedo mi propio retrato—. Pero... yo vi tu cuerpo tirado en la

carretera sobre un charco rojo. Vi cómo un hilo de sangre caía de tu boca. ¡Estabas muerta!

—Bueno, pues afortunadamente los médicos y yo pensamos otra cosa —dijo esto sin poder evitar que una risa nerviosa entrecortara parte de la frase—. Pero tienes razón, ese día debí haber muerto. Sigo viva de milagro. —Con esfuerzo había conseguido levantarse ayudándose de una muleta—. Parece que al final mi hermano ha conseguido dar contigo. Ya pensábamos que no te encontraríamos. Pero es alucinante que...

—¿Tu hermano...? No, no ha sido él... Yo solamente he seguido las notas..., la música que estabas tocando me ha traído hasta esta casa. Pero ¿por qué tienes tú mi piano?

—Todavía estoy tratando de saber qué sucedió en realidad. Supongo que habrá sido cosa del conductor del camión; estaba tan nervioso y preocupado... Antes de que me subieran a la ambulancia recuperé la conciencia y pude verlo por el rabillo del ojo hablando con la policía, con los médicos... Imagino que debió de traspapelar la documentación del envío mezclando nuestros datos de algún modo... Pero ¿qué dices? ¿Que has seguido las notas? ¡Qué raro eres!

Me trataba con una familiaridad pasmosa, como si me conociera de toda la vida. Se aproximaba a mí con lentitud, pero decidida, y, aunque era evidente que caminar le causaba no pocas molestias, sus ojos y sus labios no borraban esa maravillosa sonrisa que la iluminaba por completo.

—El camión. El camión que lo transportaba fue el mismo que me atropelló aquella mañana. Ten, esto también es tuyo. —Puso sobre mi mano un sobre que el paso de los años había amarilleado; me bastó un simple vistazo para reconocer la caligrafía de mamá dando forma a mi nombre—. La encontré dentro de la caja. Por ella supimos cómo encontrarte.

Todavía incrédulo busqué en los chispeantes ojos de la chica algo que me hiciera comprender el significado de todo aquello. Era hermosa, más hermosa que cuando la vi inconsciente sobre el asfalto. Recordé el muñequito y, sacándolo del bolsillo, se lo di.

—¡Mi perrito! ¡Mi perrito de la suerte! ¿Dónde lo has encontrado? ¿Por qué lo tienes tú?

—Estaba en una de las rejillas de ventilación del paso peatonal en el que te atropelló el camión. ¿Kaoru? ¿De verdad te llamas Kaoru Nakamura?

—Sí, ¿a que es sorprendente? Parece cosa del destino, ¿no te parece?

Epílogo

Sí, Kaoru tenía razón: era cosa del destino. Aquel día comprendí que no solamente todo cuanto me sucedió durante aquellas extrañas semanas que precedieron a la muerte de Sonoko, sino mi vida entera, toda mi existencia, se había ido hilvanando hacia un único propósito: nuestro encuentro. Llevamos cinco años juntos, cinco años viviendo un amor que pensaba que solo existía en las películas ñoñas, un amor en el que compartimos sueños, aspiraciones y alegrías, y donde no transcurre un solo día en el que, echando la vista atrás, no nos maraville ser conscientes de las vueltas que el destino, ese caprichoso hilo rojo, ha tenido que hacer para que lo que hoy tenemos haya sido posible. Al poco de empezar nuestra relación, me confesó que durante mucho tiempo ella también se había estado fijando en mí durante nuestras pausas ante el paso peatonal y que el día en el que la atropellaron fue la única vez que se le habían pegado las sábanas. Cuando vio que yo la estaba esperando en el semáforo, ya era tarde; no tuvo tiempo de detener las frenéticas pedaladas que la precipitaron a cruzar en rojo.

Ese mismo destino urdió los lazos precisos para que a Kaoru le acabaran otorgando un puesto fijo en el equipo de restauración del Museo Gucci de Florencia, ciudad en la que residimos desde hace dos años y en la que yo, además de ejercer como profesor de música, he podido ir abriéndome paso como concertista. No nos falta dinero, pero nos gusta llevar una vida sencilla en la que compartimos con un gato callejero del que ella se encaprichó un modesto pero precioso apartamento con vistas al Arno, cómo no, a la altura del Ponte Vecchio. Los fines de semana nos quedamos en casa y, mientras ella pinta, yo doy sonido a los colores y formas que plasma sobre las telas, el proceso inverso que hacía con mamá.

Enroscándose sobre sí mismo en otro imposible tirabuzón, fue también el destino responsable de que, tras un recital en Roma, se me presentara el mismísimo Paolo Fazioli, un elegante y atento señor que resultó ser más joven de lo que pensaba y que, al saber quién era yo, insistió en que nos hospedáramos durante las vacaciones en su casa de la Toscana. Durante aquel verano, Fazioli nos llevó a todos aquellos lugares de los que tanto me había hablado la señora Kobayashi y me entregó las cartas que ella me había escrito en las treguas que su enfermedad le brindaba. Me dijo que había fallecido hacía ya más de diez años y que, al poco de llegar, comenzó a sufrir episodios cada vez más frecuentes y severos de alzhéimer, lo que la obligó a pasar sus últimos días en un hospital geriátrico. A pesar de todo, Fazioli me aseguró que no había sufrido, que hablaba de mí como de un hijo, entremezclando el presente con el pasado en un bello cuento que concluía con una feliz reunión de ambos, aquí, en

Italia.

También quiso, siempre el mismo destino, que Sonoko no fuese al fin mi hermana. En su carta, mamá adivinaba que el señor Ikeda, «su verdadero amor», me prestaría la ayuda que pudiese necesitar para asegurar lo que ella consideraba un ineludible reencuentro con el piano. Me hablaba de sus sentimientos, de sus remordimientos por haber abandonado a mi padre, que jamás volvió a confiar en ella y que además había quedado erróneamente convencido de que yo no era hijo suyo. Hablaba del desgarrador desengaño sufrido cuando, al poco de separarse, el padre de Sonoko decidió abandonarla por otra mujer mucho más joven, de cuya taimada ambición también me advertía. Confesaba haber pasado un periodo triste, abocada a una inexorable caída hacia la autodestrucción, una brecha que únicamente pudo superar gracias a mi presencia y a la providencial aparición del piano.

A día de hoy no he vuelto a saber nada más del señor Ikeda, tampoco de Aya, pero, en ocasiones, sigo sintiendo un gélido y pavoroso escalofrío cuando en alguno de los conciertos aprecio entre el público a alguna dama ataviada con kimono. Kaoru no sabe nada, nunca quise preocuparla, pero sé que me sigue los pasos, que algún día reaparecerá, y aunque prefiero no pensar demasiado en ello, tiemblo al recordar todo cuanto fue capaz de hacernos a Sonoko y a mí, y tiemblo al pensar hasta dónde podría seguir llevándola su obsesión.

A Maki tampoco volví a verla. A veces pensé en devolverle su amabilidad y el apoyo que me prestó, contándole lo que había sido de su compañera de trabajo y de mí, pero a las mujeres que calzan unos Wedge Qupid solo les gustan los *happy endings*; no habría logrado más que hacerla llorar y su buen corazón no se lo merecía.

No es raro que salgamos a pasear por los campos y montañas, que nos adentremos en los interminables bosques donde el señor Kobayashi encontró las maderas que usó para dar vida a nuestro piano. Y si bien es cierto que cada vez me resulta más fácil y natural hacer uso de ese mismo don, me sigue pareciendo increíble saber que soy capaz de escuchar lo que todos esos enormes y plácidos seres me transmiten desde lo alto de su majestuosa consciencia. Pero otras veces me gusta ir solo, perderme entre la frondosidad del bosquecillo de la Bocchetta di Altare, donde me reencuentro siempre con una voz que destaca por encima de las demás, una voz que reverbera en mi interior, que me sosiega con calidez en los momentos de congoja, que me alienta a seguir adelante cuando la duda o el miedo me paralizan. Una voz que reconozco y que, con bonito y marcado acento, no cesa de agradecerme que haya vuelto a reanudar aquellos diálogos con el piano que tanto la cautivaran, y que ahora asegura poder comprender con maravillosa claridad.

Agradecimientos

En estos agradecimientos quiero solo hacer mención a aquellas personas que o se han involucrado de manera directa, o bien me han inspirado de una u otra forma durante el proceso creativo de «Sonoko». Agradecer a todas las personas que tengo en mente no solo ocuparía demasiadas páginas, sino que sería tedioso tanto para mí como para el lector.

En primer lugar deseo dar las gracias de todo corazón a Silvia y Alberto de la Agencia Meucci. Fueron ellos quienes confiaron en mi historia antes que nadie y quienes han hecho posible que los personajes, conflictos y pasiones que los mueven hayan trascendido mi alma para impregnar el papel. Esa gratitud se extiende por igual, y como hondas dentro de un estanque, a Gonzalo e Iñaki de SUMA (Penguin Random House).

Quiero agradecer también el esfuerzo desinteresado de mi amiga Sonia, ella tuvo la paciencia de leerse los borradores y de corregir las muchas erratas mientras yo paladeaba su fría y deliciosa cerveza. Es justo y necesario que mi gratitud revolotee esa casa y que como una mariposa, se pose sobre los amables espíritus de su familia, que casi me atrevería a decir que es igualmente la mía: Abe, Eva y Pol.

Por supuesto, quiero agradecerles a mis hermanos el que hayan sabido estar siempre a mi lado, predispuestos a ayudarme en todo momento. ¡Gracias Manuel, María José y Mar!

Más allá de una gratitud, necesito expresar públicamente mi cariño eterno a las personas que más quiero y que han sabido inculcarme todos esos principios y valores que no se enseñan ni en los libros ni en las universidades. Me refiero a mis padres, pues además de la vida les debo todo cuanto fui, soy y seré. Sin duda se merecían algo muchísimo mejor.

Empecé dedicando el libro a mi mujer, y necesito acabar dándole también las gracias a ella, pues ella es mi tesoro, ella es mi vida y ella es, por supuesto, mi destino. Nuestra historia de amor supera con creces a la vivida por Kaoru y Kaoru, nuestros hilos se tensaron y enmarañaron infinidad de veces y las peripecias que tuvimos que afrontar para unirnos son dignas de ser narradas en otra novela. Mi corazón, así como esta obra y todas las que aún esperan emerger a la luz del sol desde lo profundo de mi ser le pertenecen en última instancia a ella. Y al hablar de mi esposa debo también hablar de mis suegros, a quienes tengo que dar las gracias por «regalarme» su bien máspreciado pero también por ser siempre tan amables y hospitalarios conmigo. (Creo sinceramente que *El jardín de Sonoko* no sería tan florido sin nuestros paseos en bici, nuestras visitas a los templos o destilerías de Sake).

Gracias a todos por ser tan pacientes conmigo y pido perdón por aquellos que no he mencionado pero que merecerían estar también aquí.

David Crespo

Notas

[1] *Hikikomori* significa literalmente aislarse o estar recluso y se usa para hacer referencia a un fenómeno social o trastorno psicológico que sufren algunas personas y que les lleva a abandonar la vida social y encerrarse en sus casas o habitaciones. <<

[2] En Japón, son muchos los restaurantes ubicados en centros comerciales que disponen de espacios comunes y a la vista de todos donde poder lavarse las manos o servirse agua. <<

[3] Es habitual que las casas tengan en la puerta el apellido familiar. <<